



PIERRE BOULLE

OÍDOS
EN LA
JUNGLA

PLAZA A JANES

Título Original: Les oreilles de jungle

Traductor: PRUNA, DOMINGO

Autor: Boule, Pierre

©1973, PLAZA A JANES

ISBN: 9788401301278

Generado con: QualityEbook v0.86

Generado por: Silicon, 21/05/2018

Pierre Boule

Oídos en la jungla

Portada de GRACIA

Primera edición: Diciembre, 1973

© Flammarion, 1972

C 1973, PLAZA A JANES, S. A., Editores

Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro te be publicado originalmente en francés con el título de

LES OREILLES DE JUNGLE

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-30127-0

Depósito Legal: B. 53.216 -1973

Oídos en la jungla

PIERRE BOULLE

Traducción de DOMINGO PRUNA

INDICE

LOS JARAI 6

- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII

LOS GRILLOS 52

- I
- II
- III
- IV

EL NAPALM 74

- I
- II
- III

LA RUTA HÔ-CHI MINH 89

- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX

EI RAMO DE ORQUÍDEAS 139

- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII

Notas a pie de página 178

A los americanos se les ocurrió sembrar la jungla norvietnamita de minúsculos receptores (llamados 'oídos de jungla'), los cuales les permitían seguir todos los movimientos del enemigo y bombardearlo eficazmente. Estas pequeñas maravillas electrónicas ('sensors') se hallaban tan bien disimuladas entre la vegetación, que resultaba prácticamente imposible localizarlas. Sin embargo, parece ser que no hay nada imposible para la sutileza y la penetrante mirada de los asiáticos. Y así, un buen día descubrieron uno de aquellos 'oídos' y se inició una lucha de la astucia contra la técnica, lucha de la que deriva toda una serie de episodios de intenso 'suspense' que, al mismo tiempo, constituyen una sátira cruel contra la guerra del Vietnam.

LOS JARAI

I

NO HABÍA sirenas para dar la alarma, y el gong de cobre, usado sin convicción al producirse los primeros bombardeos, para imitar a las gentes del llano, permanecía silencioso. Todos los montañeses jarai tenían el oído lo suficientemente fino como para percibir desde muy lejos el ruido de los aviones. Además, no iban por ellos. Se hallaban relativamente seguros en la nueva aldea que habían construido, sobre una alta cumbre de la cordillera anamítica, para escapar tanto de las encarnizadas persecuciones de Diem como de las piedras de fuego que dejaban caer los hombres voladores. La confusa y misteriosa red de la ruta de Hó-Chi-Minh pasaba bastante lejos, hacia el Oeste, y las piedras de fuego martilleaban más bien los puertos que las cumbres. No obstante, algún que otro convoy ligero tomaba los senderos de la altísima región, y los aviadores americanos arrojaban bombas en las cercanías de su nido de águila, bien por casualidad, bien por soltar el lastre de un residuo de carga olvidado, antes de volver al redil, siguiendo una información, verídica o falsa. De aquí que en cada luna nueva, no olvidaran nunca los jarai ofrecer el sacrificio de un gallo a Yang Driang, el genio rojo, el genio malévolo, y a su cómplice, Yang Dri, que matan por el placer de matar.

El sacrificio se hacía según un rito muy antiguo, acompañado, una vez el gallo desangrado por completo, de una oración que rezaba Mok, el viejo jefe de la aldea, y que empezaba así:

«Llamo ahora al genio Driang, al genio Dri..., a los genios malos, a los genios de la destrucción.»

Por lo general, los jarai dirigen sus plegarias sólo a los genios malos. Los otros, los genios buenos, no tienen necesidad de ser ablandados ni de recibir sacrificios, puesto que son buenos.

Tras aquella ceremonia se sentían más tranquilos. No obstante, y siguiendo los consejos de la anciana Ami¹, a la que todos hacían caso, cuando se acercaba el estruendo de las máquinas voladoras y, sobre todo, cuando las explosiones hacían temblar las montañas próximas, se deslizaban, en silencio, hacia las anfractuosidades que el viento y la lluvia habían excavado en la roca y respecto a las cuales les decía su instinto que eran los refugios más seguros. La anciana Ami pensaba que es conveniente buscar el favor de los genios mediante sacrificios u oraciones, pero que ello no debe impedir a los hombres tomar ciertas precauciones. Lo cierto era que ya fuese por la gracia de Yang Driang aplacado, ya por las medidas que tomaban, ninguno de los montañeses había resultado herido desde su emigración a aquel picacho.

Es lo que hicieron aquella noche, pues el centro de la incursión aérea parecía hallarse sólo a algunas horas de camino, y dos ingenios habían caído sobre las colinas más próximas. Las familias permanecieron a resguardo mientras duró el bombardeo: unos veinte minutos; luego la jungla recobró su calma nocturna y el jefe Mok, levantándose, dio la señal de que había terminado la alarma. Entonces, siguiendo una costumbre bastante reciente, los cazadores de la aldea se pusieron en círculo a su alrededor para deliberar. Las mujeres y los niños formaron un corro más amplio en tomo a ellos, sin tomar parte en el debate, pero haciendo ocasionales comentarios en voz baja.

—Las piedras han caído hacia Poniente —dijo Mok—. No lejos de la Meseta de los Cien Mil Búfalos. ¿Qué le parece, Dju? Dju era el mejor cazador de la aldea, uno de los más famosos de la tribu. Nadie conocía mejor que él la jungla y los senderos invisibles que siguen los animales. Nadie como él sabía acercarse a una manada de búfalos salvajes — presa favorita de los jaral — sin ponerla en guardia, llegar al alcance del animal más hermoso, arrojarle una flecha mortal y rematarlo con la lanza. Nunca se le había visto volver con las manos vacías de

¹ En jaral, la madre.

una expedición, y los jóvenes de la aldea esperaban siempre su regreso con la esperanza de alguna ganga, feliz de verlo aparecer doblado bajo el peso de un magnífico trofeo. Por lo menos era lo que ocurría antes. Ahora, la guerra perturbaba la caza, interfería desgraciadamente la actividad cinegética.

—No creo que las piedras hayan caído en la Meseta de los Cien Mil Búfalos — dijo moviendo la cabeza, tras haber olfateado el olor a pólvora, mezclado ahora con la vaharada a moho que emanaba de la jungla—. Más abajo del sol poniente y más cerca de nosotros.

—¿A qué distancia?

—A cuatro o cinco horas por lo menos. Conozco el camino. Es difícil. No hay senderos.

En cuclillas alrededor de Mok, la mayoría de los hombres habían encendido una pipa de tubo curvilíneo. Algunas mujeres hicieron lo propio en el corro más amplio. Mok llevaba una linterna, viejo regalo de un terrateniente francés. Aunque las pilas estaban agotadas, raramente se separaba de ella, ni de día ni de noche. Era algo así como el símbolo de su autoridad.

Cuando las bombas no caían peligrosamente cerca, la incursión aérea iba seguida siempre de largas conferencias. Los aldeanos, y en particular los niños, acogían con alegría todo incidente que se saliera de lo normal y que pudiera servir de pretexto para una larga velada. Antes, tales ocasiones las ofrecía el retomo de un grupo de calzadores que traían un valioso botín tras una larga caminata: un elefante capturado, cuernos de gaur de tamaño excepcional y carne para varios días. Entonces, las mujeres, las muchachas y los niños de grandes ojos salían de sus cabañas atraídos por aquellas maravillas, encendían fuego algo lejos de la aldea, rodeaban a los héroes, que explicaban sus hazañas bebiendo jarras de aguardiente de arroz, y las comentaban hasta que salía el sol. Cantos y rondas puntuaban los relatos. Cuando había amanecido, cada cual se dirigía, contento, a sus ocupaciones habituales: el trabajo en el campo.

Los bombardeos llegaron a convertirse en pretexto de aquellas veladas, a las que tan aficionados eran; pero ya no encendían fuego. Mok lo había prohibido, tras haberse dado cuenta de que atraía a los hombres voladores como una antorcha a los insectos nocturnos. Sin embargo, toda la aldea se hallaba presente en la reunión nocturna, escuchando el consejo que celebraba el jefe, esperando con impaciencia sus conclusiones y resuelta a permanecer allí hasta que llegara el alba.

—Más cerca que la Meseta de los Cien Mil Búfalos — repitió Mok, preocupado—. ¿Acaso sobre las colinas negras? Una región poco favorable.

—Mala región, en efecto —aprobó Dju—. En esas montañas no crece la hierba. Hace tiempo perseguí a un búfalo herido que se había refugiado en ellas porque los tigres, las panteras y la mayor parte de los animales las habían abandonado... No obstante, entre las colinas hay unos cuantos valles bastante acogedores.

—¿Crees que vale la pena ir allá?

Dju, dubitativo, movía la cabeza, con la nariz dilatada, como interrogando de nuevo las emanaciones de la jungla.

—Dju no puede responder — dijo, por fin.

—Si Dju no responde en sentido negativo, es que hay una posibilidad —manifestó alguien.

Un nuevo personaje acababa de tomar parte en el debate. Una mujer muy anciana se había acercado sigilosamente en la oscuridad. Ami esperó el final de la alarma para salir de su cabaña, pues aunque aconsejaba a los demás que se pusieran al resguardo, desdeñaba hacerlo ella. Los jarai no censuraban jamás esta actitud, pues todos sabían que Ami era invulnerable. Los genios del mal se inclinaban ante ella, y los buenos la protegían. Estaba tan segura en su choza de paja, en cuclillas sobre su estera, como bajo un techo de varios metros de hormigón. De todas formas, nadie se habría atrevido a criticar un gesto o una palabra suyos. Los aldeanos, y en primer lugar Mok, le pedían consejo cuando habían de tomar

una decisión importante, y los jefes de las otras aldeas diseminadas por la montaña acudían con frecuencia a consultarla. Sin dar orden alguna, expresaba con sencillez su forma de ver las cosas, y los jarai habían comprobado que tal forma era buena.

Caminaba con paso indolente, pero aún bastante firme, sosteniendo entre sus flacos dedos una pipa, encendida durante la alarma. Cruzó el corro de mujeres y niños, que se habían levantado espontáneamente al oír su voz. Los cazadores hicieron otro tanto, así como el jefe Mok, pues Ami raramente salía de su choza —montada sobre pilotes—, en la que vivía sola, y su presencia era considerada como un acontecimiento venturoso.

Repitió:

—Si Dju no responde en sentido negativo, es que hay una posibilidad.

Hablaba sosegadamente, sin que nada permitiese sospechar que sus observaciones pudieran ser tomadas por una orden y ni siquiera un deseo. Añadió con el mismo tono:

—Vuestros hijos tienen el vientre vacío, y mañana es un día non².

—Vamos, pues, allá —decidió Mok—. Ami tiene razón. Cinco horas de marcha no es mucho. Llegaremos antes de que salga el sol.

Un murmullo de aprobación recorrió el grupo de cazadores y se prolongó, como ahogados ecos, entre las mujeres y los niños. Todos esperaban esta decisión desde el principio de la alarma. El corro grande hizo una brecha para dejar pasar a los hombres que se preparaban para partir hacia la jungla. Volvió a cerrarse tras ellos, y las conversaciones se reanudaron a media voz, expresando tanto inquietud, como duda, o esperanza. En cuanto a Ami, ya había reemprendido el camino hacia su soledad y subía por las toscas muescas de grueso

² Los días impares suelen ser venturosos para los jarai.

bambú tallado que hacían las veces de escalera para llegar hasta su choza.

Los hombres desaparecieron en el bosque. Caminaban en fila india, detrás de Mok, que llevaba al hombro un viejo fusil de fabricación local y empuñaba su linterna inservible como un bastón de mariscal. Le precedía Dju, el mejor guía para aquella expedición. Dju tenía también su fusil, pero nunca lo llevaba en sus caminatas. El fusil se quedaba en su choza, para ser usado a quemarropa, si hacía falta, contra algún intruso. En la jungla, sólo se fiaba de sus flechas y de su lanza. Los demás iban equipados como él, todos habían tomado la precaución de coger sus armas antes de salir de la cabaña, previendo una eventual expedición. Tras haberse quitado y dejado al cuidado de las mujeres la manta tejida con la que se habían provisto para una estancia prolongada en los refugios, sólo vestían una cuerda en tomo a la cintura, a la que estaba sujeto el indispensable machete y de la que colgaban unos jirones de tela a guisa de taparrabo. Todos llevaban largos zarcillos de marfil y brazaletes de metal.

—Me gustaría mucho que no volviésemos con las manos vacías como la última vez — dijo Mok preocupado a Dju, que le precedía—. ¿Tienes alguna seguridad?

—Ami lo ha dicho, es cuestión de suerte.

—Ami siempre habla bien —concluyó el anciano jefe moviendo la cabeza.

II

—¿HAS acabado ya de descifrarlo? —preguntó la señora Ngha impacientemente.

Van, su secretaria particular, tenía entre muchas otras funciones el privilegio de descifrar ciertos documentos secretos, que la señora Ngha no hubiera mostrado a nadie más. Tenía la confianza de ésta, pero su empleo no era precisamente tranquilo. Su jefa solía experimentar bruscos cambios de humor

que podían volverla dura y hasta injusta. Por otra parte, la señora Ngha lo lamentaba casi siempre y cuando se daba cuenta de que se había equivocado, se excusaba enseguida y con tanta simpatía que Van era incapaz de tenérselo en cuenta.

La secretaria estaba en aquel momento inclinada sobre su mesa, manipulando a la vez un voluminoso diccionario e irnos papeles y tomando notas en un cuaderno. Con sus gruesas gafas, que la envejecían, tenía el aire de una profesora corrigiendo los deberes de sus alumnos.

—Es muy largo —respondió—. He acabado, pero el borrador es ilegible. Estoy pasándolo en limpio. ¿Quiere usted ver las primeras páginas?

—No; sabes muy bien que me gustan los trabajos perfectamente acabados. ¿Es interesante?

Absorta en la mecánica minuciosa de su trabajo, Van no había podido profundizar en el sentido del mensaje; sin embargo, le habían interesado varios párrafos.

—Ciertas informaciones son muy interesantes, creo que otras no.

—Termina pronto.

Esta conversación tenía lugar no lejos de Hanoi, en un rincón de la campiña vietnamita debidamente acondicionado para ser utilizado como residencia principal del servicio general de información de la República democrática. Los alojamientos no eran lujosos, pero los refugios subterráneos eran sólidos. Los jefes del servicio encontraban allá un lugar donde vivir bastante confortablemente, así como una calma propicia para sutiles combinaciones y decisiones reflexivas, cuando los aviones enemigos no bombardeaban demasiado cerca. Las oficinas no estaban equipadas con los últimos adelantos de la técnica occidental, pero no por ello eran menos abundantes y preciosos los informes obtenidos. Los cerebros que los examinaban sabían sacar el mejor partido posible, con menos rapidez pero con más discernimiento que los ordenadores. La señora Ngha era uno de esos cerebros, el más importante de todos.

En aquel instante estaba desocupada, algo muy raro en ella, la barbilla entre las manos, esforzándose en no mostrar su impaciencia, esperando que Van hubiese acabado de traducir un largo mensaje, que había recibido momentos antes, de uno de sus agentes que operaba en país enemigo. Una sola vez interrumpió su meditación abriendo la boca como para comentar algo. Pero cambió de parecer, juzgando inútil distraer una vez más a su secretaria, y anotó en silencio en un bloc:

«Instrucciones para enviar a Thu: desde ahora, los largos informes, transmitidos por mensajero, no hará falta transcribirlos en código. Es una pérdida de tiempo tanto en la emisión como en la recepción y, además, completamente inútil: si uno de estos textos cae en manos del enemigo, éste podrá descifrarlos siempre.»

Conocía los recursos del enemigo en este sentido. Nada le molestaba tanto como una pérdida inútil de tiempo, y aunque a veces se deleitaba con maquinaciones de rara complejidad, apreciaba la simplicidad en los negocios si no se derivaba de ésta ningún inconveniente.

Al igual que su secretaria, vestía trajes neutros, chaqueta y pantalón, pudiendo ser tanto militares como civiles. En las perchas de la entrada de la habitación estaban colgadas dos gorras iguales. Y de nuevo, al igual que Van, no llevaba insignias ni galones, pero el parecido acababa aquí, Van era una joven vietnamita de Hanoi, distinguiéndose únicamente de sus hermanas de raza por las gafas de cristales anormalmente gruesos, mientras que la señora Ngha, a pesar del esfuerzo que hacía continuamente para pasar inadvertida, no lograba nunca esconder bajo una apariencia negligente el resplandor de su mirada y la extraordinaria inteligencia que emanaba de su fisonomía. Su figura lo reafirmaba. Era más alta que la mayor parte de los vietnamitas y más delgada que Van, aunque fuera mucho mayor. Algunos de tales caracteres los debía, sin duda, a un cercano mestizaje: su madre había sido una china de Shanghai. Nadie se hubiera arriesgado a decir su edad. Su paso era el de una joven, su rostro, más alargado y pálido que el de Van, era también terso, y sus cabellos cortos a la mane-

ra china, contribuían a darle un aire juvenil. Sin embargo, la expresión de sus rasgos era la de madurez, y el lugar que ocupaba le había sido confiado únicamente después de haber dado pruebas de su experiencia y cordura durante numerosos años.

La señora Ngha ostentaba uno de los más altos cargos de la República democrática. Algunos de los pocos privilegiados que gozaban de la confianza total del Tío Ho, sabían que era el jefe supremo de los servicios de información. Otros, y en particular los soldados con los que se mezclaba a menudo, procurando informarse por sí misma en todos los ambientes, aun ignorando sus funciones exactas y su categoría jerárquica, adivinaban en ella a un personaje influyente, cargado de pesadas responsabilidades, bastante enigmático, pese a su apariencia de buena chica y su familiaridad con ellos, lo que no contradecía en absoluto su amor innato por el misterio y la intriga. Además, se sabía que estaba cerca del presidente y que gozaba de toda su confianza. Sobre los senderos y las pistas de la jungla, por las que los convoyes iban y venían en la noche, se citaban algunas palabras atribuidas al Tío. Éste había dicho que hubiera preferido ver la ciudad de Hanoi reducida a cenizas por los «B-52», antes que perder a la señora Ngha.

Cuando los soldados hablaban de ella anteponían un título inusitado a su nombre, no se la llamaba jamás camarada Ngha. A veces podía ser designada por un sobrenombre como «Luz ardiente» o «Más fina que la cabritilla», que merecía por el brillo de su mirada o por los recursos a los que acudía su ingenio. Para otros, según su edad, su puesto en la jerarquía o su grado de intimidad, podía ser «Tía Ngha» o «Hermana mayor Ngha». Pero corrientemente para el pueblo y en especial para los soldados era Ba Ngha, es decir, señora Ngha. Este apelativo había acabado por imponerse. Tanto en las altas esferas como en el mismo seno del partido, se habían acostumbrado a llamarla así, mitad en serio mitad en broma, pero siempre con tono respetuoso: señora Ngha.

—¡Al fin!

Se apoderó del informe que le tendía su secretaria. Éste comenzaba del siguiente modo:

«Thu a su querida Tía Ngha...»

Había empezado a leer a media voz. Se detuvo, levantó los ojos, percibió una mueca divertida en el rostro de Van y esbozó una tierna sonrisa. Para guardar las apariencias, ella preguntó:

—¿Qué sucede, Van?

—Me preguntaba si el servicio de información del enemigo recibe de sus agentes secretos informes que empiecen de este modo.

—No lo creo. Pero Thu es así, tiene necesidad de crear a su alrededor una atmósfera familiar.

Y prosiguió su lectura:

«Estoy incluida nuevo servicio dirigido por general Bishop. Razones pensar muy importante servicio. He aquí, ante todo, detalles materiales que pueden ser útiles.

»Situación geográfica: Este de Tailandia. Longitud: 104° 17'. Latitud: 16° 33'. Cerca del centro ya existen "B-52". Gran aeropuerto. Depósitos de municiones y combustible. Enviaré detalles cuando sea posible. No estaré aquí más de ocho días.

»Nuestro servicio: Rodeada de misterios aún no desvelados. Por lo tanto, pienso comenzar a descubrir lo esencial. (Ver último parte presente informe.) Nombre oficial: Servicio S. Se sabe por ahora que S. es inicial de sensores. No encontré la palabra en diccionario³, pero pienso conocer ahora significado (ver última parte).

»Edificios: una gran sala (a ojo alrededor de 30 X 10 m, pero no la he podido medir). Perdonad. Sólo he entrado una vez llamada sala de escucha, con oficinas contiguas para jefes

³ Los sensores están ampliamente descritos en el *Armed Forces Journal*, publicación de la Armada americana del 15 de febrero de 1971. La significación es: órganos de los sentidos sensoriales.

responsables, en particular oficina general Bishop, que será también la mía. General Bishop intenta tenerme cerca. Ha puesto en mí toda su confianza.

»Viviendas: Agradables y confortables para todo el personal incluyéndome a mí. Estilo bungalows... Querida Tía Ngha, tengo un cuarto de baño, una nevera, aire acondicionado, una gran sala de estar para mí sola y un jardín, pequeño, pero donde he tenido el placer de descubrir tres hibiscos casi tan bellos como los de Hue.»

—Esta Thu será siempre la misma — comentó la señora Ngha con otra tierna sonrisa—. ¿Verdaderamente se ha tomado cuidado y tiempo para traducir «querida Tía Ngha»?

—Lo ha hecho. He observado también que a menudo abandona el estilo telegráfico —puntualizó Van.

—Cuando cree que lo que tiene que decir se expresa mejor de otra manera.

«...Como he podido pasear en esta semana, en la que he estado en una especie de vacaciones, he tenido la inmensa suerte de descubrir un río más pequeño que el río de los perfumes, pero que me lo recuerda un poco. No obstante, esto que sigue interesará sobre todo a mi querida Tía Ngha.

»El personal: Ante todo el general Bishop. Es un norteamericano bien educado...»

III

LA SEÑORA NGHA hizo otra pausa y lanzó un suspiro que Van interpretó como señal de desaprobación y creyó poder hacer algunos comentarios.

—Thu se esfuerza ante todo en ser metódica. Comienza expresándose en estilo condensado y preciso. Luego se pierde en descripciones y digresiones que están poco relacionadas con la información. Antes de llegar a lo esencial se deja llevar

por su temperamento, pues al final da informaciones de gran importancia.

—Su temperamento. Van, eso es exactamente, pero no considero que sea un mal. Estimo que a cada agente hay que dejarle expresarse según ese temperamento. Y todas esas digresiones, como tú dices, pueden ser algún día valiosas. En cualquier caso, me alegro por lo que a mí respecta, de saber a Thu en un marco agradable. Se encontrará más a sus anchas y estoy segura de que su trabajo ganará con ello. ¿Conoces su pasado?

—Tan sólo por su expediente. No la he visto nunca. ¿Huérfana de guerra?

—Toda su familia fue exterminada por un bombardeo americano, cerca de Hue. Apenas tenía quince años. Después militó algún tiempo en los comandos vietcong; con ello daba pruebas de buena voluntad y de coraje, pero era contrario a su manera de ser. La brutalidad repugna a su delicadeza. No está hecha para ver de cerca las atrocidades, y menos aún para participar en ellas. Lo comprendí enseguida al encontrarla un día, por casualidad, durante una de mis primeras giras por la pista al verla con los ojos enormemente abiertos y aterrizada después de presenciar una expedición punitiva de comandos. Ni siquiera después de los sufrimientos, puede soportar la vista de ejecuciones justas pese a llevar en el corazón el odio al enemigo. Me gané su confianza. Era fácil, bastaban algunas palabras amistosas. Me contó su historia y sus cuitas. Pensé entonces que me podría ser muy útil en el S. I. Posee la más preciada cualidad para un agente secreto: inspira confianza. Tiene un rostro enternecedor, de niña melancólica, fino y delicado como el de las muchachas de Hue... Pero, ¿qué te pasa, Van?

La señora Ngha, a quien no se le escapaba ningún matiz, notó en Van un leve parpadeo, tras los gruesos cristales de sus gafas, que podía delatar perfectamente cierta emoción, provocada tanto por la descripción conmovedora que su jefe hacía de Thu como por la casi obligatoria conclusión de que esta criatura enternecedora había de ser un agente de primer or-

den, expuesta a las peores brutalidades y a la muerte violenta si las cosas no le iban bien.

—Nada, señora, nada — se apresuró a responder la secretaria.

La señora Ngha meneó la cabeza y prosiguió:

—Así es que pedí al Vietcong que la trajese con nosotros y realicé algunas intrigas para que los americanos la enrolasen. Hablaba inglés correctamente. Su gentileza y su ingenuidad han facilitado las cosas. Nos ha prestado ya servicios en un Estado Mayor enemigo como secretaria traductora. Nos prestará otros. Pero, te lo repito: su equilibrio exige que no viva en un ambiente violento.

—Me parecía que sus reflexiones sobre el carácter de ese general Bishop...

—Pueden tener importancia. En lo que a mí respecta, estoy satisfecha de saber que ese general es un americano bien educado. Me alegro primero por Thu, que será tratada decorosamente, si escapa al peligro que la amenaza a cada instante, y luego por nosotros, pues nunca conocemos bastante bien a nuestros enemigos... Conocerse a sí mismo, conocer al enemigo ⁴, tal debe ser nuestra regla en cualquier situación. ¿Lo has olvidado? Thu siente eso por instinto, y la considero también como un agente notable, en lo que toca a lo que tú llamas digresiones. ¿Acaso no eres de mi parecer?

Su actitud había cambiado imperceptiblemente, y su tono, endurecido hasta el punto de hacerse casi severo. Admitía desde luego la discusión y la contradicción; pero, tras haber facilitado a su secretaria ideas que tenía por irrefutables, consideraba que continuar el diálogo hubiera sido perder el tiempo.

—Jamás pretendí lo contrario —respondió Van con tono contrito—. He querido decir simplemente que lo más importante de la información está en el final.

—¿De veras?

⁴ Giap: Guerra del pueblo, ejército del pueblo.

La señora Ngha prosiguió sin prisas su lectura:

«El personal: Ante todo, el general Bishop. Es un americano bien educado. No bebe demasiado y fuma poco; en pipa solamente. Es correcto y hasta deferente conmigo, que soy la única chica del servicio. Si tiene vicios, los esconde muy bien, pero procuraré descubrirlos y precisar al respecto. Parece muy honrado por haber sido puesto al frente del Servicio S. No he podido saber aún su edad exacta, pero ya no es joven, aunque se conserva bien y he oído murmurar que éste será, sin duda, su último cargo antes del retiro.

»A propósito de esto, debo referir aquí algunas informaciones recogidas escuchando al personal, que habla bastante libremente delante de mí. Estas informaciones no tienen garantías, pues no han sido confirmadas. Según algunos, el general Bishop debe su puesto a su conciencia profesional y a su constancia en el trabajo. Otros opinan que se debe a la ignorancia total de los engranajes del servicio que debe dirigir, que al estar compuesto este servicio por ingenieros y técnicos, el Alto Mando militar ha creído que hacía falta un oficial por encima de esas cuestiones para ser responsable de ellas. Uno de esos ingenieros, muy joven, ha mencionado, con una sonrisa que quería ser irónica, "el principio de Peter". Siento no haber comprendido y trataré de informarme...»

—¿Sabes tú. Van, qué significa eso del principio de Peter?

Van confesó humildemente que lo ignoraba.

—Pues bien, habrá que tenerte más al corriente en adelante. Recuérdame esta noche que te dé el libro de Peter y Hull, y léelo con atención, como hice yo.

Van se inclinó y tomó nota en su cuaderno. La señora Ngha continuó:

«...Para otros (dispense la extensión de este párrafo, pero creo que estas cuestiones pueden tener importancia), para otros, Bishop ocupa ese codiciado puesto (Tailandia es apetecida por todos los oficiales americanos) porque, pese a ser capaz de tomar la iniciativa, no interferirá jamás en el cálculo de los ordenadores, que es esencial para el funcionamiento

del Servicio S. (véase última parte). Todo el personal está orgulloso de contar con I.BJVL 360.65.S. que por lo que parece es una maravilla y cuesta muy caro.

»Deduzco de este párrafo que mi querida Tía Ngha desearía conocer mi opinión personal sobre el general Bishop. Lamento que todavía sea muy vaga. Hoy por hoy sólo puedo decir que es un hombre con edad suficiente para ser mi padre...»

—Verdaderamente su lugar está al lado de ese viejo general —murmuró la señora Ngha.

«...con edad suficiente para ser mi padre, menos antipático que muchos jóvenes oficiales, no exactamente ingenuo, pero que parece tener una gran admiración por las cosas que no comprende o que comprende mal, como la ciencia y la técnica. (Thu pide muchas disculpas por la imprecisión de este juicio. Procurará estar mejor informada en un próximo informe.)

»El coronel Shaw, número dos, ayudante del general...»

—A pesar de la impresión, ahí va al menos un carácter esbozado —comentó la señora Ngha, que parecía deleitarse con la lectura de aquellas líneas—. ¡Y pretendías que esos detalles carecían de importancia! Créeme. No hay pérdida ni de papel ni de tiempo.

«...Ese, más fácil de definir. Físico. Especialista electrónico, a quien han endilgado galones de oficial. Se ríe de ello y se desinteresa de la guerra...»

—Ya vuelve al estilo telegráfico.

—No por mucho tiempo.

«...Sólo se apasiona por su especialidad y el buen funcionamiento de los gadgets (palabra que él usa) en parte inventados y puestos a punto por él, base del Servicio S. (Véase última parte.) No parece preocuparse por resultados militares que esos gadgets pueden acarrear. Thu imagina a veces estado de ánimo semejante al de físicos atómicos de Los Álamos.

»Otros miembros del personal: Todos ingenieros y técnicos que suelen hablar lenguaje incomprensible. Thu se disculpa

otra vez. He podido no obstante tener una pequeña idea de la naturaleza del Servicio S., que empezará a funcionar la semana próxima, escuchando una conversación entre el coronel Shaw y el general (éste no comprende tampoco el lenguaje de los técnicos y el coronel ha tenido que darle explicaciones en inglés corriente) y por algunas precisiones que el general me ha dado espontáneamente. (Ha mencionado ya que tiene plena confianza en mí. Quiere que sea su secretaria particular, lo cual podrá ser muy útil para mi trabajo.)

»Segunda parte: Objeto esencial del servicio S. y naturaleza de los sensores: Estos sensores son irnos aparatos que escuchan. Como no he encontrado su traducción en vietnamita, los he denominado oídos de jungla. Va usted a ver por qué...»

—Oídos de jungla — murmuró pensativamente la señora Ngha—. Supongo que esa segunda parte contiene lo que tú llamas esencial.

—Exactamente. Interesante e inquietante a la vez.

La señora Ngha leyó de un tirón la última parte del informe, luego volvió atrás y la volvió a leer más despacio, parándose y frunciendo las cejas en ciertos pasajes. Cuando hubo terminado, miró a su secretaria con aire apreciativo.

—Tenías razón, Van — dijo —, de momento lo esencial está aquí, interesante e inquietante a la vez. Pero, gracias a Thu, estamos prevenidos. Tendremos que estrujarnos el cerebro para encontrar una solución... Mientras tanto, se le debe contestar hoy mismo, y darle las gracias como es debido. Escribe.

Cuando Van se disponía a obedecerla, se levantó y empezó a pasarse por la oficina, con las manos a la espalda. Ahora tenía el aire de un hombre de negocios que reflexiona sobre diversos aspectos de un problema antes de dictar una carta importante y que duda entre diferentes fórmulas posibles. Al cabo de algunos instantes de intensa reflexión, el jefe supremo, y muy a menudo temido, del servicio de informaciones se decidió de pronto y se expresó así:

—Escribe, Van: «Ngha a su queridísima hermanita, Thu...»

IV

NAM SE sentía a sus anchas al volante del camión, un tres toneladas muchas veces remendado pero todavía sólido, pese a las dificultades del tramo de pista donde conducía certeramente desde hacía algunos meses. Con, aproximadamente, treinta kilómetros de longitud, aquella sección no era de las más peligrosas. El enemigo parecía no haberla localizado todavía. Nam sólo había sido bombardeado dos veces, y los ingenios, lanzados al parecer un poco a bulto, no alcanzaron el convoy. Las dificultades estribaban en la conducción de los vehículos.

Ninguna persona normal hubiera soñado que aquellas montañas cubiertas de un tupido bosque pudieran ser cruzadas por una fila de camiones como el de Nam. Sin embargo cada noche los dejaban colarse por estrechos senderos, invisibles desde el cielo, burdamente habilitados a través de la maraña de árboles y de bejucos. Desde luego, tres toneladas eran el límite. Lo habían intentado con camiones más pesados (se experimentaron todos los modos posibles de transporte), pero hubo que renunciar a ellos. Esqueletos dislocados en el fondo de los barrancos recordaban lo temerario de aquellas tentativas.

Pero los tres toneladas pasaban, conducidos por acróbatas del volante que eran sometidos a pruebas de una dificultad increíble, antes de confiarles un vehículo cargado con el material destinado a las tropas de operaciones en el Sur. Vehículos y material eran más preciosos que el oro. Una vez aceptados, se les asignaba un tramo de pista de veinte a treinta kilómetros, siempre el mismo, de forma que acababan por conocer todas sus trampas, las rocas cortantes que aserraban los neumáticos, los baches, las más pequeñas raíces, de forma que hubieran podido conducir con los ojos vendados.

Poco faltaba para que se volviesen ciegos, pues el transporte se efectuaba siempre de noche, sin la menor referencia luminosa que pudiese atraer a los aviadores. Los conductores se

regían por las ruedas y la transmisión mecánica en estrecho contacto con el suelo. Este conjunto estaba ahora como incorporado al sistema nervioso de Nam. Éste satisfecho con su destino: su oficio difícil de por sí, era aquí menos peligroso que en otras pistas más anchas, mejor habilitadas, pero donde los bombardeos eran más frecuentes y más eficaces.

Aquella noche, Nam tenía además otro motivo para estar contento. Se sentía orgulloso por su ascenso. Había sido designado por primera vez como conductor de cabeza en el convoy. Era un homenaje rendido a su destreza pues se trataba, por supuesto, del cometido más delicado. Hasta en la noche más oscura, hasta en los pasos donde los árboles gigantes soldaban sus ramas para formar una cortina opaca entre la tierra y la débil luminosidad del cielo tropical, el conductor de un camión ordinario siempre lograba distinguir algún indicio en la masa del vehículo que le precedía, a condición de seguirlo muy de cerca. Se había tomado para él un juego de reflejos. Dos camiones, uno tras otro, estaban comunicados por nervios inmatereales, sutiles lazos elásticos cuya longitud no rebasaba un metro. Cuando se alargaba más allá de esta distancia, en el momento que la masa sombría del primero iba a desvanecerse, el chófer del segundo camión pisaba imperceptiblemente el acelerador, sin miedo a dar acto seguido un frenazo igualmente irreflexivo, pero siempre exactamente dosificado, cuando su referencia le avisaba, al agrandarse, que el lazo estaba flojo y que era inminente un choque. La destreza de los conductores era tal que no se producían encontronazos casi nunca.

Pero Nam, hoy jefe del convoy, no podía contar con estas referencias. Tema sin embargo un conocimiento tal de la pista, que lograba seguirla a una marcha casi regular, sin extraviarse y evitando la mayor parte de baches. Casi nunca recurría al ayudante, sentado a su derecha, que asomando la cabeza por la ventanilla debía señalarle cualquier obstáculo imprevisto. Por lo que, detrás de él, el convoy avanzaba a la velocidad moderada, pero constante, de ocho a diez kilómetros por hora,

a la manera de una pitón reptando bajo la hojarasca entre los árboles, y casi igualmente furtivo.

Era un convoy importante, lo cual aumentaba el orgullo de Nam. Se había hecho un misterio acerca de la salida, pues las órdenes no se daban hasta última hora. Las autoridades estaban preocupadas. Nam lo sabía. Aunque su mente estuviera concentrada sobre la pista y sus riesgos, no podía menos de pensar en las contraórdenes de aquella salida. Dos días antes, su itinerario había sido escogido y él estaba preparado con sus camaradas. Al día siguiente, anularon la orden y le designaron otro tramo. Por fin, a última hora, rogaron a Nam que se pusiera en camino. Estaba convencido de que las autoridades esperaban algunos disturbios. Recordando un incidente de los días anteriores, creían adivinar en parte el motivo de la inquietud que se respiraba.

La semana pasada, durante noches sin luna, gran número de aparatos enemigos sobrevolaron la región. Por el misterioso teléfono que atraviesa Vietnam de Norte a Sur,

Nam sabía que igual sucedía a lo largo de toda la cordillera namítica, desde los puertos de penetración hasta el nivel de Dalat, tanto por lado del mar como hacia Laos y Camboya. Por supuesto no era la primera vez, pero varias anomalías hacían incomprensibles aquellos vuelos. Los aparatos no eran bombarderos: no habían arrojado ningún explosivo. Parecían volar en perfecta formación y seguir una pauta, pasando una y otra vez con regularidad, como si quisieran escudriñar cada hectárea de la alta región desde el cielo. ¿Observadores? Las noches eran oscuras y, aun con los diabólicos procedimientos del enemigo, la observación resultaba difícil. Por lo demás, no fue lanzada ninguna bengala. ¿Paracaidistas? De noche y sobre la jungla era imposible. ¿Bombas retardadas? Era entre todas la hipótesis menos absurda a los ojos de Nam. Pero tras reflexionar al respecto, se le antojó desatinada, ya que de ser así, los americanos estaban más locos aún de lo que él imaginaba. La jungla era grande, y a pesar de la superabundancia de material que poseían no podían cubrir la superficie con una cantidad de ingenios suficientemente elevada como para ser

inquietante. Lanzados en la oscuridad, desde muy alto, había poquísimas posibilidades de que alguno cayese en una de las pistas seguidas por los convoyes.

De todos modos, las autoridades dieron cuenta de esta eventualidad, mandando patrullas a la jungla en todas direcciones. Patrullas de especialistas. Nam, que había visto regresar una de su exploración, habría jurado que los soldados que la acompañaban no eran verdaderos soldados. Por lo menos viendo sus caras, estaba seguro de que volvían con las manos vacías. Total, todo aquello olía a misterio. Nam sintió un escalofrío: aquello no le desagradaba.

Evidentemente, pensó, si la mala suerte quiere que uno de esos malditos ingenios esté sobre nuestro camino, el camión de cabeza será el que la casque. Se encogió de hombros, apartó estos pensamientos y, sin dejar de prestar atención a la conducción, se puso a soñar en la jornada de descanso que le aguardaba en la escala, donde el convoy se detendría antes de que otros conductores les relevasen para una nueva etapa nocturna. La escala era un punto fortificado que contaba con refugios seguros. Las autoridades habían cuidado igualmente de hacer de ella un lugar de reposo y de relajamiento para los chóferes, que efectuaban un trabajo penoso, y para los soldados en tránsito. Existían tiendas bastante bien provistas y salas de juegos. Nam sonrió con placer al recordar algunas de aquellas diversiones.

Su sonrisa se ensanchó y le brillaron los ojos cuando el ensueño tomó otra dirección. Pensaba ahora en cómo contaría alguna vez a sus nietos que había sido nombrado jefe de fila en los convoyes de la ruta Ho-Chi-Minh. Entonces, todos le respetarían.

El ayudante se incorporó un poco y sacó la cabeza por la ventana.

—May bay!⁵

⁵ ¡Aviones!

Soltó una serie de pitidos estridentes, rápidamente repetidos a lo largo del convoy. Nam frenó bruscamente y paró el motor, imitado por todos los conductores de la columna que se extendía sobre centenares de metros.

Ahora podía oír claramente el ruido de los aviones, pero no estaba intranquilo. Ser sobrevolado por aquellas escuadrillas era un incidente corriente. Inmóvil y silencioso, cubierto por una jungla particularmente tupida en aquel punto, el convoy no podía ser localizado desde el cielo, ni siquiera si el enemigo soltaba bengalas. La mayoría de las veces, tras una alarma semejante, los ruidos de motor se alejaban y el convoy reanudaba su progresión de serpiente ondulante.

Pero esta vez los aparatos no estaban lejos y seguían acercándose. El ruido aumentaba a cada instante, como si... como si, pensó de pronto Nam, buscando en la oscuridad la mirada de su ayudante, como si los aviones se dirigiesen directamente hacia ellos, sin rodeos ni titubeos. Percibió la misma preocupación en su compañero: la angustia de ser un blanco.

—Vienen hacia nosotros — dijo de pronto el ayudante.

Tuvo que gritar para hacerse oír en medio de un estruendo ensordecedor. Los aparatos debían de estar casi sobre ellos, y su experiencia de ciertos ataques aéreos en el Norte hacía que reconociesen el ruido característico de los bombardeos en picado.

—Te digo que nos han localizado.

—Imposible —replicó Nam, asomándose a su vez por la ventanilla—. La noche es oscura. No hay ninguna luz. Ellos...

La explosión de las primeras bombas le cortó el habla, al tiempo que percibía detrás de él la serpiente invisible convertida en un dragón de fuego.

V

—LAS consignas han sido seguidas —afirmó Nam—. Lo sé porque, antes de que estallasen las primeras bombas, he mirado atrás. Y no había ninguna luz ni ningún cigarrillo encendido.

El sol naciente alumbraba los restos humeantes del convoy, en medio de una jungla desfigurada: chasis de camiones dislocados, trozos de chatarra hincados en los árboles, sacos de arroz despanzurrados, algunos vehículos todavía sobre sus ruedas era, poco más o menos, todo lo que quedaba. Tan sólo Nam y algunos de sus camaradas estaban indemnes. Unos sanitarios hacían la primera cura a los heridos tendidos en el suelo. Cadáveres mutilados, algunos calcinados, estaban desperdigados a ambos lados de la pista, jalonada ahora por cráteres de diferentes tamaños. Todas las municiones destinadas a las tropas del Sur habían estallado.

Dos vietnamitas, un hombre y una mujer, descubrían el desastre y comentaban su amplitud, manifestando su rabia en ocasionales crispaciones de los labios. Una escolta de soldados armados con metralletas y granadas estaban de guardia, sin perderlos de vista un solo instante, pues eran dos autoridades.

Uno era el general Hoan, encargado de los transportes en aquel sector de la ruta Hó-Chi-Minh. Su P. M. sólo distaba unos cien kilómetros y había juzgado el incidente bastante grave, tanto a causa de la magnitud de los desperfectos como de las circunstancias incomprensibles de la incursión aérea, ya que había acudido a inspeccionar el lugar. La mujer era un personaje más importante aún que Hoan. Era la señora Ngha. Estaba efectuando una gira al norte del paralelo diecisiete cuando la informaron de aquel bombardeo insólito. No vaciló en modificar al instante su programa, en cruzar la frontera y adentrarse profundamente en la zona sur para acudir a su vez personalmente.

Con su sobrio vestido habitual, tocada con la gorra democrática de la que no sobresalía ningún mechón, su rango en la

jerarquía lo denotaba la deferencia que el general le mostraba y la importancia de la escolta, especialmente encargada de velar por ella, que Hoan había movilizado tan pronto le participó su llegada. Aquello no era muy corriente. Los generales y hasta altas personalidades se desplazaban a menudo con una pequeña guardia. La señora Ngha, por su parte, no tenía interés sino por la compañía de su fiel Van, que la seguía como si fuese su sombra, cargada con una cartera repleta de documentos y con una pequeña emisora de radio cuya longitud de onda era mantenida en secreto. Ella y tres o cuatro soldados, uno de los cuales portaba sacos de dormir, formaban su séquito habitual. Pero Hoan, inquieto por naturaleza y que ya temía, sin razón alguna, que le atribuyesen alguna responsabilidad por la pérdida del convoy, no quería correr riesgos. En las altas esferas no hubiera sido bueno para él que la señora Ngha sufriera algún accidente en la pista. Por lo que dio severas órdenes a los soldados de la escolta y ninguno de éstos la abandonaba un momento.

—Ni una luz —repitió el conductor Nam—. Lo sé. Miré a propósito cuando comprendí que nos habían localizado.

—Está bien — le dijo la señora Ngha—. Has dado pruebas de sangre fría y de inteligencia. Te felicito por ello; y también por haber salvado tu camión.

Le ofreció un cigarrillo, que Nam encendió pavoneándose. Era verdad. Había mostrado gran sangre fría y salvado su camión. Cuando vio al convoy en llamas, sólo quedó estupefacto un segundo. Luego, por escapar al incendio que se propagaba de vehículo en vehículo y a los rosarios de bombas que seguían cayendo, puso de nuevo su motor en marcha, y, pisando a fondo el acelerador, pegó un bote desesperado hacia delante en la jungla, ahora iluminada. Consiguió recorrer así algunos centenares de metros y lanzar su camión fuera de la pista entre dos árboles gigantes que le protegieron de la metralla.

Tras haber interrogado a algunos supervivientes más, convencido de que las consignas de seguridad habían sido respetadas, el general Hoan resumió la situación tal como la veía.

—De noche y en esta jungla, una precisión semejante es incomprendible.

La señora Ngha, que detestaba la palabra «incomprendible», esbozó una mueca.

—Fíjese —insistió él—. Todas las bombas han caído en la alineación de nuestra pista invisible. He enviado patrullas a los alrededores. Pues bien, el número de cráteres disminuye rápidamente a medida que nos alejamos. Apenas han perdido bombas. Lo mismo ha ocurrido delante y detrás del convoy. Han apuntado a él como con una mira.

—Ya lo veo —dijo ella con tono bastante seco.

—Han debido de ser informados de la hora exacta de salida del convoy, de su longitud y del itinerario preciso. Hemos sido traicionados. No cabe la menor duda.

Había puesto un matiz respetuoso de reproche en estas palabras, como si el jefe de informaciones, de espionaje y de contraespionaje hubiese de tener una parte de responsabilidad en el asunto.

—Supongo —recalcó ella con tono más frío aún— que no habrá pregonado usted por adelantado la hora de la salida y el itinerario escogido. Supongo que las reglas de seguridad indispensables para un convoy de esa importancia han sido dadas, tanto por usted como por sus colaboradores...

—Sin duda alguna —replicó precipitadamente el general—. He hablado como un atolondrado. Desde luego, una traición de alguno de los nuestros es imposible. El verdadero itinerario ha sido mantenido oculto hasta última hora, y los conductores, avisados justo en el momento de salir. El secreto sólo lo conocíamos yo y mi jefe de Estado Mayor.

—¿Y supongo también que él es tan poco sospechoso como usted?

El general se sonrojó, balbució y casi puso cara de culpable. Sin embargo su inocencia era indudable y ella lo sabía perfectamente. Destinado al importante cargo que ocupaba a causa de sus cualidades de verdadero organizador, desempeñaba

sus funciones con celo y competencia. Pero la irritaba con sus reflexiones. Le reprochaba una falta de seguridad y también un principio de obesidad; con bastante mala fe, pues era debida a una salud deficiente, no a la gastronomía, y ella no lo ignoraba. Estaba pues de mal talante y, cuando esto ocurría, el hombre más dueño de sí y más inocente del mundo podía perder el aplomo.

No abusó sin embargo de su victoria y prosiguió:

—Lo ve usted... Por lo demás, una traición de uno de los nuestros no explicaría la precisión casi milagrosa de la incursión, que ha analizado usted con mucha perspicacia.

Dieron unos pasos más a lo largo de la pista, yendo de chatarra en chatarra, seguidos muy de cerca por el piquete de guardia. Los daños eran terribles: tres cuartos del convoy, aniquilados. Las ruinas estaban ahora a plena luz, pues los rayos del sol traspasaban la jungla de una manera desacomtumbrada, por los destrozos que habían hecho las explosiones. Los pequeños árboles estaban despedazados; los grandes, acribillados de heridas y manchados de savia de diversos tonos.

—Deberá recogerse el arroz todavía utilizable —dijo Ngha señalando con el dedo algunos sacos rotos—, y recuperar los pocos camiones que puedan ser reparados. Carecemos de vehículos.

Tenía suficiente autoridad como para meterse a veces en cuestiones que poca relación tenían con su servicio. El general no hizo la menor señal de protesta.

—Ya he dado órdenes. Esta noche vendrá mi equipo.

Habían terminado su triste ronda cuando resonaron en la jungla gritos guturales. Acto seguido, sin que se hubiese dado orden alguna, los soldados prepararon sus armas y formaron un círculo en torno a ellos. El tumulto continuaba: una carrera precipitada acompañada de llamadas, como si fuese la caza de un hombre.

Esto era en efecto, la caza de un hombre llevada a cabo por los soldados de una patrulla de reconocimiento enviada por Hoan. Pronto se les vio aparecer, empujando ante sí un prisionero. Era el jefe jarai Mok. Le habían quitado el fusil, el machete y hasta la linterna. El suboficial que estaba al mando de la patrulla dio el parte al general.

—Había más. Se nos han escapado. Se escabullen a través de los bejucos como anguilas.

La avanzada edad de Mok le había impedido huir como los demás montañeses, mucho más rápidos en el bosque que los más ágiles de los soldados.

—¿Hago que los persigan? —preguntó el suboficial.

Tras un gesto de Hoan se disponía a dar órdenes, cuando la señora Ngha intervino imperiosamente.

—Déjalo y llama a todos tus hombres.

Una orden suya no podía discutirse. Tan sólo para cumplirla el suboficial requirió con la mirada la confirmación de su jefe, que no se hizo esperar. Sin embargo, ella procuró no hacer perder su autoridad a Hoan.

—Con su permiso, mi general, sugiero que esos hombres no sean molestados. Son inofensivos y pueden sernos muy útiles, si los tratamos bien.

—Haré lo que me pide. Pero, ¿cree que son inofensivos? Yo opino que estaban espiándonos, esperando nuestra marcha para saquear lo que queda del convoy. En fin, por lo menos hemos cogido a uno.

—No creo que sean saqueadores. Sugiero también que sus hombres suelten a ese hombre y le devuelvan su fusil. Lo conozco.

—¡Lo conoce usted!

—Lo conozco. También con su permiso, voy a presentarle excusas de parte de usted.

El general dio órdenes a sus soldados bastante a regañadientes. Mok quedó en libertad. Había estado callado e inmóvil,

con la expresión distante, durante aquel diálogo en vietnamita del que no entendía ni jota, adivinando solamente que se trataba de él.

La señora Ngha le sonrió, lo miró en los ojos y comenzó así:

—Tam cho oi ⁶...

El estupor del general Hoan le paralizó hasta el punto de no poder soltar una exclamación siquiera. Todos los soldados abrieron los ojos sorprendidos. La señora Ngha se había expresado en una lengua extraña, el jarai sin duda alguna, pues el rostro del anciano jefe, al pronto tan asombrado como los otros, se iluminó gradualmente. Ella hizo una breve pausa, como por gozar de la sensación producida entre quienes la rodeaban, y luego continuó en jarai, con bastante soltura al parecer, pero con entonaciones cantarinas que a veces provocaban una sonrisa al montañés.

—¿No me reconoces? Te visité, hace algunas lunas, en tu nueva aldea. Apenas acababais de levantar vuestras casas. Tú me recibiste bien en aquel entonces. Te había traído el saludo de nuestro gran Jefe y te aseguré de su parte que no tenías nada que temer de nosotros. Hemos mantenido nuestra palabra y la seguiremos manteniendo. Hasta recuerdo tu nombre. Mok y sus hermanos no tienen nada que temer.

El anciano se inclinó ante ella repetidas veces.

—Te reconozco —dijo—. Tú eres en verdad quien vino. Pero, entonces, necesitábamos de un intérprete para entendernos.

—Como ves, ahora puedo prescindir de intérprete.

Desde hacía algunos años ya, los dirigentes de la República democrática estimaban que las tribus montañosas de la cordillera anamita, jarai, haré, sedang, maa y alguna más, hasta entonces consideradas como mois, es decir salvajes, merecían ser tomadas en consideración, pues podían desempeñar un papel eficaz en la guerra, y por tanto debía buscar su amistad.

⁶ Oh, abuelo... (apelativo muy respetuoso).

No siempre había sido así. Tiempo atrás, poco después de los acuerdos de Ginebra, los desdichados mois habían sido tratados por los dirigentes de Vietnam del Norte de una manera tan despreciativa, si no cruel, como lo fueron por la casta de Diem, en el Sur. Aquí también, familias enteras fueron arrancadas a sus hogares y deportadas. Pero los tiempos habían cambiado; la señora Ngha en particular, tan pronto tuvo acceso a un puesto importante, se rebeló en contra de este proceder, torpe, ineficaz y bárbaro. Gracias, en parte, a su influencia, se modificó la política del Tío respecto a los montañeses.

Algunos meses antes, juzgando la cuestión bastante importante como para justificar contactos personales, se había personado en varias aldeas de la alta región, en particular la de Mok, acompañada por su secretaria, un intérprete y algunos guardaespaldas.

La entrevista había sido cortés. Bebió con ellos el aguardiente de arroz en jarra, discutió con Mok y algunos notables, procurando tranquilizarles y crear lazos de amistad. Ami, aquel día, no se dejó ver, permaneció encerrada en su choza durante toda la visita, escuchando y espiando la mirada de la dama vietnamita a través de los bambúes. Su impresión era más bien favorable, pero esperaba lo que faltaba por venir y otros acontecimientos para poder hacerse una opinión definitiva.

Esta visita fue la que indujo a la señora Ngha a aprender el lenguaje de aquellos hombres, convencida de que algún día le serviría para algo. Así fue como en algunos meses y con una rapidez que decía mucho sobre su capacidad de asimilación, adquirió un discreto conocimiento del jarai, añadiéndolo a un perfecto dominio del chino, del ruso, del francés y del inglés y a un barniz de todos los dialectos hablados en la península indochina.

—Mok y sus hermanos no tienen nada que temer — insistió—. Hay que disculpar a esos soldados, que cumplen con su deber, pues, como sabes, estamos en guerra, y siempre debemos estar preparados. Os habían tomado, a ti y tus compañeros, por ladrones, que habían venido a saquear lo poco que queda de nuestro convoy.

—No somos ladrones —dijo altivamente Mok irguiendo la cabeza.

—Lo sé y ya se lo he dicho.

Mok volvió a inclinarse ante ella, feliz de ser comprendido.

—Ya sabía yo que no habían venido para saquear —dijo la señora al general Hoan.

—¿Entonces, qué hacen aquí?

—Ahora me lo dirá.

Espontáneamente y deseoso de justificar la confianza depositada en él, el jefe montañés prosiguió:

—No somos ladrones. Somos labriegos y también, a veces, cazadores.

—También lo sé.

—Y son los cazadores los que están aquí esta mañana, yo y todos los hombres de la aldea. Pero es toda una historia...

—Cuéntamela, si quieres —dijo ella sentándose sobre los talones, a la manera de los campesinos, e invitándole con un signo a hacer lo mismo—. Pero antes, si tienes confianza en mí, llama a tus compañeros. Me gustaría que todos vieses que somos amigos y que fraternizasen con los soldados vietnamitas.

El anciano no vaciló ni un instante y volviéndose hacia el bosque hizo bocina con las manos y lanzó repetidas veces llamadas guturales, entreverándolas con largas parrafadas. Ngha siguió su discurso sin demasiada dificultad y lo tradujo al general. El jefe ordenaba a todos sus hombres que volviesen y trajesen consigo lo que habían ido a buscar allí, para demostrar bien que no saqueaban en modo alguno convoyes.

VI

SIN QUE ningún ruido hubiese delatado su proximidad, los jarai aparecieron uno tras de otro, respondiendo a la llamada de Mok. Éste les dirigió unas palabras más y todos fueron a inclinarse delante de la señora Ngha, depositando a sus pies los cuerpos ensangrentados de un gran jabalí, que llevaban atado por las patas a una vara, y de dos jabatos.

—¿Es todo? —preguntó Mok.

—Todo. Hemos registrado la jungla junto a los cráteres. No hay nada más.

—Eso es lo que hemos venido a buscar aquí — declaró el anciano—. Los animales pertenecen a la jungla, por lo tanto, a quienes los capturan. No es verdadera caza, pero no es robo.

—Comprendo —dijo la señora Ngha.

—No es nuestra caza habitual —insistió el jefe—, pero...

Tenía empeño en explicarse a fondo, en disculparse de las sospechas que pudieran recaer todavía sobre el objeto de la expedición. Estaba claro también que trataba de excusar a sus compañeros y a sí mismo de aquella humillante manera de capturar las piezas. Habló largo rato, despacio, para ser comprendido por la vietnamita, quien le escuchó con visible interés, interrumpiéndole a veces para que le repitiera o le aclarase el sentido de alguna palabra que ella no había comprendido bien.

Durante su discurso, movió varias veces la cabeza en señal de aprobación escapándosele a menudo una sonrisa. Cuando Mok callaba para respirar, resumía en algunas palabras las confidencias del montañés. Hacía esta traducción para el entendimiento de Hoan, pero sobre todo, se notaba, a beneficio de los soldados de la escolta, provocando en ellos un silencioso entusiasmo, de suerte que, intrigados y apasionados por el relato, hasta el punto de olvidar las consignas, se acercaron poco a poco para oír mejor y acabaron poniéndose a su vez en cuclillas muy democráticamente en tomo del grupo, dejan-

do escapar de vez en cuando alguna alegre exclamación, pese al ceño reprobador del general que, sin embargo, no se atrevió a intervenir, ya que la señora Ngha parecía aceptar de buen grado y hasta aprobar aquella familiaridad.

Aunque fuese largo y salpicado de digresiones acerca de la dureza de los tiempos actuales para los montañeses, el discurso de Mok se podía resumir como enunciado de un plan muy sencillo, trazado por mentes primitivas, a resultas de constataciones evidentes.

Desde hacía mucho tiempo, los habitantes de la alta región habían notado, a veces a costa de sus oídos, que las piedras lanzadas del cielo por los hombres voladores eran mortíferas. En el fondo, el hecho de que fuesen fatales para los vietnamitas del Norte y sus convoyes, les dejaba indiferentes. Aquella guerra no era la suya. Su patria era la jungla. No se les podía pedir que se apasionasen por ideologías incomprensibles para ellos. Mucho más importante era la observación hecha por Ami desde las primeras incursiones: las piedras de fuego, si matan a los hombres, han de abatir también a los animales.

En aquel momento comenzaron a sentir una sorda inquietud: el temor de ver prontamente aniquilada aquella preciosa caza, alimento esencial, cuya reproducción periódica era necesaria para el porvenir de sus hijos. Esta angustia pronto pasó. La jungla es grande, como solía repetir Ami, y pese a la lluvia de piedras que la machacaba cada noche, habrían hecho falta muchas más para hacer desaparecer la fauna. Los animales, los animales interesantes para los cazadores, están en ella más holgados que los habitantes de una ciudad (los jarai lo sabían bien, a veces se movían durante semanas por acercarse a una manada de búfalos) y si los bombardeos no lo graban matar nunca a todos los habitantes de una ciudad, con mayor motivo la mayoría de los animales tenía que sobrevivir. Pero a menudo, los explosivos hacían algunas víctimas aisladas entre ellos y, si por ventura algún genio los dirigía hacia las proximidades de un rebaño, el cuadro podía ser importante en ese caos y hubiera sido una lástima dejarlo perder.

—No es verdadera caza —insistía el anciano jefe—, pero es preferible que esa carne alimente a nuestras mujeres y nuestros hijos a que se pudra o sirva de pasto a los tigres, a los perros salvajes y a los buitres.

—Es la prudencia misma — aprobaba la señora Ngha.

—Y otra razón es que la caza escasea en estos picachos donde la guerra ha hecho que nos refugiemos. Nuestras mujeres y nuestros hijos tienen a menudo el estómago vacío.

Así fue como los cazadores jarai empezaron a seguir cada vez con mayor interés el trayecto de los bombarderos americanos sobre la cordillera anamita; para ellos era algo muy diferente al interés bélico. Por la noche, cuando un lejano zumbido anunciaba una incursión de hombres voladores, éstos iban acompañados por los votos apasionados de los montañeses, que deseaban con toda su alma ingenua que las piedras mortales fuesen arrojadas sobre una región abundante en caza y no demasiado distante de su aldea.

—A menudo, cuando se produce eso —dijo el viejo Mok, con fiado por la actitud benévola de sus oyentes—, sacrificamos a los yangs ⁷ una gallina y una jarra de aguardiente, pese a la dureza de los tiempos, y les dirigimos la oración de los cazadores, esa que se reza así:

Oh genios de la aldea, de los sembrados, del agua, nos vamos de caza y deseamos repartimos las piezas cobradas. Vosotros todos, genios de la montaña, genios de las rocas, dejadnos capturar sin dificultad los animales salvajes...⁸

Cuando sus votos, sus sacrificios o sus rezos eran atendidos, o cuando menos juzgaban que había posibilidad de que lo fuesen, se organizaba una expedición hacia los lugares de la matanza, compuesta por una tropa más o menos numerosa según el botín con que se esperaba volver.

Hoy, el resultado no era brillante: un jabalí y dos jabatos. Sin embargo no venían con el morral vacío, como ya les había

⁷ Genios.

⁸ Oraciones jarai.

ocurrido, pues aquella caza era aleatoria. Con frecuencia habían conocido la humillación de regresar a la aldea con sólo los despojos de un lagarto gigante destrozado.

—¿Habéis logrado alguna vez buenas capturas?

El jefe soltó una exclamación y contó que una noche, tras una oración más ferviente que de costumbre, las piedras de fuego cayeron en pleno centro de una manada de ciervos. Ocho animales de gran tamaño fueron hallados muertos al rayar el día, y hubo que mandar a buscar refuerzos a la aldea para transportarlos.

—Llenamos varios jarros grandes con su carne y la aldea lo festejó durante varias semanas.

Otra vez (Mok ya no se cansaba, ahora, de contar sus hazañas), otra vez, cayeron piedras en un río abundante en peces, no muy lejos de su aldea, afortunadamente.

—...Comprendí que habían estallado en el agua. La noche anterior había soñado que atrapaba pollos.

—¿Pollos?

—Eso quiere decir, para nosotros, que tendremos mucho pescado. Entonces, recé la oración de los pescadores; la que comienza así;

Oh genios... Echo al agua la piragua, la almadía. Haced que vengan a mí los peces, que pueda capturarlos fácilmente en gran número, que pueda hacerlo sin fatiga y sin dificultad⁹

Van miró a su jefe con asombro, sabedora de hasta qué punto detestaba perder el tiempo. La señora Ngha escuchaba al viejo recitar sus letanías en su bronco lenguaje sin manifestar la menor impaciencia. Muy al contrario, parecía sumamente complacida y se guardaba de interrumpirle, salvo para traducir los puntos esenciales del relato.

—...Luego tuve también la feliz idea de dirigir a los hombres, no ya hacia el punto de caída de las piedras, sino aguas abajo, en un lugar donde el río ensanchado forma una especie de

⁹ Oraciones jarai.

lago tranquilo. Allí fue donde echamos nuestras almadías al agua.

Lo que había previsto se produjo. Recogieron kilos y kilos de gordos peces, con los que llenaron diez grandes cuévanos, lo cual variaba el menú.

—Pero esas gangas son raras —concluyó modestamente—. Lástima —añadió, extendiendo los brazos hacia el oeste—, lástima que las piedras no hayan caído un poco más lejos esta noche, allá, sobre la Meseta de los Cien Mil Búfalos. Con un poco de suerte, hubiera habido más caza abatida de la que habríamos podido llevarnos.

—¿De verdad? —preguntó la señora Ngha, que parecía cada vez más apasionada por estas revelaciones—. ¿De verdad es tan abundante la caza en esa meseta?

—Sí, lo es. Allí están las manadas más hermosas de la montaña. Por poco que los yangs hubieran sido favorables, habríamos tenido suficiente para nosotros y para todos tus soldados.

Tras estas palabras, la señora Ngha se quedó pensativa largo rato. Hasta que la sacó de su meditación un gesto de Mok, mostrándole los tres animales tendidos en el suelo.

—Hoy, tus soldados habrán de conformarse con ese pequeño botín, pues, aunque indigno, tuyo es. Acéptalo de parte de los jarai a quienes sabes hablar.

—No puedo —protestó ella—. Me has dicho que los niños de tu aldea tienen a menudo el estómago vacío. Llévate lo y dáse-lo a ellos.

Se produjo un largo cambio de cumplidos, el anciano insistiendo y ella negándose a aceptar aquel regalo, mientras los montañeses de un lado y los soldados del otro esperaban el fin del parloteo con ojos brillantes de codicia, pero sin permitirse intervenir.

—Los animales de la jungla pertenecen a quien los encuentra.

—Dices bien, pero aquel a quien pertenecen puede ofrecerlos a quien quiera. Dju, nuestro mejor cazador, es el que ha en-

contrado estas tres piezas. Estoy seguro de que me aprueba y de que insiste como yo para que te los quedes... ¡Dju!

Se volvió hacia sus hombres, seguro de que el cazador lo aprobaba y frunció las cejas. Dju no estaba en el grupo.

—¿Dónde está Dju?

Los jarai se consultaron en voz baja. El resultado de aquel acuerdo fue que nadie había visto a Dju desde hacía rato. Se había quedado en la jungla, sin responder a la llamada de Mok. Esto era verdaderamente raro. El jefe se levantó y repitió las llamadas varias veces, con toda la fuerza de sus pulmones. La respuesta de Dju llegó, distante, después de la tercera llamada. Habló bastante extensamente, mientras Mok aguzaba el oído. El sonido, apagado por la lejanía y por la espesura, no permitió a la señora Ngha comprender el sentido de sus explicaciones. Tuvo que hacérselas repetir por Mok.

—Dice que ha descubierto un objeto completamente anormal. No quiere perderlo de vista. Nos pide que vayamos donde está él, si nos parece bien.

VII

LA PALABRA jarai que la señora Ngha traducía aproximadamente por «anormal» le pareció exigir algunas aclaraciones.

—Lo que para nosotros es anormal —explicó—, es lo que no pertenece a la jungla.

—¿No es de la jungla?

—Es lo que Dju ha querido decir. Quizás alguna cosa caída del cielo. No se atreve a tocarla.

Un rápido fruncimiento de cejas y una furtiva mirada a su secretaria denotaron el interés que ella se tomaba en aquel descubrimiento.

Por una imperiosa petición suya y pese a las protestas del general Hoan, éste la acompañó solo. Los soldados se queda-

ron allí, rodeando a los demás cazadores, a los que contemplaban como si fuesen unas maravillas de la naturaleza.

El anciano jefe lanzaba de vez en cuando una breve llamada para guiarse por la voz de Dju. Los primeros pasos fueron fáciles, pues la maleza había quedado triturada y pulverizada por las explosiones. Pero la maraña de plantas y de bejucos reapareció poco a poco. El montañés tuvo que ayudarse de su machete para facilitar el camino a los dos vietnamitas. La señora Ngha parecía encantada de aquel paseo deportivo, pero el general sudaba la gota gorda. Jadeaba cuando llegaron por fin junto a Dju, el cual, sentado sobre sus talones, mantenía la mirada fija en un espeso matorral.

No volvió los ojos. Hizo signo a Mok de acercarse a él y, sin decir palabra, tendió un dedo hacia delante.

Mok meneó la cabeza. Había percibido enseguida el objeto insólito y parecía ya tan intrigado como el cazador. La señora Ngha se agachó al lado de los dos hombres, con los ojos muy abiertos, pero sin distinguir nada de particular. Hoan, de pie, permanecía apartado y parecía desinteresado de aquellas tonterías. Los dos jarai cruzaron en voz baja algunas palabras, casi inaudibles, como si una manifestación sobrenatural les impusiera aquel susurro. Mok tendió a su vez el dedo, para mostrarlo a la señora Ngha:

—¡Ahí!

—No veo nada de anormal — dijo ella en jarai.

—Ahí, ahí; no es una planta.

Su dedo se acercó más hasta casi rozar un tallo verde parecido a los otros tallos del matorral. Ngha se sobresaltó.

—¡No lo toques! —exclamó.

Más diestra en examinar informes que brotes de la jungla, su mirada no había descubierto la rareza inmediatamente. Necesitó algunos instantes para darse cuenta de que aquel tallo no era exactamente como los otros y de que terminaba en pequeñas matas de hojas que también presentaban imperceptibles diferencias con las matas contiguas. Para los jarai, era de

una incongruencia fehaciente. Para ella, como para cualquier vietnamita, aquello pasaba inadvertido.

Pero si tardó un poco en reconocer la causa del sobresalto de los jarai, su cerebro, más ejercitado que el de ellos, se puso a trabajar mucho más rápidamente. La visión del tallo provocó en ella una serie de comparaciones instantáneas: los datos contenidos en el último informe de Thu, los misteriosos robos de la semana anterior. Todos estos elementos acudieron a su mente en una fracción de segundo.

Sus reflejos no eran menos rápidos. Aun antes de haber llegado a una conclusión, comprendió instintivamente, sospechando la verdad, todo el partido que podría sacar de aquel descubrimiento providencial, si se tomaban ciertas precauciones. Y las tomó rápidamente sobre la marcha. Al acercarse Hoan, intrigado por su actitud, se irguió y aplicó su larga y enjuta mano sobre la boca del general, antes de que éste pudiera hacer una pregunta, al tiempo que un dedo imperioso puesto sobre sus mismos labios exigía a todos un silencio total. Después se llevó a los tres hombres lejos del tallo. Tan sólo entonces, acercando la boca al oído del asombrado general, susurró:

—No diga nada.

Se dirigió de igual manera a los jarai y preguntó a Dju:

—¿Estás seguro de poder encontrar de nuevo ese objeto?

La risa silenciosa del cazador era una respuesta harto clara. No había peligro de que se extraviase en la jungla. Para mayor seguridad, expresándose por señas, ella le pidió que señalase el camino de retomo hacia el convoy. Lo comprendió enseguida y, sin hacer crujir una brizna de hierba, los dos montañeses se dispusieron a obedecerla. Cualquier mego de la dama vietnamita era para ellos una orden.

Ngha echó a andar con el general hacia los restos del convoy, mientras ellos dejaban referencias. Sólo cuando hubieron llegado a la zona asolada por el bombardeo se permitió pronunciar algunas palabras y autorizó al general a hacerlo. Éste solicitó explicaciones con tono bastante malhumorado.

—Un momento, por favor.

Escribió rápidamente un mensaje en su carnet, arrancó la hoja y la tendió a Van.

—Muy secreto. Transmítelo con toda urgencia.

Luego, volviéndose hacia Hoan:

—He pedido ayuda al doctor Wang. Le he dicho lo suficiente para que se dé prisa. Le conozco: estará en su P. M. esta tarde. Hará usted el favor de dar órdenes para que pueda ser traído aquí por la noche. Le guardaré.

—¿El doctor Wang?

—Un sabio chino —dijo ella con impaciencia—, un físico que ha aceptado trabajar para nosotros y que al mismo tiempo forma a jóvenes estudiantes. Uno de los mejores expertos en electrónica del mundo. ¿No comprende usted que eso le incumbe?

Ante su expresión perpleja, y una vez solucionadas las cuestiones urgentes, se encogió de hombros, lo llevó un poco aparte de los soldados y condescendió en explicarle su conducta, tras haberle hecho prometer que guardaría el secreto.

—El objeto que ese cazador ha descubierto, general... ¡bendito sea el cielo por haber mandado aquí a esos montañeses...!, ese objeto, esa planta que no es una planta, es uno de nuestros más terribles enemigos, estoy casi segura de que es un oído de jungla.

—¿Un oído de jungla?

—Nuestros enemigos llaman sensors a esas pequeñas maravillas, pero uno de mis agentes, al no dar con la traducción, los ha bautizado así. Conservaremos ese nombre. Lo encuentro expresivo.

Y como el general parecía cada vez más asombrado, se animó y habló con vehemencia.

—La verdad, general, la verdad es que la jungla de la cordillera anamítica está sembrada de minúsculos aparatos de escucha y que el menor ruido de motor en sus proximidades es

transmitido acto seguido a un aparato de radio central americano que se halla en Tailandia, las señales son inmediatamente examinadas y analizadas por ordenadores y los bombarderos son dirigidos sobre el punto de donde procede la emisión. ¿Comprende usted? Así es como ha sido localizado nuestro convoy esta noche y ello explica la milagrosa precisión de la incursión aérea.

»Ha visto una de ellas, general. Ha podido darse cuenta como yo de que se parece, hasta confundirse, a las plantas de en torno... afortunadamente no lo bastante para engañar a un cazador jarai. ¡Demos de nuevo gracias al cielo...! Los americanos han hecho trabajar a verdaderos artistas para que les dieran el aspecto de la flora en cuyo seno son lanzadas y plantadas, anegadas en el medio ambiente, invisibles. El camuflaje varía con la región. Algunas, lo sé, caerán en la llanura, sobre arrozales; entonces irán disfrazadas de retoños de arroz. Sé también que se ha hecho un estudio completo al respecto sobre la flora de la región alta. Nuestros enemigos piensan en todo.

—Notable ingenio —dijo el general, ya medio convencido.

—Admirable —reconoció ella con gesto ponderador—. Son ingeniosos y potentes, pero nosotros seremos más listos que ellos. No siempre disponemos de los medios materiales necesarios para poner en práctica nuestras ideas, pero hoy... ¿Se da usted cuenta del interés que ofrece este descubrimiento, sobre todo, sobre todo si nuestros enemigos ignoran que lo hemos hecho? ¿Comprende ahora por qué le he impedido hablar?

—Comprendo. Esos oídos pueden igualmente transmitir palabras.

—Que yo sepa todos los ruidos.

—De ser así, quizás haya alguno aquí cerca que transmita en este momento nuestra conversación —exclamó el general, alarmado.

—¿Cree usted que no lo he pensado ya? Pero es imposible. Todo el terreno está aquí triturado, machacado por las explo-

siones. Ningún instrumento electrónico había podido resistirlo. Los oídos de la jungla mueren tras haber desempeñado su papel. Lanzarán otros.

—Pero el que ha descubierto el cazador, estaba sin duda en buen estado.

—Así lo espero, y por ello necesito al doctor Wang. Un dispositivo de autodestrucción está previsto para el caso de que sea tocado imprudentemente.

—Pero los montañeses han hablado, gritado incluso. Me dijo usted que el cazador mencionó varias veces un objeto anormal.

Ella se dignó sonreír.

—Los americanos, general, entienden tan poco el jaral como usted, y no han pensado en tomar un intérprete para esa lengua. Esto también lo sé.

—La señora Ngha tiene respuesta para todo —dijo el general, inclinándose.

VIII

HOAN se fue con parte de la escolta para acelerar el viaje de los especialistas. La señora Ngha encargó a Van que le buscara un rincón a resguardo donde instalar la estera, el mosquitero y la manta, enseres que siempre llevaba consigo en sus desplazamientos. Para ella era suficiente, estaba acostumbrada. Luego volvió con los montañeses, ya reunidos. Mok le pidió permiso para retirarse con sus hombres, pues debían regresar a la aldea, donde las mujeres estarían inquietas por su prolongada ausencia. El parloteo a propósito de los tres animales iba a empezar otra vez. Ella lo atajó aceptando los dos jabatos.

—Los soldados van a prepararlos y nos los comeremos hoy mismo. Pero te vas a llevar el jabalí grande... Yo también —

añadió obedeciendo un repentino impulso como hacía a veces—, quiero que vuestras mujeres y vuestros hijos no pasen hambre al menos durante algunos días. Dju nos ha prestado hoy un gran servicio, más grande de lo que crees... En ese camión volcado hay sacos de arroz todavía intactos. Quiero que os llevéis todo lo que podáis cargar.

Los montañeses prorrumpieron en alegres exclamaciones, y Mok se prosternó ante ella. Era un regalo de príncipes. El arroz faltaba lamentablemente en la aldea, más aún que la caza. Un puñadito era la ración cotidiana.

Tras mil protestas y una letanía de gracias, el jefe hizo que sus hombres cargasen con los sacos. La señora Ngha notó entonces con satisfacción que los soldados vietnamitas se habían puesto a ayudarlos espontáneamente. Sonrió al que había dado el ejemplo, agradeciéndole así el haber adivinado su intención. Tras haber reflexionado mientras duró la operación y cuando los jarai se disponían a emprender el camino de regreso, volvió a dirigirse a Mok.

—¿No podrías mandar tus cazadores a la aldea para tranquilizar a vuestras mujeres, y quedarte tú un poco más para compartir nuestro yantar? Comeremos juntos los jabatos y me gustaría que siguiéramos hablando. Necesito que me enseñes muchas cosas sobre la jungla, que apenas conozco.

El anciano aceptó, encantado.

—Pero — añadió—, si se trata de la jungla, tienes que hablar con Dju. Es el que la conoce mejor. Pronto me sucederá como jefe de la aldea, pues ya soy viejo.

Orgullosa por la invitación, Dju no se hizo rogar y la fila de cazadores se alejó pronto con su valioso cargamento, tras haber dado nuevamente las gracias a la dama del Vietnam.

—A la mesa — dijo la señora Ngha.

Durante la larga preparación de la comida, que tardó mucho, pasó buena parte del día escuchando los ingenuos relatos de sus nuevos amigos, a quienes sabía inspirar confianza y que

contaban con prolijos detalles su género de vida, el trastorno que la guerra ocasionaba en su apacible existencia y las leyendas que se murmuraban en la aldea las noches de luna llena. Ella no se perdía nada de todo aquello, pero al mismo tiempo que captaba las confidencias y clasificaba lo esencial de ellas en su memoria para sacarles algún elemento útil, proseguía con una profunda reflexión a propósito de sus preocupaciones personales.

Conversación y meditación que sólo fueron turbadas una vez por un avión de observación que sobrevoló varias veces las ruinas del convoy, sin duda tomando fotos para verificar la gravedad del golpe asestado al enemigo. Los aviadores no vieron nada sospechoso, aparte de los daños. Al primer ruido de motor, todo el mundo se dispersó en la jungla intacta, lejos de la pista. Los soldados que estaban asando los jabatos encontraron en la montaña una especie de cueva donde el fuego no era visible desde el cielo. Un poco de humo sin duda, atribuido a restos de incendio. El avión se alejó tras algunas evoluciones.

—¡A la mesa!

Se sentó en una piedra plana entre Mok y el cazador Dju. Los soldados hicieron lo mismo en tomo a ellos. Su curiosidad era avivada tanto por aquel contacto imprevisto con aquellos hombres de ojos claros, que cazaban desnudos con flechas y lanzas, como por los modales de la dama vietnamita y su soltura al expresarse en la lengua de aquellos cazadores. Todos la conocían de oídas, y algunos que ya la habían visto, orgullosos de ello, murmuraban leyendas acerca de ella. No era la primera vez que compartía la comida de los soldados o de los campesinos y que conversaba familiarmente con ellos. Si tomaba fácilmente un tono imperioso para dirigirse a los poderosos generales, a veces mostrándose feroz con ellos, si era un jefe exigente, a veces tiránico con su secretaria, sabía situarse al nivel de los humildes y crear una atmósfera de amistosa camaradería con ellos. Y lo demostró una vez más con los soldados de la escolta, los conductores supervivientes y los dos jarai, haciendo de anfitrión, velando por que cada cual

fuese servido equitativamente, pasando personalmente los platos y regañando en broma a Van, la cual, a su parecer, no la secundaba con suficiente prontitud en este cometido. Hacía también de intérprete y traducía ora al vietnamita ora al jarai el nombre de los manjares servidos, ello con gran regocijo de los comensales'; que intentaban torpemente y entre grandes carcajadas repetir las sílabas que no les eran familiares. Todo lo hacía sin sofisticación. Con una maravillosa sencillez, y sin dejar sus reflexiones personales ni un instante.

Únicamente dejó su papel de anfitriona, pasándoselo a Van, hacia el final de la comida, una vez acabados ya los jabatos, servidos sobre anchas hojas y acompañados con un poco de arroz, para poder abordar a los montañeses acerca de un tema en el que no había podido dejar de pensar desde hacía horas.

—Me gustaría saber si los cazadores jarai, y en particular Dju, cuya mirada es más penetrante que la de un gavilán, serían capaces de descubrir los falsos tallos, que pudieran encontrarse en una determinada superficie de jungla no demasiado grande.

Mok sonrió y se volvió hacia Dju, quien se echó a reír una vez más. Era su manera de responder a las afirmaciones demasiado evidentes.

—Ninguno podría escapárseme —afirmó—. Y todos los cazadores que has visto, así como los de las otras aldeas jarai, tienen la vista tan buena como yo. Ahora, después de haber visto uno, los distinguiremos tan fácilmente como tú harías con la chimenea de una de vuestras fábricas colocada entre troncos de la jungla.

La claridad de la respuesta le arrancó una sonrisa de satisfacción.

—Está bien. ¿Y si os pidiese hacer ese trabajito en un sector de jungla que ya os designaría, aceptaríais? Siempre habría un poco de arroz para vuestras mujeres y vuestros hijos.

Tras ponerse de acuerdo con Dju, Mok respondió que era posible. Había comprendido ya dónde estaban sus amigos y

todos los cazadores de la aldea se pondrían a su disposición, aunque no hubiese arroz, pues Mok sabía que el arroz era tan precioso para los soldados como para los montañeses.

—Sólo que —añadió—, si esa jungla no está en nuestro sector, tendrás que apelar a los cazadores de otra aldea. Cuando les haya dicho quién eres, creo que aceptarán... sobre todo si Ami lo aconseja.

—¿Ami?

Le explicó lo mejor que pudo quién era Ami: una mujer de mucha edad y muy sabia, de quien todos los jaral solicitaban el parecer para los asuntos graves.

—Me gustaría conocerla alguna vez —dijo la señora Ngha, meditabunda—. Creo que podremos arreglarlo y que pronto volveré a establecer contacto contigo. Quizá sea un amigo mío quien venga de mi parte. Te entregará esto.

Rasgó un billete de Banco, mostró una mitad, que se guardó, y dio la otra a Mok, quien la examinó detenidamente antes de meterla en su cinto.

—Todos quienes vengan de tu parte serán bien recibidos.

Sellado este acuerdo, cambió rápidamente de tema y preguntó con tono indiferente:

—¿No me dijiste que si las bombas hubieran caído sobre aquella meseta, toda una aldea habría tenido comida durante días?

—¿La Meseta de los Cien Mil Búfalos? Días y quizá varias lunas.

—Y si las piedras de fuego cayesen a una hora determinada junto a un punto de agua que conozco bien —intervino Dju—, habría caza no sólo para nosotros, sino para muchos soldados tuyos. No podríamos llevárnoslo todo.

—¿Y Dju conoce otras regiones de la jungla tan abundantes en caza?

—La Meseta de los Cien Mil Búfalos es una de las mejores, pero hay otras casi tan buenas. Dju las conoce todas. Pero los

hombres voladores están ciegos y son insensatos. Sueltan sus piedras al azar. No es así como se puede hacer una buena caza.

Miró los ojos del jarai con una intensidad singular, Sabía que esta actitud, considerada como una grosería por los vietnamitas, es por el contrario muy apreciada entre los montañeses. Van, que observaba en aquel instante a su jefe, notó que sus rasgos se suavizaban en una sonrisa cargada de malicia, al tiempo que le brillaban los ojos con furtivo e inusitado resplandor. Conocía los más leves movimientos de su fisonomía y tuvo un pequeño y casi voluptuoso escalofrío de curiosidad. Sabía que aquella sonrisa y aquel brusco resplandor significaba que la señora Ngha experimentaba una viva satisfacción intelectual, provocada por el bosquejo de una sutil maquina-ción.

Pero el relámpago se apagó muy pronto. La señora Ngha se limitó a ser eco de la observación del cazador jarai, moviendo la cabeza y en tono sentencioso.

—Es justamente mi opinión —dijo—. Dju habla cuerdamente. ¡Lanzar piedras al azar! No es así como se puede hacer una buena caza.

LOS GRILLOS

I

EL GENERAL BISHOP llegó al centro poco antes de las ocho de la tarde, tras haber cenado tan sólo un bocadillo siguiendo su costumbre. Le gustaba estar en su puesto cuando la oscuridad comienza a invadir la Cordillera de Anam, instante en que, muy a menudo, los convoyes de Vietnam del Norte se ponían en camino por la ruta Hó-Chi-Minh. Siguiendo una tradición ya establecida, se quedó un momento en la sala de escucha antes de pasar a su propio despacho, midió con la mirada sus impresionantes dimensiones, echó un vistazo curioso y admirativo a los instrumentos enigmáticos que la amueblaban y experimentó un fuerte orgullo por haber sido escogido para ejercer el mando del ejército de cerebros que la animaban.

La sala contenía gran cantidad de aparatos electrónicos complejos y delicados, de una sensibilidad y una precisión casi milagrosas, las últimas creaciones del genio americano en materia de armas secretas. Permitían escuchar y localizar instantáneamente toda manifestación sonora y en particular el más pequeño zumbido de motor en la susodicha ruta Hó-Chi-Minh, ello gracias a los sensors lanzados sobre Vietnam y Laos, dondequiera que se sospechara la existencia de una ramificación de aquella ruta.

Por tanto un personal experto y numeroso se relevaba día y noche a la escucha en directo de la jungla. Cada uno de sus miembros se encargaba de un sector bien delimitado. Tocado con unos auriculares, sentado ante un pupitre cuajado de esferas, de botones y de palancas que permitían ajustar y amplificar las señales, tenía por misión estar a la escucha continuamente y dar aviso al nivel superior si alguno de los ruidos captados parecía delatar el paso de un convoy.

El coronel Shaw, ayudante científico y técnico del general Bishop, estaba sentado a un escritorio central. Secundado por varios asistentes, vigilaba el conjunto y procedía a diferentes puestas a punto. El Servicio S., instalado hacía tres meses en Tailandia, estaba considerado por el Alto Mando como de una importancia excepcional para el transcurso de la guerra y ya había dado resultados prometedores. Esperaban de él que obligase al enemigo a abandonar la ruta Hó-Chi-Minh que utilizaban para avituallar a sus tropas que operaban en el Sur, ya que entonces éstas no podrían resistir mucho tiempo. Algunos de los más famosos especialistas de la electrónica habían imaginado con entusiasmo el dispositivo basado en los sensores: la creación y puesta a punto de estas pequeñas maravillas eran una fuente de orgullo para aquellas mentes científicas. La concepción, la realización en serie y la instalación en Tailandia salían muy caras, pero los resultados esperados justificaban que pusiesen a su disposición suntuosos créditos. El personal estaba compuesto por físicos, ingenieros y técnicos escogidos entre los mejores. Los vistieron con uniforme militar y distribuyeron, según sus méritos, algunos galones, de los que poco caso hacían, empezando por el coronel Shaw. La gran sala de escucha se parecía un poco a ciertas instalaciones que la NASA utilizaba para seguir el vuelo de los cohetes interplanetarios. El material utilizado al servicio de los detectores miniatura era considerable. Sólo los ordenadores, el más importante de los cuales estaba instalado en el edificio contiguo, una I.B.M. 360.65.S., costaban una fortuna.

El coronel Shaw se levantó y fue al encuentro del general.

—¿Hay novedad, Shaw?

—Todo funciona de maravilla, Sir, pero nada sospechoso por el momento.

—¿Los ruidos de costumbre?

—Los ruidos naturales de la jungla nocturna, Sir.

Escortado por su ayudante, el general Bishop se paseó por la sala, yendo de mesa en mesa y parándose frecuentemente

ante una de ellas para hacer alguna pregunta al encargado. Le gustaba el contacto personal con aquel distinto tipo de subordinados. Les trataba con más deferencia que a los verdaderos militares, siempre curioso y admirativo cuando les veía manipular algún misterioso teclado.

—¿Pero qué oye usted? Parece que escuche música angelical.

Aquel a quien hacía esta pregunta era un hombre jovencísimo, de ojos azules, aire de estudiante, que parecía sumido en un ensueño beatífico y cuyos labios esbozaban una sonrisa extasiada. Apartó un instante los auriculares para responder.

—El grito del ave nocturna, Sir. No para desde hace irnos veinte minutos. Llevo oyéndolo noches enteras; pero no me cansa. Es poético, Sir. En un libro que leí, se dice que canta a veces sin parar cuando hay luna o simplemente cuando la noche es clara. Me he informado; es una especie de zumaya. Pero en nuestra tierra, la zumaya no canta así.

—Vamos a ver — dijo el general.

Se inclinó, púsose el casco que le tendía el otro e hizo un gesto de aprobación. Oía una serie de tiok, tiok, tiok, sonoros y ritmados a intervalos regulares. Juzgó que el joven tenía razón: aquel canto estaba henchido de una poesía que evocaba el claro de luna. Se sintió invadido por el pensamiento de una dulce melancolía.

—¿Es bueno el sonido, Sir? — inquirió, preocupado, el coronel Shaw.

—Creo que sí. Compruébelo usted.

A su vez, Shaw se puso el casco, escuchó algunos instantes y frunció el ceño.

—Hay un ligero chisporroteo que debe poderse eliminar — le dijo al técnico—. Déjeme a mí.

Maniobró con delicadeza los botones del escritorio, con la mirada fija en varias esferas donde se desplazaban imperceptiblemente las agujas y su semblante se iluminó.

—Escuche ahora, Sir.

Shaw no soportaba la más mínima imperfección en el ajuste de su material.

—Es perfecto —declaró el general, que había seguido con deleite su quehacer—. Diríase en verdad que ese pájaro está aquí mismo. ¿Ha dicho usted una zumaya?

—Una zumaya, Sir, pero de una clase especial. He leído también que hay un montón de leyendas acerca de él, pero no se mencionan en mi libro.

—Tendré que preguntarle a Thu —murmuró el general—. Conoce todas las leyendas de Vietnam... Es en verdad un grito muy extraño: tiok, tiok...

Calló, con el casco pegado a los oídos, con aire extasiado. Quizás hubiera seguido un rato así, pero creyó notar que se había convertido en el centro de todas las miradas. Suspiró, devolvió el aparato al joven y se enderezó un poco.

—No veo ningún mal en que sus pensamientos cobren un cariz poético y está bien tratar de instruirse sobre la región que hemos de vigilar. Pero no deje usted que el ave nocturna le distraiga de lo que debe ser su constante preocupación: descubrir manifestaciones humanas y, en particular, ruidos de motor.

El otro le aseguró que no había tenido un minuto de descuido. El general pasó al siguiente e hizo una pregunta análoga. Éste tenía, por el contrario, el rostro crispado como por un sufrimiento interior y sus manos se retorcían a veces en un reflejo nervioso.

—¿Qué pasa?

—¡Los grillos, Sir!

—¿Otra vez grillos?

—¡Los malditos grillos, Sir! Un jaleo infernal. ¡No hay ruido que afecte tan dolorosamente a los nervios! Al principio, durante algunos instantes, se puede aguantar. Hay quien podría encontrar ahí sonidos musicales. Pero a la larga, se vuelve una tortura china. Y son capaces de chirriar así durante horas. Uno

de ellos, esta tarde, ha debido posarse sobre el sensor. Es horrible, Sir.

—Vamos a ver — dijo de nuevo el general.

Apenas se hubo acercado el casco al oído, se estremeció. No era su primera experiencia de los grillos, pero debía reconocer que eran particularmente virulentos aquella noche. Los sonidos que oía tenían una estridencia tal que toda la sala le pareció vibrar en tomo suyo. De vez en cuando, aquello recordaba el chirrido de ciertos instrumentos de cuerda, pero ninguna orquesta hubiera conseguido agitar la atmósfera de una manera tan bárbara. Todos los nervios de su cuerpo resonaron. Se obligó a conservar el casco un buen rato, luego renunció a él y se lo quitó con evidente alivio.

—Cierto, afecta mucho a los nervios, Shaw. Habrá que relevar más a menudo a los hombres de escucha cuando se trate de grillos. Eso es inaguantable.

El coronel Shaw asintió y tomó nota.

—Estoy bien informado sobre los grillos —prosiguió el general Bishop, feliz de mostrar su saber—. Thu me ha contado historias asombrosas sobre esos insectos que ella conoce bien. Abundan en la región de Hué. Allí, al parecer, a veces los llaman cigarras. Pero, grillos o cigarras, determinadas noches hacen un estruendo infernal. Cuando alguno se mete en una casa, lo cual suele ocurrir, según me dijo ella, no hay modo de dormir antes de que sea descubierto y aplastado. ¿Hay muchos esta noche?

—Muchos, Sir. Más aún que las noches pasadas. Numerosos sensores emiten la misma cacofonía. Una lamentable coincidencia.

—Pero no milagrosa —suspiró el general—. Según Thu, esos insectos pululan en ciertos rincones de la región alta.

Prosiguió su ronda e interrogó a otro técnico.

—Casi nada, esta noche —respondió éste—. Acabo de oír el grito plañidero de la polla de agua, pero se ha callado. Nada más... sí: la vibración continua de un río, Sir.

Al margen del ronquido ocasional de motores que señalaba el paso de un convoy, todos los ruidos naturales de la jungla nocturna eran transmitidos en directo a aquella sala de aire acondicionado, por el milagro de la técnica occidental. Pese a su perfección, no era posible pedir a los oídos de jungla que estableciesen una diferencia entre lo que era interesante para un servicio de información militar y lo que sólo podía excitar el sentido poético. Así es que transmitían fielmente cada noche toda la gama, de una riqueza y diversidad infinitas de gritos, que pueblan de noche la cordillera mamita.

Al principio había sido una sorpresa, una sorpresa más bien agradable para el personal de escucha. No lo tenían previsto. Ni al propio Shaw se le había ocurrido; pero, hoy, sacaba de ello un creciente orgullo relativo a la perfección de sus aparatos. Todos, físicos, ingenieros, técnicos, que se habían pasado la vida en universidades, laboratorios o fábricas, se excitaban cada noche al oír aquella sinfonía y a menudo dejaban vagar su imaginación por el misterioso bosque tropical que no conocían, y que, sin duda, no conocerían jamás, pero que la ciencia ponía al alcance de sus sentidos en aquel rincón perdido de Tailandia, habilitado para ellos con la comodidad a la que estaban habituados.

El general Bishop era el primero en alegrarse ante este aspecto imprevisto que a veces tomaba el espionaje del Servicio S. en el país de Tailandia. En primer lugar estimaba que ello relajaba al personal y le ayudaba a pasar de una manera bastante agradable horas que bajo los auriculares de escucha habían sido interminables en un silencio completo, puesto que el caso de los desventurados condenados al suplicio inhumano de los grillos era evidentemente un caso particular. Pero él también se entusiasmaba hasta el punto de proyectar la publicación de un libro después de la guerra, cuyo título ya tenía fijado:

A la escucha de la jungla indochina. Cuando por la noche regresaba a su bungalow, sobre las dos o las tres de la madrugada, tomaba numerosas notas antes de acostarse, que nada tenían que ver con la profesión militar, pero comentaban los

curiosos ruidos oídos durante la noche. Este trabajo era para él la recompensa de una larga velada.

Thu, de la que había hecho su secretaria particular, se ofreció a pasarle a máquina aquellas notas en sus horas libres, lo cual le agradeció, pues no habría sufrido que lo hiciera durante el servicio. La recompensaba tratándola con particular benevolencia, suavizando para ella todo lo posible la disciplina militar y procurando hacerle fácil su destino en el Servicio S. de Tailandia.

Fue fácil para Shaw y su equipo el instalar un altavoz que le permitiese oír sin auriculares los ruidos interesantes en su despacho, donde pasaba parte de la noche. Por supuesto, la consigna era someter a su juicio sin demora el menor jadeo de motor, el más leve tintineo metálico que pudiera significar un vehículo o una tropa en armas. Le correspondía entonces tomar una decisión militar; era a fin de cuentas su única función. Pero, a falta de estos indicios sospechosos, le ocurría bastante a menudo hacerse transmitir algunos de los ecos naturales de la jungla, con el pretexto de que un oficial de informaciones no debe descuidar ningún detalle, por insignificante que pudiera parecer. Por lo que el general Bishop, sin moverse de su sillón, a algunos cientos de kilómetros del extraño universo por el que discurría la ruta Ho-Chi-Minh, olvidaba con frecuencia la guerra y se dejaba acunar por una sinfonía extraña, cuyas voces diversas se le hacían poco a poco familiares.

El grito de la zumaya no era nuevo para él, como tampoco el sordo ulular del búho. Se habían vuelto demasiado rutinarios para que le molestasen. Sólo lograban manifestaciones más raras, como el aullido de los perros salvajes persiguiendo una presa, los bramidos de una manada de ciervos o los gruñidos de los cerdos salvajes hurgando la tierra para extraer raíces. Hubo también algunas piezas escogidas, excepcionales, que el general describía en su libro con un entusiasmo de poeta: el trompazo de un elefante, sin duda despierto y despejado por una brillante luna, seguido del martilleo de sus patas sobre un suelo duro, que comparaba con el fragor del trueno. Y, una

vez, la pieza más preciosa de la colección, el rugido distinto y prolongado de un tigre deslizándose en la maleza. Aquella noche, el general, que no era egoísta, puso su altavoz a todo volumen y abrió de par en par la puerta que comunicaba su despacho con la sala común, a fin de que todo el personal pudiese gozar de la audición, tras haberse desprendido del casco durante algunos segundos.

Entró en su despacho, con los oídos zumbando aún, por culpa del chirrido de los grillos, tras haber recomendado a Shaw, como hacía cada noche, que le transmitiese cualquier manifestación sospechosa o, en su defecto, cualquier grito de animal insólito. Se sentó a la mesa. Frente a él, en un ángulo de la habitación, estaba el sitio donde Thu ejercía sus funciones de secretaria o de traductora. El general Bishop había decidido tenerla a su lado y estaba satisfecho con la idea. Además de simplificar las notas de servicio que le dictaba, y de lo agradable que le resultaba el tener frente a sí el delicado rostro un poco infantil y la esbelta silueta de la joven vietnamita, se había dado cuenta de que Thu conocía todos los ruidos de la jungla y sabía identificarlos. Había adquirido esta ciencia cuando era niña y recorría el bosque de la región alta con sus padres empleados como criados de un matrimonio europeo. Identificaba sin equivocarse nunca el grito de cada animal, el canto de cada pájaro. El general no podía desear auxiliar más valioso en la obra que había iniciado.

—Thu seguramente no tardará —pensó en voz alta, sonriendo.

La tenía a su servicio de nueve a doce de la noche. Le exigía que no se quedase más tiempo, ya que se ofrecía a menudo para trabajar una parte de la noche, como hacía él. Se reprochaba el imponerle aquellas tres horas de trabajo nocturno, pero con frecuencia tenía notas urgentes que pasar a máquina hasta bastante tarde. Y, sobre todo, su despacho le parecía vacío y triste cuando ella no estaba. Compensaba estos servicios dejándole gran libertad durante el día.

Consultó su reloj, comprobó que eran las nueve menos cinco y dedujo que Thu llegaría enseguida, puntual como de costumbre. Volvió a sonreír tiernamente, imaginándola cruzando por su despacho, tras haberle dirigido el saludo reglamentario.

II

THU SE resignó, disgustada, a dejar la ducha fría que tomaba cada noche antes de cenar, desde que le otorgaron aquel bungalow. Chorreante, entreabrió la puerta del cuarto de baño y llamó:

—Thi Hai ¹⁰

Estaba sola en el bungalow; y, sin embargo, desde el mismo día de su llegada, tres meses antes, había sentido la necesidad de probarlo. Aguardó unos instantes, aguzando el oído, escuchando pasos imaginarios, y prosiguió:

—Tráeme la bata de baño.

Sus propias manos la descolgaron del perchero y se envolvió en ella con gestos mimosos, continuando la conversación, dando accesoriamente las respuestas necesarias al juego.

—¿Ha terminado de comer John?

—Ha terminado, señora.

—Puedes acostarlo. Me vestiré sola. Iré a besarlo antes de salir.

—Bien, señora.

—Espera. ¿Cómo se encuentra tu pequeña Thu?

—Creo que está curada, señora. Ya no tiene fiebre.

—Acuéstala todavía en la habitación de John. Es más fresca que tu casita. La cama es bastante mayor y más confortable que tu estera.

¹⁰ Aya vietnamita.

—Bien, señora. Muchas gracias, señora.

Thu volvió a aguzar el oído para oír el ruido de los pasos que se alejaban; luego su cara se crispó en una mueca que la envejecía. Esta dolorosa contracción, una manifestación bastante frecuente en ella, se producía cuando sentía que sus fantasmas se desvanecían, dejándola sola y desamparada, o bien cuando un fragor proveniente de la base cercana indicaba que los «B-52» se disponían a emprender el vuelo para una misión en Vietnam.

Pasó a su habitación y se vistió rápidamente, con el uniforme de las mujeres del Ejército americano, permitiéndose tan sólo la fantasía de una cinta en torno al cuello, una cinta de seda blanca, en señal de luto. Sus rasgos se contrajeron un poco más cuando lo anudó y apresuradamente pasó al living, llamando:

—¡Boy!

—¿Señora?

—Puedes poner la mesa, pero esta noche no comeré más que un poco de sopa y fruta.

—Bien, señora. He encontrado en el mercado mangos muy hermosos.

—Te lo agradezco. Los adoro.

El boy era un fantasma como la Thi Hai, como John, como la pequeña Thu. El boy y la mujer estaban casados y eran padres de la pequeña Thu, que sólo tenía cinco o seis años.

Su expresión se sosegaba mientras disponía los manjares solicitados. Aquellos fantasmas existieron antaño. Los padres de Thu estaban al servicio de un matrimonio de jóvenes etnólogos ingleses que, entre las dos guerras, con Francia y con América, permanecieron bastante tiempo en Vietnam, estudiando las tribus de la región alta. El padre de Thu servía como boy; su madre, como aya del joven John, más o menos de la misma edad que la chiquilla. Thu se acordaba con nostalgia de aquella época maravillosa y también de los viajes por las

altiplanicies. La mujer le tomó amistad y perfeccionaba su inglés, que ella aprendía directamente jugando con John.

Estalló la segunda guerra. Los ingleses se marcharon. La familia volvió a su aldea, en los alrededores de Hué. Thu había llorado al separarse de John; más tarde su necesidad de cariño se volvió hacia un hermanito, el segundo, nacido poco después, al que rodeaba de cuidados maternales.

La señora Ngha no se equivocaba. Thu no podía vivir sino en una atmósfera de ternura familiar, y era esta atmósfera la que en su juego volvía a atraer ahora. Había intentado hacerlo después del drama que la dejara sola en el mundo: un bombardeo de los «B-52» que pulverizó su aldea, matando a sus padres y sus dos hermanos entre decenas de víctimas. Pero no conseguía rodearse de estos fantasmas en el seno de los comandos vietcong en cuyas filas se había alistado. El marco de la jungla y la incomodidad de los campamentos improvisados no se prestaba a ello. Aquí, lo lograba casi cada noche.

Pero en su juego había una curiosa transposición de personalidad. En sus conversaciones con sombras queridas, siempre era el papel de la mujer inglesa el que representaba. Sus padres se habían convertido en servidores suyos; la pequeña Thu, en una niña adorable a la que había tomado amistad y que trataba como a su propio hijo, John. Esta desviación se había producido con toda naturalidad, desde el primer día. Sin duda, no podía imaginarse a la pequeña Thu hija de humildes servidores viviendo en una comodidad desconocida antaño y que le gustaba, sintiéndose ama de casa, teniendo derecho a un cuarto de baño moderno, cocina eléctrica y aire acondicionado.

Se comió la sopa y dos mangos, bebió una taza de té, y lavó los platos. Luego, no teniendo ya necesidad del boy, lo despidió amistosamente y pasó a su habitación, convertida en habitación de los niños. Entreabrió el mosquitero, se inclinó sobre la cama y besó a los dos, a John y a la pequeña Thu. Después, hizo en voz baja sus últimas recomendaciones a la Thi Hai, que se quedaba para cuidar de ellos durante su ausencia. Siempre le hablaba con tono condescendiente.

—¿No te molesta demasiado velar por los niños? No estaré de vuelta hasta medianoche.

Escuchó con satisfacción la risa silenciosa de la Thi Hai, expresando que nunca se acostaba antes de esa hora. Su madre la había acostumbrado así. Insistió en que no reanudase su servicio antes de las diez de la mañana del día siguiente, asegurándole que se ocuparía personalmente de la pequeña Thu. Le recomendó además que se hiciera té o café y se retiró de puntillas, tras una última mirada hacia la cama, empujando la puerta sigilosamente.

Cruzó igualmente con sigilo el living, cogió una cartera que estaba sobre una mesa y, se disponía a salir, cuando oyó una llamada discreta en la puerta del bungalow. Abrió y se estremeció; su ensueño se desvanecía. Era el jardinero. Un jardinero muy real.

Era un javanés que vivía desde hacía mucho tiempo en Tailandia, recientemente contratado para el Servicio S. por orden del general Bishop, al que gustaban las flores, cuya misión era plantar y cuidar los jardincillos frente a los bungalows del personal. Desempeñaba estas funciones con gusto y competencia durante el día. Por la noche, ejercía otras actividades, que de todo el centro de escucha, únicamente Thu conocía.

Se quitó el gorro que le servía de tocado y tendió un ramo de flores a la joven.

—He pensado que era mejor traerlo esta noche, Miss — dijo en mal inglés—. Según el mensajero es urgente.

—Has hecho bien, Sutan. ¿No ha dicho nada más?

—Simplemente que allí todo el mundo la recuerda.

—Gracias, Sutan, hasta mañana.

Sutan saludó y se retiró. Thu buscó en el ramo y sacó un estuche, que abrió. Contenía un rollo de papel que desplegó. Era el último mensaje de la señora Ngha.

Lo leyó muy rápidamente, consultando de vez en cuando su reloj.

Afortunadamente, no era muy largo, y pronto comprendió lo más importante. Cuando hubo terminado, releyó un párrafo detenidamente y una sonrisa maliciosa iluminó su semblante, melancólico de ordinario.

III

—¡YA era hora, Thu!

La voz del general expresaba más alivio que reproche; pero Thu sintió remordimientos. Detestaba que pudieran tenerla por negligente.

—Lo siento muchísimo, Sir. Se me ha parado el reloj. Me quedaré más rato esta noche.

—Ni hablar de eso. Ya se acuesta usted bastante tarde.

El semblante de la muchacha denotaba una aflicción tan sincera por sus cinco minutos de retraso, que el general se conmovió. Se esforzó en disuadirla de la importancia que concedía a aquello. Mientras tanto, Thu se sentó a su mesa, abrió la cartera y empezó a trabajar.

—Por lo demás no hay nada interesante esta noche — observó el general—. Grillos, cada vez más grillos.

—Es la estación en que más se oyen sus conciertos nocturnos, Sir.

—¿De veras...? Y además el pájaro de noche, la zumaya. A propósito de ésta, me han dicho que existían leyendas...

—Hay muchas entre las tribus de la montaña. La llaman el pájaro herrero.

—¿El pájaro herrero...? Entiendo... —exclamó el general entusiasmado—, el tiok, tiok, tiok, es el ruido del martillo sobre el yunque... Pero estoy interrumpiendo su trabajo (y yo charlando en horas de servicio, pensó inquieto). Escuche, Thu, ya me lo contará, pero no aquí; tengo demasiado trabajo. ¿Quiere almorzar conmigo mañana?

No era la primera vez que la invitaba a su mesa, y ella siempre aceptaba agradecida. Ambos estaban de nuevo enfrascados en sus papeles, cuando llamaron a la puerta y entró el coronel Shaw, sin esperar a que lo invitasen a ello, lo cual significaba algo grave.

—Motores, Sir, motores de camiones. Muchos. Seguramente un convoy. Hemos conectado con usted.

Thu alzó la cabeza y escuchó con atención, pero con mirada preocupada. El general apretó un botón. El sonido fue transmitido acto seguido al despacho por el altavoz.

Un ruido de motor sin duda alguna; un vehículo que circulaba por una pista escabrosa, con chirridos de embrague. Frunciendo el ceño, el general escuchó cómo variaba la intensidad del sonido, a medida que el camión se acercaba al oído de jungla, pasaba muy cerca de él y luego se alejaba; a continuación el siguiente, luego otro, y otro más. Nadie podía equivocarse: un convoy se deslizaba por una de las rutas Hó-Chi-Minh.

—Todo un grupo de sensors emiten así en el mismo sector, Sir — dijo el coronel—, los tenemos sitiados.

Thu seguía escuchando con ansiedad en la mirada, como si esperase algo. De pronto, su semblante se relajó y ahogó un suspiro. Se oyó una voz que cantaba en vietnamita, acompañando el ruido de un motor.

—¿Lo entiende usted, Thu?

—Una vieja tonada que tararean los chóferes para no dormirse durante los largos recorridos.

—No cabe duda — decidió el general—. Es un convoy. Alertaré a los «F-4».

Cuando los oídos de jungla hubieron cumplido su misión y la mente humana, en este caso el general Bishop, juzgado y tomado una decisión, el resto era cuestión de suerte y mecánica rutina.

El general había oprimido un botón, el que introducía al I.B.M. 360.65.S. en el circuito. Éste analizaba y digería los datos

transmitidos, localizaba al convoy y ya no lo perdía, calculaba su velocidad, su dirección, su longitud, contaba uno a uno los vehículos y, gracias a la multiplicidad de oídos de jungla, los situaba a cada instante, como decía Shaw, determinando las coordenadas instantáneas de su posición.

El general Bishop pulsó dos botones más. Uno de ellos ponía en marcha la incursión de los «F-4», siempre dispuestos a despegar desde la base de Vietnam del Sur para una operación de aquel tipo, y los ponía en relación directa con el I.B.M. 360.65.S. El otro encendió una pantalla en el despacho mismo, en la que apareció a gran escala la región donde estaba situado el convoy. Varios puntos rojos inmóviles parpadeaban en aquella pantalla, representación de los oídos de jungla emisores. En cuanto al convoy, aparecía en forma de una delgada cinta azul que se desplazaba lentamente, a través de la red de puntos rojos.

—Una pequeña maravilla electrónica — comentó Shaw, según su costumbre en casos semejantes.

El general asintió gravemente. Él también estaba impresionado por aquella obra maestra de la técnica, debido, sobre todo, a que no entendía nada de su proceso. Había noches en las que consideraba a su ayudante casi brujo.

Acabada ya la labor del general, éste debía esperar los resultados de la operación, que fueron señalados a la vez por el altavoz y en la pantalla luminosa, menos de veinte minutos después de haber dado la alerta. El jadeo de los motores quedó bruscamente cubierto por la explosión de las primeras bombas. El estruendo solo duró un instante y dio paso a un silencio completo, al tiempo que los puntos rojos y la cinta azul del convoy se apagaban en la pantalla. La operación había concluido. Los «F-4» cumplieron con su cometido, a fin de cuentas modesto. Los oídos de jungla quedaron inservibles. Se lanzarían otros la noche siguiente. El convoy debió de quedar duramente afectado, si no aniquilado.

—¿Dónde ha sido eso? —preguntó el general Bishop con tono indiferente.

Shaw no lo sabía. No había tenido ni una mirada para el mapa de la región. El general echó un vistazo a las coordenadas que indicaba la pantalla, luego hojeó un juego de mapas de Estado Mayor e intentó localizar el sitio.

—Ha sido muy cerca de las tres fronteras —dijo—, Vietnam, Camboya, Laos... Una especie de meseta, en una región de relieve muy desigual... La jungla está señalada como muy densa. Sin senderos, si el mapa es exacto, y de accesos escarpados. Vaya idea hacer pasar camiones por allí, ¿no le parece, Thu?

Pese a todo, a veces sentía necesidad de evadirse del universo mecánico en el que estaba sumido para discutir el aspecto humano de una operación. A falta de Shaw, al cual era visiblemente imposible hacer admitir este aspecto, se dirigía a su secretaria, cuyo juicio apreciaba. Ésta respondió enseguida:

—Bastante curioso, en efecto, Sir. Pero sin duda imaginan engañarnos siguiendo itinerarios extravagantes. No creen que se nos pueda ocurrir el bombardear ese laberinto inextricable.

—Seguramente es eso, Thu. Y en eso se equivocan. Ahora tenemos oídos en todas partes.

Se inclinó de nuevo sobre su mapa de Estado Mayor y murmuró:

—Estos mapas están muy mal hechos. Hay un nombre, pero no consigo siquiera leerlo. ¿Quiere usted probar, Thu? Tiene mejor vista que yo.

—Las letras son bien pequeñas, Sir... sin embargo, sí, eso es... La Meseta de los Cien Mil Búfalos, Sir.

—¿La Meseta de los Cien Mil Búfalos? Vaya nombre...bastante pintoresco de todos modos.

—Conozco bien la región, Sir —dijo Thu con sonrisa divertida—. Estuve allí hace años con mis padres. Los montañeses bautizaron así esa meseta. Creo recordar que era un lugar muy abundante en caza. Sin duda es a causa de eso.

Sonó un teléfono. El general cogió el aparato, cruzó algunas palabras con un corresponsal, y luego colgó.

—Han confirmado el éxito de la incursión —dijo escuetamente—. Varios incendios. Otro convoy que no llegará intacto al Sur. Eso les enseñará a no meterse en la Meseta de los Cien Mil Búfalos.

El coronel Shaw les dejó para volver a su puesto en la sala de escucha. El general se enfrascó un momento en sus papeles y luego miró la hora.

—Thu, es tarde y no la necesito ya. Váyase a dormir.

Ella protestó diciendo que no estaba fatigada, pero él insistió con autoridad paternal.

—Y no olvide que mañana almorzaremos juntos. Me contará usted las leyendas del pájaro herrero.

Obedeció; dejó el despacho tras haber guardado sus cosas y en la oscuridad tomó el camino de su bungalow. Allí, cuidando de no despertar a John y a la pequeña Thu, explicó a la Thi Hai, con tono confidencial, un nuevo juego muy divertido que su querida Tía Ngha había imaginado.

Al quedarse solo, el general trató de concentrarse en la redacción de un informe destinado al Gran Cuartel General. Pero su mente estaba en otra parte. Se levantó, dio algunos pasos por el despacho, se desperezó, volvió a su sitio y luego murmuró en voz baja:

—Al fin y al cabo, esta noche he llevado a cabo una buena labor. Esto justifica un pequeño esparcimiento. Dudó un poco y luego se decidió a llamar a Shaw por el interfono.

—Haga el favor de pasarme algunos ruidos de jungla, Shaw — dijo con el tono de un colegial pillado en falta — No me encuentro en forma, eso me espabilará... Sí, aunque no haya nada nuevo... ¡Grillos, no, desde luego! Mire, el pájaro herrero, por ejemplo... ¿Cómo? Claro que sí, la zumaya, el pájaro de noche, ¡el tiok, tiok, tiok, vaya! Lo necesito esta noche. Me aburro.

IV

EL ASUNTO había sido montado con maestría, con un afán de perfección en cada detalle que hacía ver el sello de la señora Ngha. Quiso en efecto supervisar personalmente todos los preparativos de la operación, según su idea, la primera de una larga serie y que constaba de dos fases diferentes: una había de desarrollarse en la Meseta de los Cien Mil Búfalos; la otra, a cincuenta kilómetros de allí, en una región mucho más accesible a los camiones.

Algunos de los preparativos eran delicados. Las primeras grabaciones en cinta no ofrecían particulares dificultades, pero quiso asistir a ellas, en compañía del doctor Wang. Se efectuó en una región aislada de Vietnam del Norte donde los aviones enemigos hacían escasas incursiones. El aparato esencial, un vulgar magnetófono, fue colocado al borde de un tramo de pista burdamente trazada en el bosque y ante él comenzaron a desfilar camiones, uno tras de otro a poca distancia. La ruta estaba sembrada de obstáculos, baches, pedruscos, raíces, semejantes en todo punto a los que los verdaderos convoyes encontraban en su carrera hacia el Sur. Los conductores estaban familiarizados con la ruta Hó-Chi-Minh, escogidos entre los más expertos y con cuya discreción se podía contar. Uno de ellos era Nam, que no se extrañó demasiado de las consignas recibidas: conducir exactamente como lo hacía de ordinario, sin vacilar en forzar el motor, si era necesario, en hacer chillar el cambio de marchas y chirriar los frenos. Por supuesto, la operación tuvo lugar de noche. Nam seguía las instrucciones al pie de la letra, sin comprender el alcance del ejercicio, pero convencido de que no se trataba de un juego ni mucho menos. Cuando la señora Ngha le pidió que tararease la melodía popular (una señal tranquilizadora para Thu), obedeció sonriendo, sabedor de que la dama de Vietnam tenía siempre la cabeza en su sitio, hasta cuando las apariencias parecían indicar lo contrario.

Solamente utilizaron seis camiones. Tras haber pasado en fila india ante el aparato de registro, describían un amplio círculo y volvían a desfilar, para hacerse oír de nuevo. Una manipulación ulterior de la cinta magnetofónica suprimía los silencios y hacía los empalmes. Tras varias pruebas que les satisficieron sólo a medias, la señora Ngha y el doctor Wang juzgaron que la ilusión era perfecta: el ruido era efectivamente el de un largo convoy continuo abriéndose paso con dificultad en una pista de montaña. Gran número de cintas fueron preparadas de este modo.

La grabación de los grillos resultó más trabajosa y dio lugar a pruebas más numerosas. No porque fuese difícil procurarse estos insectos, Thu no mentía cuando afirmaba que ciertas regiones de Vietnam están infestadas de ellos. Tras la promesa de una recompensa a los niños de las aldeas, pronto se recogieron en cantidad suficiente. El punto delicado era hacerles chirriar por orden manteniéndolos cerca del magnetófono, pues sólo lo hacen a ciertas horas de la noche y cuando se sienten en libertad. Ello requirió mucha paciencia y la construcción de jaulitas de hierba que les impedían huir sin darles la impresión de estar en cautiverio. Pero las dificultades no fueron superadas hasta que un oficial de informaciones tuvo la feliz idea de provocar artificialmente su concierto haciendo tocar un instrumento musical, una especie de tosco violín que un campesino construyó a petición suya y que imitaba el ruido de los insectos. No lo bastante para remplazados (la señora Ngha tenía interés en que no hubiese ninguna nota discordante en su guión), pero suficiente para suscitar su estridente chirrido. Cuando hubo cintas grabadas en número conveniente, la señora Ngha se ocupó de hacer preparar el terreno.

Allí los jarai, engolosinados por la promesa de una recompensa y deseosos sobre todo de servirla, le aportaron una valiosa ayuda. Les hizo rastrillar minuciosamente un tramo de pista en una región particularmente peligrosa, por la que había decidido hacer pasar un importante convoy. Había allí una verdadera plantación de oídos de jungla. Detectaron más de un centenar en la zona de veinte metros de anchura a que ella limitó la

búsqueda. Cubrir un radio mayor habría exigido un trabajo demasiado prolongado e inútil para su plan. Al asegurarse Mok que no había otros en aquel tramo de unos treinta kilómetros de longitud, mandó colocar al pie de cada uno de los ingenios un magnetófono de disparo automático, provisto de una cinta que emitía el chirrido de los grillos, de suerte que todo el trayecto peligroso quedó jalonado con éstos.

Reflexionó mucho antes de adoptar esta táctica. Hubiera sido más sencillo, como sugería Van, hacer que quitasen simplemente los oídos de jungla. El doctor Wang los había estudiado hacía tiempo y, pese a su sistema de autodestrucción, él y sus ayudantes sabían manipularlos ya sin dañarlos. Pero ella creía, de todas formas, que un silencio absoluto podría poner en guardia al enemigo, en una región donde había un gran número de aparatos a la escucha, y por otra que, pese a las afirmaciones de Mok, algunos de éstos podían haber escapado a la mirada de los montañeses, y estuviesen bastante cerca de la pista como para captar el ruido del convoy. Los grillos eliminaban estos inconvenientes cubriendo cualquier otro sonido a lo largo de la peligrosa ruta. No dejando nunca nada al azar, se aseguró, haciendo reproducir fielmente aquel sector así preparado en Vietnam del Norte y procediendo a un ensayo. El resultado fue concluyente.

Cuando el verdadero itinerario estuvo cubierto, hizo preparar de igual forma una faja de terreno en la Meseta de los Cien Mil Búfalos, cerca de un río, precisamente allí donde al ver unas huellas Dju supo que acudían manadas a abrevarse, a una hora de la noche que él era capaz de determinar con precisión.

No descubrieron allí más que una docena de oídos de jungla, lo cual era suficiente para su plan. El especialista chino cuidó de trasladarlos con cuidado y colocarlos con arte de modo que atrajese las bombas sobre el punto más propicio para una caza fructífera, preparando las cintas adecuadas, es decir aquellas que revelaban el paso de un convoy.

Esto habría sido suficiente para una sola operación, pero la señora Ngha no olvidó nada, y al pensar en los aviones de

observación, los cuales podrían darse cuenta del engaño, mandó disponer en el lugar de la incursión teledirigida algunos de los vestigios que el enemigo esperaba hallar en las fotos: restos de camiones. Los había desparramados en ciertos tramos de la pista. Los llevaron a hombros, en bicicletas o en carros improvisados, vehículos silenciosos, soldados amenazados con terribles castigos si decían la menor palabra. Precaución inútil, ya que, al igual que el conductor Nam, sin estar al corriente de todos los detalles de la operación, habían intuitido que se trataba de un astuto engaño, y el amor oriental que sentían por las sutilezas les hacía entregarse de corazón al logro final.

Suspirando, pues el carburante era tan precioso como las municiones, la señora Ngha sacrificó también algunos barriles de gasolina y de fuel-oil, que bastarían para provocar decorosos focos de incendios.

Sólo faltaba regular el mecanismo de disparo de las cintas magnetofónicas a la hora indicada por Dju. La labor fue realizada de nuevo con facilidad por el doctor Wang y su equipo. Se retiraron por fin en silencio, dejando que aquel rincón de la salvaje jungla recobrase su tranquilidad habitual y que los rebaños de búfalos se acercasen poco a poco más tranquilos.

Aquella doble operación obtuvo un doble éxito, justificando plenamente los cuidados minuciosos que la habían rodeado y las pruebas de satisfacción que el propio Tío Hó quiso dar después a quienes habían participado secretamente en ella, sin olvidar a su querida sobrina Thu. Ésta confirmó en un informe ulterior que la superchería no había sido descubierta.

Los «F-4», obedeciendo a sus ordenadores de a bordo, dirigidos a su vez por el I. B. M. 360.65.S., soltaron sus bombas sobre el punto preciso donde eran llevados por los oídos de jungla, a la hora prevista, y dentro de un radio bastante extenso en torno de este punto para dejar un botín importante a quienes aguardaban en la oscuridad a una distancia razonable.

El resultado fue comprobado al amanecer por una patrulla compuesta de soldados vietnamitas y montañeses. Dos manadas de grandes búfalos salvajes estaban diezmados y quedaban en el terreno alrededor de cuarenta hermosos animales, sin contar gran cantidad de caza menor como corzos, liebres de montaña, pavos salvajes, palomas torcaces y urogallos, acribillados de metralla o reventados por las explosiones.

Según las instrucciones dadas por la señora Ngha, el botín debía ser dividido en dos partes iguales, pero ésta vez Mok se mantuvo firme y salió vencedor de los parloteos de cortesía que se produjeron al respecto. No quiso llevarse más que diez búfalos y alguna morralla que bastaban para llenar todas las tinajas de la aldea y festejarlo durante varias lunas. En cuanto a la parte de los vietnamitas, fue transportada inmediatamente, tras el despiece, hacia un centro subterráneo de la línea Hó-Chi-Minh, donde un equipo de especialistas la esperaba para ocuparse de su preparación y conservación. Aquella caza fue muy apreciada por el servicio del general Hoan, que se ocupaba de la intendencia, servicio que tropezaba con dificultades a veces insuperables en aquella región. Todos esperaban que la operación podría ser repetida a intervalos más o menos espaciados. Cosa que se llevó a cabo con diversas suertes, pero a menudo con resultado apreciable. Así, las incursiones de los aviadores americanos consiguieron aportar una solución parcial al problema del abastecimiento de los miles de hombres que trabajaban a lo largo de la ruta Hó-Chi-Minh.

Aquella mañana la señora Ngha había preferido personarse en otro centro, término de una sección diferente de la ruta, donde el verdadero convoy debía llegar al despuntar el día. Esta segunda parte de la operación fue también un éxito. La fila de camiones arribó a buen puerto y no faltaba ningún vehículo, ningún saco de arroz, ninguna caja de municiones. El convoy, importantísimo, llegó incluso un poco antes de lo previsto, por haber sido su velocidad ligeramente superior a la media habitual.

Todo ello, a causa de los grillos. El conductor Nam, ahora jefe de fila del tramo, estaba informado de la distribución de las cintas y le habían rogado no apartarse de ella. Muy pronto se dio cuenta de que su cometido resultaba más cómodo, pues el concierto de los grillos componía un conjunto continuo de referencias fáciles de seguir. Por lo que aceleró un poco la velocidad, arrastrando alegremente al convoy tras él, como al son de una marcha triunfal tocada por una orquesta de violines estridentes.

Al festejar aquella mañana el doble éxito, la señora Ngha empezaba a imaginar ya otras operaciones del mismo género. Su temor era que una excesiva abundancia de grillos acabase despertando sospechas en el enemigo. Por lo que, para variar los efectos, se propuso hacer estudiar por especialistas todos los ruidos posibles de la jungla nocturna.

Temía sobre todo que el servicio de escucha llegase a notar que el chirrido de los grillos materializaba una línea continua, de dirección aproximada Norte-Sur en la cordillera anamita. Sus temores eran infundados sobre este punto, y Thu la tranquilizó posteriormente: cuando se trataba de grillos, el general Bishop no transmitía los datos del problema al I.B.M. 360.65.S., y las coordenadas de los puntos de emisión permanecían por lo tanto ignoradas.

EL NAPALM

I

AMI ASPIRÓ una bocanada de la pipa que acababa de encender, y en un impulso de espontánea simpatía la ofreció a la señora Ngha, sentada a su lado. Ésta le dio gravemente las gracias, hizo a su vez dos largas chupadas y pareció apreciar el acre sabor del tabaco. La conversación, hasta entonces nimia y generalizada, dio paso a un coloquio más serio entre ambas mujeres.

—La culpa no es de los montañeses —dijo Ami—, si la caza es menos fructífera desde hace algún tiempo.

—Lo sé. La culpa es de nuestros enemigos, que emplean armas nuevas.

Una comida fraternal clausuraba la pequeña fiesta a la que habían sido invitados los cazadores jarai. Se desarrollaba en pleno día, junto a una posición provista de seguros refugios naturales: cuevas profundas que penetraban en la montaña y podían servir de cobijo en caso de incursión aérea; dentro, el humo de las cocinas era conducido por canales subterráneos hacia otra vertiente más alejada. No hubo alarmas aquel día y nada turbó el programa de la fiesta, que transcurrió en una atmósfera de sencillez y de alegría, con cantos, rondas y una larga representación dada por una compañía teatral de paso.

Estas manifestaciones no eran raras en la ruta. Tío Hó fomentaba las artes y recomendaba a los mejores comediantes que organizaran lo más a menudo posible espectáculos para los soldados, lo cual cumplían pundonorosamente, y más de una vez en los lugares más angustiosos de la guerra, manteniendo a la vez la moral de los combatientes y su fe política. Las obras representadas incluían en efecto siempre alusiones a la

política y a los combates, alusiones simples, al alcance de todos, a menudo humorísticas, pero tendentes a servir la causa de la joven República de una manera eficaz.

La fiesta de aquel día fue realmente grandiosa. La señora Ngha así lo quiso, para celebrar dignamente la alianza con sus nuevos amigos, los jarai, y puso su empeño, en participar en ella de una manera activa, aunque no la presidiera oficialmente, regulando su costumbre de meter la nariz un poco en todas partes y mezclarse con el pueblo lo más a menudo posible.

Otra razón la incitaba a estar presente. Ami había acudido, y tenía tantas ganas de ver a Ami como ésta deseos de conocerla a ella. Durante el espectáculo, estuvo sentada entre los montañeses, traduciéndoles a veces algunas frases cuando la mímica de los actores no bastaba para explicar la intriga, lo cual no solía ocurrir. El pueblo de la región alta parecía divertirse tanto como los soldados vietnamitas. Unos y otros subrayaban las escenas particularmente graciosas con sonoras carcajadas.

Una esmerada comida siguió a la representación. Van, que podía desempeñar las más diversas funciones, supervisó los platos, tras haber hecho venir un grupo de muchachas expertas en la confección de los «naymes» y otras delicadas especialidades vietnamitas. Un festín de tal calidad era raro en la ruta, pero la señora Ngha había facilitado toda la ayuda necesaria. Sentada al lado de Ami, cuidaba de mantener la alegría y la cordialidad, y lo estaba consiguiendo de maravilla. Los otros comensales: cazadores jarai, militares sin ninguna distinción de grado, y también conductores de la ruta, se habían mezclado y charlaban alegremente. Vietnamitas y montañeses ya conseguían entenderse más o menos bien, por haber aprendido algunas palabras del lenguaje ajeno, y a veces recurriendo, harto curiosamente, al francés, del cual algunos habían retenido vestigios. Sólo el piquete de guardia se mantenía apartado, arma al brazo, pero casi invisible, y era lo bastante discreto como para hacer olvidar a los convidados que la guerra se cernía permanentemente sobre la jungla. Al término

del banquete, los jarai encendieron sus pipas, pasándolas de vez en cuando a los soldados. Ami prestaba la suya a la señora Ngha, que pareció emocionarse por aquella atención.

—La culpa es de nuestros enemigos, que han modificado su táctica —repitió la señora Ngha—. Ya no arrojan muchas bombas explosivas, sino napalm.

—¿Napalm?

La señora Ngha explicó que el empleo de este producto, o bien del fósforo, se traducían en un calor intenso que consumía cualquier tipo de vegetales, lo cual permitía a los hombres voladores una observación fácil sobre los puntos juzgados peligrosos.

—Eso es lo que me han referido los cazadores —dijo Ami, meneando la cabeza—. Pero al mismo tiempo que la hojarasca y las plantas, ese napalm...

Se le había quedado perfectamente grabado el vocablo y jamás lo olvidaría. Hasta entonces sólo había pronunciado algunas palabras, contentándose desde su llegada con observar y escuchar a su anfitriona, esperando el fin de la comida para abordar con ella los temas serios, como es de rigor entre personas corteses. En este aspecto el instinto de los jarai los situaba en un plano de igualdad con los asiáticos más evolucionados y los occidentales.

Los cazadores del poblado le hicieron un retrato tan extraordinario de la dama de Vietnam, que aceptó su invitación, pese a su avanzada edad y la larga distancia que debía recorrer a través de la jungla. Los montañeses se habían relevado para llevarla en una especie de silla de bambú.

Por su parte, la señora Ngha intuía la importancia de Ami y no escamoteaba esfuerzos por serle agradable, sabedora de cómo seducir, cuando hacía falta. Además, hacía tiempo que deseaba enormemente formarse una opinión personal de la anciana jarai, que aparecía un poco como reina de su tribu. Pero, para conseguirlo, no necesitaba mirarla de hito en hito,

con insistencia, como hacía aquélla. Dos o tres observaciones y una simple ojeada le bastaron para estimar a Ami y comprender por qué los jarai buscaban sus consejos. Bastante antes de fumar la pipa, se hizo evidente que ambas mujeres se apreciaban en su justo valor.

Ami fue la primera en abordar el problema del momento. Como hizo observar, las últimas expediciones cinegéticas resultaron decepcionantes, ya que la mayor parte de las veces los cazadores regresaron con el morral vacío. No podían consolarse de ello sino evocando los éxitos de las lunas precedentes.

—Al mismo tiempo que acaba con el follaje de los árboles y las plantas, ese napalm consume la carne de los animales muertos hasta el punto de volverlos incomedibles. Los cazadores ya no encuentran más que esqueletos carbonizados.

—También lo sé. Nuestra caza se toma entonces un despilfarrero inadmisibile. Creo que debemos modificar igualmente nuestra táctica e intentar que vuelquen ese napalm en puntos donde no haya mucha caza. ¿Qué piensa Ami?

—Ami piensa que los cazadores tenían razón. La Hama de Vietnam posee a la vez el poder y la inteligencia.

—El poder está en manos de nuestro jefe.

—He oído hablar de él.

—Pero yo hago cuanto puedo por ayudarlo.

—También lo haremos nosotros. Ahora ya sabemos dónde están nuestros amigos... A propósito, quiero decirte que hace algún tiempo modificamos la oración para alejar la guerra.

También ahí, el instinto montañés la hacía adoptar las maneras de los asiáticos más refinados, que se considerarían zafios si fuesen directamente al punto esencial, sin mezclar con la conversación algunas digresiones, la mayor parte de las veces de carácter laudatorio para el interlocutor. La señora Ngha, que llevaba sutil sangre china en las venas, no podía criticar absolutamente nada de aquel código de buena educación, es más, animó a Ami a proseguir.

—Nuestra oración para alejar la guerra comenzaba así, desde hacía lunas y lunas:

Oh, señor, rey del fuego. Nosotros que estamos aquí, somos molestados y aplastados por los vietnamitas y por los camboyanos ¹¹.

Calló para observar a la señora Ngha, que dijo sin pestañear:

—Me gustan mucho las oraciones de los jarai. ¿Quiere Ami recitármela entera?

La anciana se inclinó y prosiguió:

...Nosotros que estamos aquí ya no podemos labrar los campos, plantar él paddy, destruir las malas hierbas. Nosotros que estamos aquí hemos tenido muchos muertos, muchos cadáveres, a consecuencia de los combates. Nosotros que estamos aquí contamos con vuestra ayuda y nos prosternamos...

Le rezó toda la oración, que termina con estas palabras:

Haced que mueran nuestros enemigos, a aquellos que son malvados para con nuestro grupo, hacedles morir en este instante.

—Así era nuestra oración. Pero, te lo repito, ahora hemos cambiado las primeras palabras en todas las aldeas. Hemos sustituido a los vietnamitas por los hombres voladores.

La señora Ngha sintió en aquel instante el cuerpo vivificado por un caluroso estremecimiento, y sus ojos tuvieron un relámpago de orgullosa satisfacción. Las palabras que acababan de ser pronunciadas marcaban el éxito de su política. Ami guardó un minuto de silencio y luego, acabada ya la desviación necesaria, volvió al problema inicial.

—Decías que tratarías de hacer derramar el napalm sobre regiones donde hay poca caza. Te he respondido que haríamos todo lo posible por ayudarte a realizar ese plan. Nuestros cazadores conocen montañas donde casi no hay animales y donde ese napalm causaría por tanto pocos daños.

—Te lo agradezco.

¹¹ Oración jarai.

Ami hizo un silencio, pareciendo contemplar con atención la cazoleta de su pipa, de la que brotaban chispas. Por fin:

—Son regiones que hace tiempo utilizábamos para cultivar nuestro arroz de montaña. Si no, por supuesto, los búfalos y los ciervos pronto habrían destrozado nuestras cosechas.

Había pronunciado estas palabras con tono indiferente, demasiado indiferente, juzgó enseguida la señora Ngha. Su mirada, cuya claridad y penetración no había empañado la vejez, cobraba un brillo singular, desproporcionado con su anodina observación. La vietnamita, que sabía analizar los más ínfimos detalles de una fisonomía, tuvo la certeza de que aquella observación no era debida a la casualidad. No lo demostró y la animó a proseguir, adoptando a su vez un tono de trivial amabilidad.

—El arroz —dijo—, el arroz debe faltarnos a menudo, como a nosotros de vez en cuando. No se puede vivir comiendo solamente la carne de los animales.

—No se puede. Es necesario el arroz. Y los poco fértiles rays¹² que habíamos plantado en tomo de nuestra aldea ya no dan nada. La tierra no era buena. Ahora está completamente muerta. Necesitaríamos cambiar de sitio, como hacíamos antes cada dos o tres años. No es fácil con esta guerra.

Nuevo silencio, roto otra vez por la señora Ngha.

—Quizá pueda facilitaros semillas.

—Te lo agradezco. Pero no es eso. Podríamos procurarnos las suficientes. No; la verdadera dificultad...

Un último silencio. Luego se inclinó hacia delante y habló con vehemencia. La señora Ngha comprendió que por fin iba al objeto esencial de aquella conversación.

—La mayor dificultad — dijo Ami—, es la quema. Para plantar nuestro arroz de montaña necesitamos antes incendiar una parcela de jungla.

¹² Arrozales de montaña, establecidos por los jarai tras quemar algunas parcelas de la jungla.

II

ESTA vez la señora Ngha manifestó sus sentimientos con un ligero pestañeo, débil reacción comparada con la sorpresa que acababa de experimentar, una brusca exaltación intelectual compuesta a la vez por júbilo y respeto, ahora que por fin adivinaba dónde quería ir a parar la anciana.

Las dos mujeres se encontraban ahora aisladas, a solas. En torno de ellas, irnos soldados quitaban las marmitas con los restos de la comida. Los jarai fumaban en silencio. Tras haber mirado largamente en tomo suyo, la señora Ngha respondió sin apresurarse.

—Comprendo. Antes de plantar vuestro paddy, necesitáis primero incendiar la jungla para destruir las malas hierbas, con objeto de que la luz llegue hasta el suelo. Y supongo que no es fácil quemar la jungla ahora.

—Ahí está —asintió Ami, feliz de haber sido comprendida con medias palabras.

—Debe de ser difícil por varias razones. En primer lugar vuestro fuego atraería a los hombres voladores. Además, la estación no se presta a ello, ¿no es cierto? Ha llovido ya. El bosque está húmedo y el fuego no se propagaría sin ayuda.

—Exactamente, no se propagaría sin ayuda —volvió a asentir Ami.

—Entonces, para producir un incendio, necesitaríais rociar la maleza con gasolina, por ejemplo.

—Así es como lo hacíamos antes. Pero ya no podemos procurárnosla.

—Gasolina... o bien napalm, ¿no es así? —preguntó la señora Ngha con una sonrisa deliciosa.

Por primera vez desde que empezó la fiesta, Ami también sonrió.

—La dama de Vietnam es más lista aún de lo que creen mis cazadores —dijo—. Ha adivinado mi plan. Ya sabe cuál es la autorización que quiero pedirle.

—Ami no necesita autorizaciones. La jungla es de todos, y en primer lugar de los jarai que la habitan.

—Pero prefiero tener tu permiso. Tus soldados podrían extrañarse de ver que nuestros hombres merodeaban de noche por los lugares incendiados por el napalm.

—¿Así, pues, ésa es tu idea, si no me equivoco? Utilizar zonas quemadas y sembrarlas. Así os ahorraríais una parte de vuestra labor.

—La parte más penosa. Eso es, justamente. Nuestros hombres han localizado ya varias zonas favorables. La tierra está limpia en ellas de todas las malas hierbas, mucho mejor de lo que lo hubiéramos hecho nosotros. La ceniza fertiliza el suelo. El paddy no tiene más que crecer. Y también la mandioca.

La señora Ngha examinaba in mente todos los aspectos de aquel programa, cuyo espíritu coincidía de maravilla con algunas de sus propias ideas y una especie de filosofía de la guerra que había adquirido. Pero puso objeciones, con aire preocupado.

—Los hombres voladores verán crecer el arroz —dijo—. Tienen ojos y lentes poderosos para alargar su vista. Creerán que somos nosotros quienes utilizamos así la tierra preparada y volverán con sus máquinas para mataros.

—Verán una hierba verde. La hierba crece siempre tras las quemas cuando no es arrancada. No comprenderán que es arroz. Creerán que son brotes silvestres, a condición...

—¿A condición?

—A condición de que pongamos cuidado en sembrar irregularmente, no en hileras paralelas como hacen tus campesinos de la llanura. Se podrá intercalar también planteles de mandioca, que tienen el aspecto de brotes silvestres. Tiene que haber otras mil maneras de engañarlos. Hay que pensarlo.

—Ami puede estar segura de que mis soldados no estorbarán en nada ese plan — exclamó la señora Ngha con una animación rara en ella—. Sé ahora que la mente de Ami es más sutil aún que la mía. Jamás hubiera pensado en eso.

La anciana movió la cabeza en señal de protesta.

—Los genios a veces me inspiran —dijo con modestia—. Y, allá arriba, no tengo otra cosa que hacer sino pensar.

—Jamás se me hubiera ocurrido esa idea — insistió la vietnamita—. Te doy mil gracias, pues también nosotros íbamos a ejecutar ese programa en otros puntos de la pista por no molestaros. Entre nosotros el arroz también escasea. Nos vemos obligados a transportarlo para abastecer a nuestras tropas del Sur y esto sale caro.

—La jungla es grande. Las pistas que siguen tus soldados son largas y numerosas. Ahora que han empezado, los hombres voladores van a crear, un poco en todas partes, superficies que podrán ser sembradas. Las rays serán pequeños; el rendimiento, sin duda, débil, pero los habrá a millares, suficientes para nutrir a los tuyos y a los míos. Gracias al napalm.

La fiesta había terminado, y los asuntos serios habían sido solucionados a satisfacción de todos. Ami y los jarai tomaron el camino de su aldea, para preparar en ella sacrificios y rezar oraciones al genio de la Tierra, a fin de que diese cosechas abundantes. La señora Ngha estuvo largo rato pensativa, con el cerebro sobreexcitado por aquella conversación, maquinando un plan a gran escala, que se prometía someter al Presidente al día siguiente mismo.

Madurando este proyecto, llegó, con una pequeña escolta, en un punto de la jungla, donde la esperaba el vehículo que había de llevarla al Norte de nuevo. Se acomodó atrás, en un asiento muy poco cómodo, y dio la señal de salida. Van, que iba con ella, dejó la cartera a su lado. Pese al duro traqueteo de la pista, la señora Ngha nunca perdía el tiempo, y aprovechaba los viajes, ya fuera para meditar entornando los ojos, o bien para enterarse de un informe, releer un documento importante o redactar una nota.

Hoy su meditación sobre el asunto había terminado, con todos los detalles grabados en su mente, ya que eran tan simples como para que no fuese necesario tomar nota de ellos. Una conversación con el Tío bastaría para pasar a la puesta en marcha del plan. Además no tenía ningún documento urgente que consultar. De lo cual se alegró porque iba a permitirle el poderse tomar algunas horas de asueto.

Pero los ocios que a veces se concedía durante la jornada, no los dedicaba nunca la señora Ngha al sueño o al reposo total. El relajamiento consistía para ella en cambiar de ocupación, y entre las ocupaciones susceptibles de distraerla sin perder el tiempo, la lectura ocupaba el primer lugar; lectura de libros juzgados frívolos a menudo por sus compatriotas. Se trataba sobre todo de novelas o ensayos de autores americanos, que su situación, estimaba ella, no le permitía ignorar.

Es lo que hizo aquel día. Gracias al cuidado de su secretaria, la cual, conocedora de sus gustos, llevaba siempre varios de los libros que consideraba podían gustar a su jefe en la abultada cartera. La señora Ngha se hizo con ellos, miró los títulos, ojeó los comentarios de los editores, luego dejó el paquete, quedándose con un solo libro, que empezó a leer con mirada curiosa.

Esta lectura la absorbió a lo largo del trayecto, que duró el resto de la jornada y gran parte de la noche, hasta el punto de hacerle olvidar a sus compañeros de viaje y sus preocupaciones. No se interrumpió sino raras veces, una de ellas cuando el crepúsculo empezó a oscurecer la pista, para sacar de su bolso una diminuta lámpara de bolsillo con la cual se puso a explorar las páginas, línea tras línea; y alguna otra de la que subrayaba un párrafo con lápiz o anotaba al margen una breve observación. Siempre ponía en sus lecturas la misma atención escrupulosa que en los documentos del servicio, ávida de conocer algún elemento nuevo sobre la psicología del enemigo. Así fue como devoró y apostilló el informe de la comisión Warren, el informe Kingsley, El principio de Peter y muchos trabajos más. El que acaparaba toda su atención durante este viaje era un ensayo voluminoso que trataba de la esclavitud

de la mujer, en particular de la mujer americana, tema que preocupaba desde hacía poco a la élite intelectual del mundo occidental.

Van, que no tenía nada que hacer sino observar a su jefe, vio una extraña sonrisa repetidas veces en sus labios. Gimo no era tonta ni mucho menos, pues de lo contrario no hubiera sido escogida como secretaria, no pudo por menos de sonreír a la vez. La señora Ngha, en un instante de descuido, se dio cuenta de ello, y el buen humor hizo que acentuase su expresión, cruzando con Van una larga mirada cargada de compli-
cidad.

Y de esta forma, en una divertida atmósfera, el vehículo, cargado de soldados en la parte delantera, transpuso los puertos, corrió luego hacia el Norte por mejor carretera y dejó tras sí la región alta, sus poblados salvajes y la ruta Ho-Chi-Minh.

III

EL TÍO lo aprobó sin dificultad. La idea le sedujo hasta el punto de entusiasmarle el ingenio de aquel programa, de evidentes ventajas, y ordenó inmediatamente su puesta en marcha a gran escala en todo el Vietnam.

Y, así, en puntos escogidos de entre los incontables senderos de la ruta Hó-Chi-Minh, que los convoyes evitaban cuidadosamente, los aviones fueron atraídos como alondras por un espejo, mediante unos hábiles efectos sonoros emitidos por los oídos de jungla. Y así se prendieron incendios a consecuencia del napalm y del fósforo, que practicaron múltiples brechas en el bosque tropical, por las que el sol podía irradiar sus rayos benéficos y fecundar un suelo cubierto de una capa de cenizas que formaba un abono insustituible.

Aquellos rays, de un género que no había previsto ningún ingeniero agrónomo, fueron preparados de noche con vistas a la futura cosecha. Los vietnamitas sembraron multitud de

campo de Norte a Sur a todo lo largo de la cordillera anamítica; los jarai se conformaron con unos cuantos de ellos a una distancia prudente de sus poblados, suficientemente extensos para cubrir sus modestas necesidades. Antes de la siembra, hicieron el sacrificio nocturno de un cerdo y una jarra de aguardiente, rezando la oración que comienza así:

Oh genio de la Tierra, os llamamos aquí, genio de la Tierra para beber aguardiente y comer hígado de cerdo. Sednos benéfico, genio de la Tierra, Dadnos en abundancia el frío, el paddy ¹³.

Después supieron por Mok, al cual la noche siguiente vio en sueños un río, que el genio de la Tierra les autorizaba a sembrar los nuevos rays. Lo hicieron así, y con éxito. Ami había expresado su punto de vista al respecto antes de separarse de la señora Ngha: «Es bueno buscar el favor de los genios con ofrendas y rezos, pero tampoco es malo facilitarles la labor con una paciente reflexión en la soledad.»

Una observación semejante no podía dejar de suscitar eco en la mente de la vietnamita. Se reprochó entonces no haber sido bastante lúcida ante el problema general de los bombardeos. Empezó a su vez a seguir los consejos de la montañesa, a reflexionar sobre este problema más a menudo y a incitar a sus colaboradores a hacer lo mismo.

El fruto de estas cavilaciones se tradujo muy pronto en otras aplicaciones prácticas, no sólo en la región alta, sino también en las llanuras, que no estaban a resguardo de los bombardeos. Y el impulso dado por la señora Ngha se propagó poco a poco a todos los niveles de la población. Campesinos y soldados rivalizaban en imaginar los mejores hallazgos. A partir de esta época recorrió todo Vietnam, de Norte a Sur, esta consigna: transformar las cosas malas en buenas. Fue entonces cuando se vio prosperar la cría de carpas y de otros peces en los cráteres excavados por las grandes bombas. Fue entonces cuando estos embudos se utilizaron en otras regiones

¹³ Oración jarai.

como cisternas, para resolver el problema de la irrigación, que hasta entonces nunca había podido ser satisfactoria.

Un ansia de emularlas se apoderó de todos, y el pequeño grupo de especialistas que participaba en la manipulación de los oídos de jungla no eran los menos entusiastas. El alma china del doctor Wang no podía por menos de apasionarse por aquella estrategia, y para él era una cuestión de honor poner un material intachable a disposición de la señora Ngha, cuyo genio había reconocido. Abandonó sus trabajos de alta física teórica, que le clasificaban entre los más grandes científicos del mundo, para consagrarse con algunos de sus ayudantes a la búsqueda de registros cada vez más sutiles, cada vez más convincentes, capaces de atraer a los bombarderos enemigos al punto determinado, a la hora deseada, mientras otro grupo de colaboradores suyos se especializaba en la confección de efectos sonoros variados, imitando a la jungla, propios para camuflar el paso de los convoyes nocturnos por la ruta Hó-Chi-Minh.

Estas sutilezas asiáticas cobraban la singular forma de un juego idealizadas en el bungalow que Thu ocupaba en Tailandia y lo animaban a menudo risas infantiles. Llamaba al aya, tan pronto salía del cuarto de baño.

—Thi Hai, ¿me has dicho que los niños se han portado bien hoy?

—Muy bien, señora.

—Hay que premiarles. Vamos a jugar todos juntos. Les acostarás un poco más tarde,

—Bien, señora.

Thu aguzaba el oído y percibía un tumulto de alegres exclamaciones en su dormitorio, seguido de unas pisadas de pies descalzos sobre el parquet. Abría los brazos para que John y la pequeña Thu, ya en pijama, pudiesen echarse en ellos.

—Tú serás el general Bishop —le decía a John—. Yo soy vuestra Tía Ngha. Thi Hai, tú también juegas, vas a ser mi secretaria, Van.

—No podré, señora —protestaba el aya riendo.

—Es muy fácil. No tienes más que ponerte mis grandes gafas de sol.

—¿Y yo? —preguntaba la pequeña Thu.

—Te he reservado el papel más divertido. Serás un oído de jungla.

—¿Qué tengo que hacer?

—Lo sabes perfectamente. Te escondes e imitas el ruido del motor de los camiones.

John protestaba, para que no se dijera, quejándose de tener que representar siempre el papel de un enemigo tonto, pero acababa por resignarse y, sentado gravemente en una mesa, hacía ademán de pulsar varios botones, mientras la pequeña Thu, escondida bajo la cama, inflaba los carrillos para imitar el ruido de los motores. El juego terminaba en una explosión de risas y de alocados abrazos.

Así ocurría casi cada día, un poco antes de la cena, salvo cuando los «B 52» de la base cercana despegaban. Aquellas noches, el estruendo inhumano disipaba la atmósfera sobrenatural del bungalow, lanzaba las imágenes a un mundo que el espíritu de Thu no las podía seguir, dejándola desamparada, con el semblante envejecido por un rictus de consternación en la soledad de la desierta vivienda.

Las meditaciones de los sabios y el ingenio aplicado de todo un pueblo corrieron diversas suertes, pero a menudo fueron coronadas de éxito. En la alta región, por lo menos, la operación «arrozales» fue un logro total. Las superficies incendiadas se cubrieron muy pronto de un manto verde, y los observadores del cielo no podían distinguir la vegetación natural de los rays creados por la mano del hombre. Los jarai habían enseñado a los vietnamitas algunos de los mil medios evoca-

dos por Ami para camuflar el paddy y el espíritu inventivo de éstos imaginó pronto algunos más. Durante mucho tiempo, los americanos no se percataron de la valiosa cooperación que ellos aportaban al enemigo.

Conductores y soldados hallaron in situ buena parte de su abastecimiento esencial, lo cual significaba una economía de transporte considerable. A medida que los bombardeos aumentaron en intensidad, se hizo posible sembrar superficies más considerables y engrosar así los efectivos de las tropas del Sur.

Y todo ello, como repetía con frecuencia Ami en su choza solitaria encaramada en las alturas, donde emisarios de la señora Ngha la tenían al comente de la buena marcha de la operación, todo ello, gracias a la benevolencia del genio de la Tierra, gracias a la paciente reflexión de los hombres y gracias al napalm.

LA RUTA HÔ-CHI MINH

I

NO OBSTANTE, tras las bombas explosivas, que aportaban una apreciable contribución al avituallamiento, ya que facilitaban la caza en compensación de los graves daños que causaban a veces pese a una sabia manipulación de los oídos de jungla, tras los incendios con napalm, que permitían cosechar in situ y a bajo costo una cantidad importante de arroz y de mandioca, el enemigo comenzó a utilizar armas más terribles y más insidiosas.

A la larga, ya fuese informados por sus agentes, o porque los observadores aéreos hubiesen advertido anomalías en la vegetación que cubría las superficies quemadas, los servicios de información americanos acabaron por darse cuenta, o al menos sospechando que aquellas brechas en la jungla eran utilizadas de una manera sospechosa por el enemigo. Fue entonces cuando el Pentágono, alarmado, exigió un acrecentado esfuerzo de la investigación científica especializada, que dio como resultado la puesta a punto por los químicos de armas capaces no solamente de destruir a los seres vivos, animales y vegetales, sino también de matar el mismo suelo.

Esta forma de hacer la guerra llevaba el nombre de biológico Warfare. Las sustancias utilizadas tenían nombres sabios y bárbaros. Los Estados Mayores los bautizaban con sobrenombres tales como «agente azul» o «agente rojo» o «agente púrpura», términos que Thu pudo leer en una nota secreta que luego transmitió a la señora Ngha; pero por lo general eran conocidos por la gente con el nombre simple y púdico de defoliantes. De hecho, su acción no se limitaba a defoliar. Roían también los tallos, los troncos de árbol, y luego penetraban poco a poco en el suelo, atacando las raíces, destruyendo las fuentes mismas de la vida.

Allí donde caía la perniciosa lluvia, a veces muy fuerte, los árboles empezaban a perder rápidamente su follaje. Debajo de ellos, la hierba, la maleza, las plantas se marchitaban, como afectadas por una especie de lepra, y luego se desplomaban en restos informes sobre el suelo. Después los troncos más robustos eran roídos por una multitud de cánceres, sus raíces más profundas quedaban destruidas, de suerte que los gigantes de la jungla acababan a menudo abatidos por el monzón o por el topetazo de un elefante solitario extraviado por aquellos infernales lugares. Además, para apresurar el aniquilamiento, esta profanación del bosque y de la tierra iba seguida a menudo y tras un plazo prudente, por un pequeño bombardeo a base napalm y fósforo, dado el género del material que quedaba por consumir. Este proceso lo barría todo, dejando sólo cenizas, pero cenizas envenenadas, de las que nada resurgía; era un paisaje desolado donde toda vida vegetal resultaba imposible durante un período muy largo. Esta tierra muerta no podía, evidentemente, volver a producir arroz o mandioca.

Claro que el tráfico no quedaba interrumpido ni mucho menos en la pista. La jungla es grande. Pese a la potencia y magnitud de sus medios, el enemigo sólo podía abatir un débil porcentaje de ella, porcentaje que parecía inmenso cuando se recorría a pie o en un vehículo terrestre una de aquellas regiones devastadas, pero que debía de ser considerado ínfimo a los ojos de los observadores del cielo que contemplaban la cordillera anamítica desde gran altura. Siempre quedaban suficientes espacios cubiertos para disimular convoyes de armas y municiones.

Mientras tanto, ante esta nueva táctica, la perversa decisión del enemigo por anular los planes mejor estudiados, la señora Ngha se encolerizaba. Se reprochaba el no poder distinguir cómo «transformar esas malas cosas en buenas» conforme a la sencilla consigna lanzada por ella misma en la República democrática. Estaba mortificada y exasperada.

Van debía aguantar con frecuencia los efectos de este mal humor, sin embargo, cuando su jefe advertía una lágrima en

los ojos de su secretaria, tenía siempre una palabra o un gesto amable para ella, tras haberse reprochado a sí misma el haberse pasado de la raya y su mala fe.

Más tarde, cuando le preguntaron cómo se las había arreglado para encontrar una respuesta al angustioso reto de los defoliantes, cómo le inspiró el horror mismo del azote una de las más brillantes combinaciones de aquella guerra, la señora Ngha respondió modestamente que había sido la casualidad, casualidad ayudada por su preocupación de interesarse por todo, hasta por lo que no parecía tener una relación directa con la marcha de la guerra.

Declaraba también que este plan no se había concebido de repente, sino que la idea maestra apareció poco a poco, en pequeños atisbos, insignificantes al principio y que sólo había tenido el mérito de no dejar que estos imponderables se desvanecieran y de coordinarlos con paciencia. Fue Van, afirmó asimismo, la que dio el primer impulso, por lo cual ella le estaría agradecida eternamente.

La casualidad desempeñó un papel muy importante, sin que ella lo supiera, cerca de Hanoi, una noche en que estaba de un humor particularmente detestable por las malas noticias que afluían y en la que se había mostrado odiosa para con Van, hasta el punto de que ésta, no pudiendo aguantar más aquella atmósfera inamistosa, rompiera a sollozar. Ante aquella desolación, la señora Ngha sintió que el corazón se le deshacía. Se reprochó amargamente el abuso del que no tenía costumbre, se hizo una severa autocrítica, reconoció sus errores, abrazó a su secretaria, la llamó querida hermana y le pidió disculpas.

—Ahora, Van — le dijo—, vas a hacer un viaje. Es menester que me dejes una temporada. De tres semanas a un mes. Te echaré de menos, pero necesito estar sola para reflexionar y recobrar me. Es menester alguien seguro, para que vaya de inspección al Sur y, en particular, a Camboya. Me proponía mandar a Tuan, pero irás tú en su lugar. Conoces tan bien

como él la situación y eso te sentará bien. Es una misión de confianza, pero no muy difícil. Aprovéchala para distraerte y descansar. Te daré las instrucciones mañana, así como cartas de presentación. Quiero que hagas ese viaje de la forma más agradable posible y daré órdenes en consecuencia.

Así es como sabía compensar sus cambios de humor con delicadas atenciones. Van se secó las lágrimas y le dio las gracias efusivamente.

—Si puedes, cuando regreses, date una vuelta por la región alta y mira a ver cómo se portan nuestros montañeses. Hace mucho tiempo que no tengo noticias de Ami. Pregúntale lo que piensa de esas armas biológicas. Quizá tenga alguna idea. A menudo las tiene excelentes.

Encantada por aquella escapatoria, Van se fue algunos días después, recorrió la ruta Hó-Chi-Minh con diversos convoyes, recibida en todas las etapas con las atenciones debidas a una persona especialmente recomendada por la señora Ngha. Llegó sin tropiezos al Sur, penetró en Camboya, paseó sus gruesas gafas por dondequiera que hubiese algo interesante que ver y regresó por el mismo camino tras un mes de ausencia, llevando consigo un grueso cuaderno repleto de notas, y, ayudándose de ellas, redactó un voluminoso informe, durante los últimos días de su viaje, síntesis de todos los datos útiles para el servicio: estado de las tropas, moral, porcentaje de los convoyes que llegaban al Sur, eventualidad de un ataque enemigo en Camboya, etc.

La señora Ngha la recibió con los brazos abiertos, leyó el informe, la felicitó por la competencia con que había cumplido su misión, y luego empezó a hacerle un montón de preguntas accesorias sobre su viaje.

—En primer lugar, ¿has visto a Ami?

—La he visto. Me recibió como si yo fuese un gran jefe y le manda a usted muchos recuerdos. Pero a propósito del problema que nos preocupa, el biological Warfare, no pudo hacerme ninguna sugerencia.

—Lo sospechaba. Eso no es de su incumbencia.

—Es exactamente lo que ella dijo. Sus palabras, que recuerdo tal y como el intérprete me las tradujo, fueron: «Ami está muy triste por lo que pasa, pues los hombres voladores, al parecer, matan a la Tierra. Pero cuando la Tierra está muerta, el genio de la Tierra ya no está presente y Ami nada puede sin su ayuda.» Añadió: «Dile a la dama de Vietnam que a ella le toca encontrar y encontrará; Ami está segura de ello. Existen otros genios que los de los jarai: el genio de la Tierra muerta, justamente, vive en vuestro mundo, no en el mío. Ami está segura de que él inspirará sueños favorables a tu jefe.»

—¿Eso ha dicho? —articuló la señora Ngha, sin sonreírse en absoluto.

—Exactamente.

—Pues bien, confiemos en el Yang de la Tierra muerta... ¿Qué más has hecho? Te recomendé que te distrajeras.

—Lo he hecho. Antes de irme de Camboya me concedí un día de turismo.

—Hubieras debido tomarte dos o tres días. ¿Dónde estuviste?

—Con ayuda de cómplices, he podido visitar el templo de Angkor, que conocí hace tiempo, siendo aún una niña.

—Cuéntame.

La curiosidad de la señora Ngha era insaciable, hasta para sucesos de aquella índole.

—Por desgracia, no hay gran cosa que contar, de no ser que se halle en un triste estado.

—¿De veras? ¿Bombardeos?

—En absoluto. La jungla.

—¿La jungla?

—La jungla invade todo y causa cada día nuevos daños. Es una verdadera plaga.

—La jungla... una plaga —repitió la señora Ngha.

Había cambiado de tono. Esta insignificante frase llamaba su atención de una manera sorprendente. ¿Por qué? No lo sabía. Pero le parecía además que Van había pronunciado estas palabras con intención, como si ella, humilde colaboradora, les atribuyera instintivamente una cierta importancia que no podía percibir con claridad, pero que sometía a su superior con la esperanza de que ésta pudiera hacerlo.

Entre las múltiples cualidades que habían hecho que la señora Ngha escogiese a Van como secretaria y confidente, existía una que ésta apreciaba particularmente: algunas de sus observaciones eran generadoras de ideas, a menudo fructíferas. No era explícita casi nunca con estas ideas, dejándolo al cuidado de su jefe. ¿Era totalmente inconsciente del partido que ésta conseguía sacar de ellas a veces? ¿O bien ocultaba una inteligencia superior detrás de aquellas gafas, frenada por una modestia y una timidez excepcionales? La señora Ngha se lo había preguntado a sí misma con frecuencia, sin poder responderse con certeza.

Fuese Van consciente o no de las posibles promesas de su frasecita: «la jungla es una verdadera plaga», la señora Ngha le pidió que relatase detalladamente su visita al templo y escuchó cada uno de los pormenores, con el semblante contraído por la atención.

—El bonzo que me hacía de guía no paraba de lamentarse. «No podemos hacerle nada — me dijo—, somos únicamente tres personas las que ahora habitamos esta ruina y nos ocupamos de su conservación. Tendríamos que ser trescientos para poder con la jungla, o tener un material que no poseemos. La jungla se come poco a poco todas las piedras. Es un azote peor que la lepra. Cada liana vuelve a brotar al cabo de una semana de ser arrancada. Cada raíz desenterrada resucita con más vigor.»

—Verdaderamente — murmuró la señora Ngha, meditabunda—, verdaderamente, para ese concienzudo guardián la jungla es un azote peor que la lepra.

—No puede sorprender cuando, como yo, se ha visto la ruina de esas maravillas. Si al final de la guerra quedan aún vestigios de ellas, costará a Camboya sumas enormes el restaurarlas.

—Sumas enormes — asintió la señora Ngha con el mismo tono distante—, sumas enormes para desembarazarse de la jungla...

El extraño resplandor que iluminaba su mirada se apagó. Impasible de nuevo, hizo desviar la conversación, como solía hacer a veces cuando no deseaba revelar sus secretos pensamientos.

—La guerra es en verdad una cosa horrenda — dijo.

Van asintió sin reservas.

—Destrucciones por un lado. Despilfarro por otro... cuando el dinero es tan precioso.

Van volvió a asentir, mirando a su jefe con expresión curiosa.

—También nosotros deberemos gastar sumas enormes en reconstruir, cuando haya vuelto la paz... No solamente reconstruir, sino edificar un país nuevo, Van. Crear, sobre nuestras ruinas, un Vietnam unido y lleno de esplendor, era la idea maestra de nuestro Tío Hó. Era el porvenir en que pensaba a cada instante, como debemos hacer todos, en el futuro, en el progreso, en nuestra evolución, en una nación moderna, ¿no lo crees así, Van?

—Así lo creo — dijo la joven secretaria mirándola fijamente con mayor curiosidad que antes.

—Es también el parecer de nuestro Presidente. Ha convocado para la semana entrante una reunión a la cual estoy invitada y donde no se tratará sino de ese futuro. Ha pedido a cada uno de los participantes que reflexionen y le faciliten proposiciones, pues la guerra no durará siempre, y debemos estar preparados. Deseo que el cielo me inspire ideas interesantes esta semana, Van.

Hablaba con una vehemencia que sólo manifestaba en escasas circunstancias, por ejemplo cuando vislumbraba la posibi-

lidad de una solución elegante y sutil a un problema erizado de dificultades. Van le dirigió, extrañada, una última mirada; luego bajó modestamente los ojos y dijo;

—Estoy persuadida de que el cielo la inspirará a usted, señora..., el cielo, o bien, como decía Ami, ciertos genios en los cuales ella cree, pero que no frecuentan el mundo jarai..., por ejemplo, el genio de la Tierra muerta, como ella lo llama.

La señora Ngha no protestó, y sonrió.

II

EL TÍO había muerto. En su aldea, su casa natal era piadosamente cuidada por una nube de sobrinos y sobrinas. En las altas esferas, el nuevo Presidente continuaba la política de su antecesor y se esforzaba en llevar a buen término algunos de sus proyectos.

La unificación del Norte y el Sur, esperada desde hacía siglos, y sin la cual el Tío sentía que nada de grande podía hacerse en Vietnam, figuraba en primer término de la problemática actual. Habría que esperar al final de la guerra para verla realizada, pero, previendo que ésta quizás acabaría antes de lo que se pensaba, el Presidente estaba preocupado por preparar al país de cara a las nuevas exigencias de esta unidad y acelerar el plan de la futura puesta en marcha de un Vietnam regenerado. Hacía ya varios meses que se adoptaban diferentes medidas en este sentido.

La primera era la creación de un Ministerio de la construcción, al frente del cual pusieron a uno de los ingenieros más competentes de la República, uno del que las autoridades apreciaban no sólo su ciencia, sino su alteza de miras y espíritu de progreso. Kim, que procedía de una gran escuela de Occidente y había trabajado numerosos años en los Estados Unidos antes de regresar a su país, participando allí en gigantescas realizaciones en materia de obras públicas, estaba mejor cua-

lificado que nadie para aquel puesto. Se aplicó a su tarea, armado de los mejores conocimientos técnicos, de su experiencia y, además, con el entusiasmo que procura la perspectiva de la creación, en un país donde casi todo estaba por hacer. Desgraciadamente, su tarea estaba erizada de dificultades.

Expuso algunas de ellas a la señora Ngha, quien fue a visitarlo pocos días antes de la conferencia prevista por el Presidente para discutir justamente esas cuestiones. Apreciaba mucho al ministro Kim y, como hacía días que llevaba en la cabeza un proyecto con puntos de vista personales en materia de obras públicas, tenía interés en compararlos con los suyos.

—Siempre pueden hacerse proyectos —dijo Kim, que parecía descorazonado—. Creo que los he hecho buenos; en todo caso, grandes. No es imaginación lo que me falta y tengo especialistas a mi servicio tan competentes como los mejores de los países occidentales. Someteré esos planes a la reunión. Pero desgraciadamente, temo que no sean aceptados.

—¿Por qué?

—El dinero. Para realizar lo que me gustaría hacer en este país, vías de comunicación, instalaciones eléctricas, nuevas ciudades, necesitaríamos sumas colosales, que no encontraremos después de la guerra.

—Veo — interrumpió la señora Ngha — que sitúa usted las vías de comunicación en primer lugar.

—Es esencial. Se trata del primer paso que debemos dar si queremos ser un país moderno...

Le explicó el porqué. Ella se alegró de ver que las concepciones del ministro correspondían maravillosamente con las suyas en este punto. Pero el problema financiero no se le antojaba carente de solución.

—En otros países se han conseguido realizaciones grandiosas, incluso a partir de la nada.

—A partir de la nada, Ngha, eso es —exclamó Kim—. Veo lo que quiere usted decir. Países desérticos. ¿No comprende

que ése es el sueño para un constructor? ¡Ojalá nuestro Vietnam fuese un desierto! Nuestro mayor enemigo, aquí, es la jungla.

Ella se estremeció. Aquel arranque concordaba tanto con el curso de sus pensamientos que no estuvo lejos de ver en ello una milagrosa coincidencia. La idea comenzaba a tomar una forma concreta en su mente; mientras, Kim proseguía:

—¡El setenta por ciento de nuestro suelo está cubierto de jungla, Ngha! Es un handicap terrible para un país moderno. Para edificar una ciudad, una fábrica, trazar una carretera, todo ello en las regiones en que sea necesario para lograr un desarrollo armónico... nos saldrá más caro quitamos el estorbo de la jungla que la construcción en sí. Y deberemos prever además considerables gastos de conservación cada año para mantenerla limpia de jungla.

—Explíqueme con calma sus problemas, Kim —dijo ella—. No entiendo gran cosa de obras públicas, pero a veces intuyo cosas, y no es imposible que pueda echarle a usted una mano. Sabe usted además que el Presidente escucha a veces mis opiniones y las tiene en cuenta.

Kim no quería otra cosa. Sabía que el apoyo de la señora Ngha era la mejor garantía de éxito.

—Cómo ha podido ver usted, el elemento más urgente son las vías de comunicación. Ahí es donde debemos volcar nuestro esfuerzo, tan pronto haya vuelto la paz. Pues bien...

—Es exactamente mi parecer —interrumpió la señora Ngha.

—Pienso también que el problema de las comunicaciones deberá ser el primero que abordemos —dijo, tras haber bebido un sorbo de té—. Nuestro camarada Kim acaba de darnos razones técnicas de ello que me parecen irrefutables. Yo me permitiría añadirlas a...

La conferencia agrupaba a algunos de los más altos 9 — 3184 personajes de la República y del partido en tomo al Presidente, con dos representantes del Gobierno provisional del Sur. Los militares estaban excluidos (se trataba de construcción),

con excepción, por supuesto, de la señora Ngha, cuyas actividades se extendían en todos los terrenos, civiles y militares. El Presidente los había acogido con cordialidad, y tuvo una frase amable para cada uno. Hizo servir el té. Y luego, tras cambiar algunos cumplidos, expuso brevemente el objeto de la reunión, que era definir un programa de construcción y de desarrollo para el país. Concedió la palabra en primer lugar al ministro Kim.

Éste describió su proyecto a grandes rasgos, recalcando que lo había trazado con la preocupación constante de valorar el conjunto del territorio y no ya algunas regiones privilegiadas. Concluyó su exposición cargando el acento sobre la urgencia de vías de comunicación adecuadas, cuya armazón se apoyaría en un gran eje de carreteras que cruzarían la cordillera anamítica de Norte a Sur. Era su convicción íntima y, a resultas de varias conversaciones con la señora Ngha, ambos habían decidido abogar en este sentido, respaldándose mutuamente si era necesario.

El Presidente meneó la cabeza con aire pensativo y pidió sucesivamente el parecer de las personalidades presentes. Todos aprobaron el sentido que Kim había dado a su labor, únicamente el ministro de Hacienda parecía hacer reservas, pero declaró que las formularía más adelante, cuando conociera mejor ciertos elementos del proyecto.

Cuando le tocó el turno, la señora Ngha habló un poco más extensamente que los demás.

—A las excelentes razones técnicas que acaba de darnos nuestro camarada Kim — dijo —, me parece que cabe añadir otras, de un orden diferente, pero tal vez igualmente importantes. En primer lugar, el gran eje norte-sur que acaba de sernos descrito aparecerá como el símbolo de la unificación.

—¿Acaso no tenemos la antigua ruta, antaño llamada mandarina? —objetó el ministro de Hacienda—. Podría ser ensanchada y remozada con bastante menos gastos que vuestra autopista de montaña.

—Desde luego — respondió Kim—, pero será netamente insuficiente para nuestro desarrollo.

—El conformamos con una carretera construida por colonialistas y para colonialistas, sería una política corta y mala al mismo tiempo desde el punto de vista psicológico — prosiguió la señora Ngha—. No comunica sino las regiones privilegiadas de la llanura. ¿Acaso no nos proponemos crear un nuevo Vietnam?

Al notar un gesto de asentimiento del Presidente, prosiguió:

—Además, y sobre todo, no queremos que se mantenga en el aislamiento la población de las montañas, demasiado tiempo menospreciada y que ahora está con nosotros. Es nuestro deber hacer que disfrute del impulso que seguirá a la victoria y pondremos en ello nuestro interés. Para ellos, daremos facilidades y crearemos ocupaciones nuevas. Entre ellos, entre nosotros, pues no habrá ya más que un solo Vietnam, podremos edificar estaciones de verano para las gentes de la llanura, centros de atracción para los extranjeros, que la curiosidad traerá a esa cordillera de la que habla el mundo entero. Tan pronto acabe la guerra, podéis estar seguros de que veremos afluir a los turistas. No tendremos necesidad de hacer propaganda. La leyenda de la ruta Hó-Chi-Minh bastará. La caza mayor atraerá también aficionados a esas montañas donde existen gran abundancia de piezas. Todo ello compensará a la larga, pero a condición de que podamos presentar carreteras y ferrocarriles decorosos. En conclusión, me parece que ese eje norte-sur que comunica Hanoi con Saigón a través de la montaña debe ser nuestra primera realización.

Con su convicción y su elocuencia se estaba ganando a la asamblea. Todos parecían encantados por aquella visión del futuro. Lanzó una mirada a Kim, el cual comprendió que le correspondía a él abundar en su parecer.

—Nuestra camarada Ngha —dijo— ha explicado mejor que yo las múltiples razones que me impulsan a recomendar este programa. Pero el conjunto lo veréis mejor en este mapa.

Cogió un largo rollo de papel que había dejado en un rincón al llegar y pidió permiso al Presidente para colgarlo en la pared del fondo, lo cual hizo, tras haberse subido a una silla. Las miradas convergieron sobre un mapa a escala muy grande de Indochina, donde rasgos multicolores trazaban largos surcos.

—He aquí la futura carretera, la carretera del nuevo Vietnam — dijo Kim, bajándose de la silla.

Había mandado establecer aquel mapa, en el cual figuraba lo esencial de los proyectos parciales, de manera que destacasen bien las grandes vías de comunicación, a petición de la señora Ngha, quien se interesaba mucho en aquel trazado, sugiriendo a veces modificar algún detalle. Kim y sus ingenieros siempre escuchaban sus sugerencias con respeto y las seguían cuando ello era posible.

El resultado era un conjunto impresionante, propio para impresionar la mente y dejar que volase la imaginación. Todos quedaron prendidos y emocionados. Sin darle tiempo a recordarse, Kim cogió un puntero de bambú y comentó los grandes rasgos del plan, designando los puntos principales.

—Esto es la gran autopista norte-sur, la arteria maestra de nuestro Vietnam, de la que saldrán vías secundarias que nos unirán a Tailandia a través de Laos, a Birmania, a nuestros amigos chinos y, por otra parte, hacia el Este a nuestro puentes reconstruidos.

Una raya escarlata, de un centímetro de grueso, materializaba aquella autopista gigante que partía de Hanoi, abordaba la cordillera anamita un poco más abajo, cruzaba toda la región alta, siguiendo muy de cerca la frontera laosiana, luego la de Camboya, para llegar finalmente a la llanura y a Saigón tras haber atravesado de Norte a Sur la península indochina.

—La raya azul paralela a la primera — continuó Kim — es la vía férrea, que cubriría igualmente la región alta. En cuanto al trazo verde...

Era el trazado de una línea de alta tensión, que aportaría la energía al interior del país.

—Como veis, el trazado azul y el verde siguen la autopista en una gran parte del recorrido. Lo hemos querido así cada vez que el terreno se presta a ello, pues nuestro estudio demuestra que se trata de la solución más económica. Aunque el ferrocarril y la línea eléctrica no hayan de ser construidos hasta más tarde, resultará menos caro desbrozar desde el principio una sola faja de jungla bastante ancha para las tres vías que hacer tres penetraciones diferentes de dimensiones inferiores. Puedo aseguraros que este capítulo de la economía nunca ha sido perdido de vista, ni por mis colaboradores ni por mí...

El ministro de Hacienda hizo en este instante un gesto como para pedir la palabra. La señora Ngha se le adelantó.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo—. Pero he de excusarme. Eso no es de mi incumbencia. Al camarada Presidente, a toda la asamblea y al pueblo, les tocará decidir.

—Háganos saber su idea —insistió el Presidente.

—Pues bien, he pensado que podríamos ya dar un nombre a esa hermosa creación de nuestro camarada Kim. En recuerdo de la famosa pista, ¿qué os parecería «La carretera Ho-Chi-Minh»?

Esta proposición fue acogida con entusiasmo, pero algunos consejeros se pusieron a reflexionar.

—¿La carretera? —dijo uno de ellos—. Es bastante más que una carretera. ¿Quizá «La autopista Hó-Chi— Minh»?

A la señora Ngha le era indiferente; desde el momento en que el venerado nombre quedaba recordado y ligado a la realización del proyecto, estaba segura de que éste no sería rechazado. Hubo un silencio que el propio Presidente rompió de pronto.

—¡«La Ruta Hó-Chi-Minh»! —exclamó—. Eso es. En primer lugar, no es una carretera de tierra. Además, «La Ruta», simboliza toda la existencia de nuestro querido desaparecido. «La Ruta Hó-Chi-Minh», así es como propongo bautizar ese gran complejo.

—«La Ruta Hó-Chi-Minh» —repitieron todos con veneración.

La denominación quedaba adoptada. La señora Ngha y Kim volvieron a cruzar una mirada de complicidad, seguros de su victoria, pese a las objeciones que el ministro de Hacienda pidió permiso para presentar.

—¿Se ha establecido un presupuesto? —preguntó éste.

Kim pareció hallarse en un apuro y presentó excusas de antemano.

—Un presupuesto aproximado, sujeto a muchas modificaciones. La cifra del mismo es muy elevada. Mucho más de lo que resultaría en un país de Occidente. Allí, la Naturaleza está sometida, amarrada, desde hace mucho tiempo. Las nuevas vías de comunicación no tienen más que atravesar campos, pastos o algunas zonas de bosque en nada comparable con el nuestro. Aquí, la selva virgen cubre las montañas, hunde en el suelo raíces milenarias que deberemos extirpar hasta la última antes de iniciar el desmonte. Esto, sobre todo, costará muy caro.

—¿Cuánto? —preguntó el Presidente.

Tras una vacilación, Kim mencionó una cifra enorme, provisional sin duda, pero que desgraciadamente había de considerarse como mínima. El Presidente lanzó un suspiro. En un profundo silencio, el ministro de Hacienda, consternado a su vez, declaró que su conciencia le imponía tener por irrealizable aquel proyecto, al menos hasta que hubiese pasado bastante tiempo desde el fin de la guerra. Los recursos de que dispondría Vietnam, aun con una ayuda considerable de los países amigos, no permitirían contemplar más que una pequeña parte de las obras. Sus palabras hicieron el efecto de una ducha fría y un melancólico abatimiento sucedió al entusiasmo.

Kim lanzó entonces una mirada implorante a la señora Ngha, y el Presidente, perplejo, se volvió también hacia ella para preguntarle su opinión, como solía hacerlo sobre puntos delicados. Ésta tomó otro sorbo de té y declaró:

—Pienso que el proyecto de nuestro camarada Kim es perfecto. Por otra parte, no podemos poner en duda la prudencia de

nuestro camarada de Hacienda cuando lo encuentra demasiado caro para nosotros.

—¿Entonces? —preguntó el Presidente, decepcionado.

—Entonces, reflexionando sobre el aspecto del problema, en las circunstancias actuales, quizá podríamos imaginar un medio de realizar el mismo plan, pero en condiciones más económicas.

—¿Kim lo cree posible?

No con los medios de que disponemos

—¿Entonces? —repitió.

—He de dejar otra vez la palabra a la señora Ngha — dijo el ministro, sonriendo e inclinándose hacia ella—. Por lo que me ha dejado entrever, tiene medios materiales que no poseo yo y recursos espirituales que sobrepasan en mucho a los de los ingenieros.

III

EL DÍA transcurría por lo general sin alarma, en el centro de Tailandia. Muy rara vez algún oído de jungla emitía una señal. Los convoyes circulaban únicamente de noche; los animales y los insectos de la jungla dormían, amodorrados por el calor. Ante aquel triste silencio, hasta al mismo personal de escucha le costaba lo suyo no abandonarse al sueño.

El general Bishop aprovechaba esta calma para escribir un informe sobre los últimos resultados obtenidos. Thu estaba en su mesa, tecleando una nota de servicio. Ambos se estremecieron cuando, a aquella hora insólita, entró precipitadamente el coronel Shaw.

—¿Camiones?

—Mejor que eso, Sir. Una conversación, en vietnamita y de una nitidez increíble.

—Ya sabía yo que algún día tendríamos esa suerte — exclamó el general—. Póngame la comunicación enseguida. Escuche, Thu.

El sonido fue transmitido inmediatamente por el altavoz al tiempo que la conversación era grabada en cinta magnetofónica para futura referencia. Thu, mientras tanto, comenzó a traducir, con la frente arrugada por la atención. I.B.M. 360.65.S. había entrado en el circuito. Un punto rojo en la pantalla iluminada indicaba la posición del emisor: al norte del paralelo diecisiete, cerca de la frontera de Laos, una región muy sospechosa para los servicios de informaciones americanos, y donde una tupida red de oídos de jungla había sido lanzada las semanas anteriores.

—Tengo el espinazo roto, camarada —tradujo Thu—. Toda la noche, con mi equipo, hemos almacenado cajas. Cajas y más cajas de municiones.

—Conozco eso, camarada. Nosotros lo estuvimos haciendo durante cuatro noches seguidas el mes pasado. El gran subterráneo estaba ya medio lleno...

—El subterráneo —interrumpió rápidamente el general—. Ya sabía yo que en esa región había...

Disculpándose con un gesto, Thu le cortó la palabra para no perder el hilo.

—Ahora lo está en más de tres cuartos, y la mayor parte de las grutas están repletas a reventar...

—Grutas... Estaba seguro de ello —volvió a intercalar el general.

—Ya no queda más que un poco de sitio en la doce, pero...

Aquí, la voz se apagó bruscamente. Thu calló. El general Bishop lo aprovechó para resumir.

—Es una conversación entre dos soldados, y eso aclara un punto importante. Sospechábamos que había stocks profundamente enterrados en esa región. Ahora estamos seguros de ello y conocemos el lugar exacto..., precisamente la cota 873 —añadió inclinándose sobre la pantalla.

Calló, pues el diálogo se reanudaba, pero el tono ya no era el mismo. Los dos hombres conversaban ahora casi en voz baja, y Shaw tuvo que proceder a un hábil ajuste para hacer audibles las palabras. Lo consiguió, y Thu prosiguió traduciendo:

—Es el propio general Hoan ese que viene ahí. Ha llegado esta mañana para inspeccionar el centro.

—¡Hoan! —exclamó el general Bishop—. Es el encargado del transporte...

—¿Y quiénes son los otros dos que le acompañan?

—Un hombre y una mujer. No los conozco... A la mujer, al menos; pero el hombre es también un general, un gran general... ¡No, no es verdad, camarada!

—Te digo que es él. Estoy seguro.

—¡Giap, no es posible!

El soldado volvió a bajar el tono, hasta el punto de que Thu hubo de hacer bocina con la mano en su oreja.

—¡Giap! ¡No es posible!

Era el general Bishop, que gritaba con acento de triunfo. Thu le imploró con la mirada que se callase. El primer soldado proseguía con el mismo tono de confianza.

—Te digo que es él. Y también conozco a la mujer. Es la señora Ngha.

—¡La señora Ngha! —exclamaron a un tiempo el segundo soldado y el general Bishop, aquél en voz baja, a unos cientos de kilómetros, éste a voz en cuello en su despacho.

—Es ella, estoy seguro. Ya la había visto. Era el brazo derecho del Tío. Sigue siendo el consejero más influyente del Presidente.

—¡La señora Ngha! —repitió el general, a quien la sorpresa y la emoción le hacían perder ahora el aliento.

El nombre de la señora Ngha no le era desconocido. Los servicios de información no sabían gran cosa acerca de ella, pero figuraba entre las personalidades misteriosas más importantes de Vietnam.

—Vienen en esta dirección —murmuró uno de los soldados.

—Será mejor que no nos encuentren aquí. Estamos de descanso, es cierto, pero podrían creer que tratamos de escucharlos.

Callaron las voces y no se oyó más que la hojarasca? que crujía bajo unos pasos.

—¡Dios mío! —exclamó el general, dirigiendo al cielo? un ruego apasionado—. ¡Dios mío!, haced un milagro., ¡Haced que se detengan junto al sensor y que oigamos su conversación!

Cerca de la cota 873, los dos agentes del servicio secreto, que vestían uniforme de soldado por meterse mejor en la piel de los personajes, callaron a una señal imperiosa del doctor Wang. La escena que se representaba allí era de una importancia tal que el sabio había querido dirigirla personalmente, no dejando esta responsabilidad a ninguno de sus ayudantes. Aislado en una jaula de cristal montada la misma mañana en aquel rincón de bosque desierto, el chino regulaba el registro en directo y la emisión simultánea de un oído de jungla, manipulando previamente con arte y discreción. A otra señal suya, siguiendo un guión establecido de antemano y repetidas veces ensayado, los agentes se levantaron y se alejaron despacio.

Un trío, compuesto por el general Hoan, la señora Ngha y Giap, pues era en efecto él, escuchaba en silencio a alguna distancia. En su jaula, el doctor Wang pulsó varios botones y su voz resonó en la jungla, extrañamente deformada por el altavoz.

—Podemos hablar — dijo—. He puesto el sensor fuera de circuito. Es necesario daros tiempo para que os acerquéis. Creo que ha salido bien.

—Perfecto —aprobó la señora Ngha.

—Ahora os toca a vosotros. Colocaos, por favor. Ocuparon aproximadamente el sitio de los soldados, cerca del oído de jungla.

—¿Queréis hacer una prueba de voz? —preguntó amablemente el doctor Wang.

—¡Dios está con nosotros! —farfulló el general Bishop.

Estaba sobrecogido, casi derrumbado por un violento arrebatado de agradecimiento hacia el cielo, que le gratificaba con un regalo tan milagroso. Le temblaba todo el cuerpo y sus manos se retorcían por efecto de la emoción. El coronel Shaw era más dueño de sí, pero también estaba maravillado por el milagro de una técnica que permitía oír en directo la conversación confidencial de los mayores jefes enemigos. Thu no había perdido la calma, pero parecía profundamente interesada, ahora que estaba traduciendo las palabras henchidas de una serena autoridad del generalísimo.

—General Hoan —decía Giap—, habrá que ahondar y habilitar tres grutas más. Quiero que tengan la misma capacidad que las doce anteriores. Esperamos más material las próximas semanas.

—Lo haré —respondió Hoan—. Tengo suficiente cemento para ello. Pero, ¿puedo permitirme una observación? Ya tenemos stocks considerables aquí. ¿No será imprudente almacenar también una proporción importante de nuestro material y de nuestras municiones de reserva? Un proverbio de Occidente dice: «No pongáis todos los huevos en el mismo cesto.»

Entonces fue la voz dulcemente cantarina de la señora Ngha la que resonó en aquel santuario de la intelligence americana. El general Bishop no pudo reprimir un escalofrío de voluptuosidad. Thu se estremeció levemente y tuvo una sonrisa imperceptible antes de traducir así:

—En respuesta a ese proverbio, general Hoan, un sabio del Nuevo Mundo (existían todavía algunos el siglo pasado) ha replicado así: «Meted todos los huevos en el mismo cesto y vigilad el cesto.»

—¡Mark Twain! —exclamó atolondradamente el coronel Shaw, feliz de demostrar que de vez en cuando leía alguna obra literaria.

Su general le impuso silencio con mirada furibunda.

—Aquí están más seguras nuestras reservas —decía Giap—. Estas grutas, bajo diez metros de roca y tres de hormigón, están a resguardo de los más violentos bombardeos. Ninguno de nuestros almacenes ofrece tantas garantías como éste.

—¿Ni los de Datum y de Chau? —preguntó la dulce voz de la señora Ngha—. Tenemos en ellos bastante material...

—Y tiemblo al pensar que el enemigo los descubra algún día, pues, entre nosotros (aquí Giap bajó la voz), son muy vulnerables...

—¡Datum y Chau! ¡Anote, anote, anote! —aulló el general Bishop. Tan grande era su júbilo, que perdía la cabeza, olvidando que aquellos datos inapreciables eran registrados y no corrían el riesgo de perderse.

El general Hoan tenía los ojos clavados en la señora Ngha. Ésta le hizo signo de que le tocaba decir a él su parte. Estaba visiblemente nervioso y una gota de sudor le brotaba a veces de la frente. No estaba acostumbrado a hablar en directo delante de un micro, y menos aún delante de un oído de jungla, y sentía el desasosiego de los principiantes hasta el punto de que a veces quedaba paralizado. Hizo falta la mirada penetrante e imperiosa de sus dos compañeros (la de la señora Ngha expresó repentinamente una fría ferocidad) para que no perdiese su turno.

—No pensaba en los bombardeos —dijo—. Sé muy bien que nuestras grutas y nuestros subterráneos son invulnerables desde ese punto de vista, pero temía...

—¿Qué es lo que temía usted?

Tropezaba a veces, pese a la hoja de papel prendida sobre una tabla delante de él, donde estaban anotadas todas sus respuestas. La señora Ngha había aceptado de mala gana que él recurriese a un texto escrito, temerosa de que un bache en su memoria o alguna plancha aún más peligrosa pudiera poner en guardia al enemigo. En cuanto a Giap, se desenvol-

vía con una naturalidad perfecta. Cuando Hoan flaqueaba, la señora Ngha lo inducía a hablar, al igual que un comediante fogueado, ducho en todas las triquiñuelas de la profesión, salva a un principiante que titubea. Había decidido incorporar al jefe de transportes en su guión, pese al poco talento que tenía para este ejercicio y Giap estaba de acuerdo: un simple diálogo entre ella y el generalísimo no habría permitido que surgiesen con naturalidad ciertas observaciones, ciertas precisiones, que por el contrario se imponían en presencia de un subalterno, el cual, al fin y al cabo, no estaba enteramente al corriente de la totalidad de la situación. Además, creía, con razón, que los titubeos de Hoan podían ser cargados a cuenta de su emoción al conversar con dos de los más importantes personajes de Vietnam.

—Temía —continuó Hoan, con un poco más de aplomo — que el enemigo acabase informándose sobre la enormidad de esos stocks, así como sobre la inutilidad de los bombardeos aéreos, y que entonces se decidiese a llevar a cabo un ataque por tierra.

—Puede estar usted seguro — dijo la señora Ngha.

Thu traducía a la perfección todos los matices de la conversación, aplicándose y pareciendo deleitarse en expresar la auto-ridad de Giap, la turbación de Hoan y ahora, un matiz de ironía bastante desdeñosa de la señora Ngha.

—Puede estar usted seguro de que el general en jefe ha cuidado de todas las eventualidades y de ésta en particular.

Aquí, Giap soltó una risita sarcástica, que Thu, arrastrada por el ritmo del diálogo, reprodujo con el mismo desprecio que había en ella dirigido a la ingenuidad del jefe de transportes.

—Tranquilícese —dijo en tono condescendiente—. Mi Estado Mayor y yo mismo, liemos pensado en la eventualidad de ser atacados por tropas terrestres y la señora Ngha, que siempre está, como sabe usted perfectamente, muy bien informada, no lo considera en absoluto como imposible. Si ello se produjera, y casi deseamos que así sea, sepa usted que lo mejor de nuestras tropas está preparado para atravesar el puerto de

Mu-Mok y hacer frente al invasor, defender nuestros stocks e infligir pérdidas terribles al enemigo...

—¡El puerto de Mu-Mok, anote, anote! —volvió a gritar el general Bishop.

—Comprendo —dijo el general Hoan—. Voy a hacer que empiecen hoy mismo los trabajos para las nuevas grutas.

Al fondo, en la jaula de cristal, el doctor Wang alzó el brazo. Los tres personajes callaron y se alejaron del oído de jungla, haciendo crujir levemente la hierba al igual que los soldados.

IV

—SHAW — rugió el general—, póngame enseguida con el Gran Cuartel General por mi línea especial. Ha de ser informado inmediatamente... Datos de un valor inestimable, que pueden cambiar la fisonomía de la guerra, si en las altas esferas los saben explotar. Creo que no tengo necesidad de pedirle encarecidamente el secreto más absoluto... Thu, haga que le entreguen las cintas magnetofónicas. Quiero una traducción completa de toda la conversación, sin exceptuar ninguna palabra. ¿Puede traérmela esta noche?

—Ciertamente, Sir.

—En cuanto a usted, Shaw, le felicito. Usted y sus ayudantes se han apuntado un buen tanto. Eso ha sido un golpe maestro.

—Nos ha ayudado la suerte, Sir —dijo el coronel con modestia—. Hay que reconocerlo.

—Lo reconozco, una suerte inaudita. Pero también es necesaria una técnica irreprochable para que se pueda sacar provecho de la suerte. Es lo que ha ocurrido. Haga saber a todo el personal que estoy muy satisfecho y orgulloso de él.

Shaw se inclinó y fue a transmitir las felicitaciones, en particular al técnico que había captado la preciosa conversación.

Esto hizo que los demás lo emulasen aumentando el celo, lo cual se vio recompensado. Algunas horas más tarde, cuando anochecía, el coronel pudo notificar además que se habían descubierto varios camiones. El general escuchó los ruidos, miró la pantalla luminosa y dedujo que un largo convoy se dirigía justamente hacia la famosa cota 873. Pero no llevó más allá las operaciones. Entretanto, había hablado con las autoridades, y recibido instrucciones precisas para actuar ante una nueva situación de la misma índole.

—Shaw, es evidente que llenarán sus subterráneos y sus grutas. Hay que dejarles hacer. No volverá a bombardearse en esa región durante algún tiempo. Orden del Alto Mando. No puedo decirle mucho más. Secreto absoluto. Sencillamente, les preparamos un gran golpe, un golpe decisivo. Que ello no le incite a descuidar la escucha. Jamás ha sido tan valiosa.

Thu le entregó la traducción que había acabado en aquel momento. El general se apoderó de ella y despidió a la joven ordenándole que no apareciese de nuevo en el despacho aquella noche. Ya no la necesitaba. Había trabajado todo el día y se merecía un buen descanso. En cuanto a él, no se concedía ningún momento de asueto y, tras haberse hecho traer un bocadillo, empezó a redactar un informe para el G.C.G., en el cual reproducía las conversaciones, acompañándolas de extensos comentarios.

Thu llegó a su bungalow de noche cerrada, con el rostro des-acostumbradamente animado, hablando sola en voz baja, caminando con paso rápido, a veces casi corriendo, con enormes deseos de dar parte de un mensaje a sus seres queridos.

—¡Thi Hai!

Había llegado jadeando un poco y hablando a media voz, dudaban entre despertar a los niños, si ya dormían, para comunicar aquella misma noche la buena noticia, o no hacerlo.

—¿Señora?

—¿Duermen John y Thu?

Había decidido hacía algún tiempo que la pequeña Thu dormiría todas las noches en la habitación de John, mucho más confortable que la cabaña de sus padres. La chiquilla era frágil y no le sentaría bien dormir en una estera bajo techo de paja.

La Thi Hai fantasma la tranquilizó:

—Les he acostado pero todavía no duermen, señora. Les he oído cuchichear y reírse hace un instante.

—¡Me alegro! Tengo que decirles... Ven también, Thi Hai, tienes que saberlo...

Corrió hacia el dormitorio, entreabrió el mosquitero, se inclinó sobre la cama e hizo como si besara fervientemente a ambos niños, abrazando con pasión el vado.

—Thu, ¿adivinas con quién he hablado esta tarde...? No lo adivinarías nunca. Tú tampoco, John... ¡Con Tía Ngha!

—¡La señora Ngha! —exclamó la Thi Hai a sus espaldas.

—¡Tía Ngha! —profirió la pequeña Thu, abriendo mucho los ojos, que había cerrado fingiendo dormir.

—La misma. La he oído, le he hablado cómo te hablo a ti.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que os bese a los dos, a ti y a John. Ha dicho que pensaba en vosotros a menudo, en todos nosotros, en ti también Thi Hai. Ha añadido que la perdonéis si no os hablaba a vosotros, pero ocurre que en estos momentos está muy ocupada.

—¿Qué hace? —preguntó John, abriendo los ojos a su vez.

—Inventa juegos nuevos.

—¿Podremos jugar pronto nosotros también?

—Esta vez son juegos para mayores. Pero me ha prometido que buscará uno en el que podremos jugar todos juntos... Y ahora, a dormir enseguida.

Los dos niños le sonrieron y cerraron de nuevo los ojos. Thu besó otra vez la almohada y se retiró de puntillas.

El general Bishop había concluido casi su informe cuando el coronel Shaw irrumpió de nuevo en su despacho.

—Escuche, Sir.

¿Otro convoy? ¿Una conversación más?

—Mejor que eso, Sir — dijo el coronel exaltado.

Estimulado por el éxito de la jornada y las felicitaciones de su jefe, pasó parte de la noche haciendo nuevas pruebas, con circuitos más complicados que los de costumbre, para tratar de desentrañar los secretos más sutiles del enemigo. En cuanto estuvo a punto el altavoz, un zumbido leve pero distinto se dejó oír en el despacho. El general tuvo una reacción instintiva inmediata: sacudió la cabeza e hizo con la mano el gesto de espantar un insecto importuno.

—Habrán dejado alguna ventana abierta —rezongó—, y eso que recomendé...

Una carcajada de triunfo del coronel le cortó la palabra.

—¡Un mosquito, Sir! Pero no aquí; allí. Nuestra técnica jamás ha sido tan perfecta. Hoy es el día de los estrenos. He pensado que usted no querría perderse eso.

El general le miró en silencio, dudando, preguntándose si resultaba correcto conceder tiempo a una manifestación tan trivial, mientras preparaba un informe que sin duda acarrearía decisiones muy importantes para el desarrollo de la guerra. Acabó por concluir afirmativamente. Escuchó religiosamente, sumido en una especie de éxtasis. El milagro que permitía oír desde su despacho el zumbido de un diminuto insecto perdido en el seno de la jungla bien merecía la recompensa de algunos minutos de atención. Al cabo de un rato, tras haber felicitado y dado las gracias a Shaw, escribió algunas rápidas anotaciones en el cuaderno que le servía de documentación para su libro *A la escucha de la jungla indochina*, donde el suceso fue a unirse con los comentarios igualmente entusiastas del rugido del tigre cuando caza y la danza triunfal del elefante al claro de luna.

V

A RESULTAS de las informaciones comunicadas por el Servicio S., informaciones que confirmaban sus propias sospechas respecto a depósitos de municiones enemigos profundamente enterrados en la montaña y al abrigo de los más violentos bombardeos, el Alto Mando americano decidió poner en marcha un ataque terrestre de gran envergadura contra el de la cota 873, que parecía ser el principal de ellos.

Las tropas estarían compuestas por cuerpos sudvietnamitas. La aviación americana intervendría masivamente, siguiendo la refinada técnica puesta a punto con el advenimiento del biological Warfare, particularmente en la espesa jungla que cubría la montaña desde el puerto de Mu-Mok hasta el famoso depósito. Vía por la cual penetrarían las tropas de choque enemigas, pues los datos facilitados por el general Bishop al respecto no dejaban lugar a dudas. Allí fue donde el Alto Mando decidió atacar, matando así dos pájaros de un tiro: la destrucción de los stocks y el aniquilamiento de la élite de tropas conducida hacia aquella encerrona. De lo cual resultaría además la limpieza completa y, por tanto, la inutilización en mucho tiempo de un tramo de ruta muy necesario para los norvietnamitas.

La señora Ngha había maniobrado tan a conciencia a fin de inspirar una táctica de este género a sus adversarios para que creyeran cogerlos desprevenidos. Ciertos indicios le confirmaron que tal era en efecto su plan.

Uno de estos indicios y no de los menores, le fue proporcionado por un alto funcionario de los servicios de información chinos, con el cual mantenía relaciones amistosas. Éste solicitó entrevistarse con ella; en su mensaje decía que para comunicarle informaciones que habían caído en sus manos y que tenía poderosas razones para creerlas importantes.

No faltó a la cita, que tuvo lugar en China, no lejos de la frontera. El salón particular del restaurante donde el chino recibió a la vietnamita era garantía total del secreto en que se mantendría la reunión. Ni la guerra ni las preocupaciones imperan-

tes en ella excluyeron la serie de cumplidos y de pruebas de cortesía con que se abrumaron. Ky hizo sentar a su invitada a una mesa repleta de delicados manjares pidiendo excusa por que estuviesen fríos: ambos tenían el tiempo contado, y lo que él había de revelar no debía ser oído por los sirvientes.

Se sentaron a la mesa. Tras algunas trivialidades más, Ky fue al objeto de la entrevista.

—Me he enterado de que vuestro enemigo, el nuestro, prepara un ataque por tierra contra importantes stocks que habéis acumulado cerca de la cota 873. ¿Quizá no es ninguna sorpresa para usted?

La señora Ngha admitió con tono bonachón que no estaba excesivamente asombrada, y hasta declaró que llevaba mucho tiempo temiendo una eventualidad de aquel género.

—Pero —añadió—, no tengo ninguna noticia acerca de los posibles preparativos del enemigo.

Ky la miró entonces fijamente con expresión meditabunda, como si sopesara la verdad y el disimulo de esta afirmación. Luego prosiguió:

—Ocurre que yo puedo precisar algo. Mis servicios han logrado captar un mensaje de los americanos, transcrito en una clave que poseemos. En resumen, el mensaje dice esto: el ataque a vuestros almacenes de la cota 873 será organizado por survietnamitas con un potente apoyo de aviones y helicópteros americanos. Su fecha está fijada aproximadamente: dos meses antes de la estación lluviosa, y durará hasta el principio de dicha estación. Esto está bien claro en el mensaje. El objetivo principal es la destrucción de vuestras reservas.

—Le agradezco esas informaciones inestimables —dijo la señora Ngha—. Las comunicaré al Alto Mando, que sin duda les sacará provecho.

—Pero no es eso todo.

—¿De veras? —preguntó la señora Ngha sin perder su impassibilidad.

—Esto es sin duda más importante aún: tenemos la seguridad de que ese mensaje, interceptado por nosotros, es falso. Los americanos estaban seguros de que lo captaríamos y de que estábamos en condiciones de descifrarlo.

—Sería entonces un vulgar procedimiento para atraer nuestra atención: ¿hacer creer que se señala a un punto determinado cuando el ataque se prepara contra otro?

Y su frente se arrugó como por efecto de una cruel desilusión.

—No es eso. El ataque se prepara, efectivamente, contra la cota 873. Estamos seguros de ello.

El semblante de la señora Ngha se relajó.

—¿Cuál sería entonces la razón de esa indiscreción deliberada?

—Por lo menos hay dos: una, es que los americanos quieren estar seguros de que no intervendremos directamente, si su ofensiva está limitada a un solo objetivo. Esto me consta: el punto ha sido discutido en Vietnam, entre diplomáticos, de una manera casi oficial, después de que el pseudosecreto fuera conocido por todos...

—Y los americanos han acertado —preguntó la señora Ngha con tono neutro, de suerte que su frase tanto podía ser una interrogación como la constatación de una evidencia trivial—. No tienen ustedes intención de intervenir en esas condiciones.

—Han acertado en ese punto. La guerra es una cosa, y la política otra. Nuestros consejeros han convencido a las autoridades responsables de que intervenir en ese caso sería contraproducente tanto para nosotros como para ustedes.

—Sólo me gustaría tener una seguridad... Pero usted ha mencionado dos razones...

—Indudablemente, hay otra, pero no tenemos ninguna confirmación al respecto. Es una simple opinión personal, más bien una impresión. Es evidente que los americanos sabían también que nada nos gustaría tanto como comunicarles una información de esa importancia. ¿Entonces...? Entonces —prosiguió con una sonrisa—, no le haré la ofensa de imaginar

ni por un instante que no ha llegado usted ya a la misma conclusión que yo.

—No hay ofensa —dijo la señora Ngha—. Está claro que, así prevenidos, tomaremos medidas para defender nuestras reservas de la cota 873.

—Estaba seguro de que la señora Ngha imaginaría la asechanza y de que tomaría las medidas necesarias para evitar la trampa.

—Lo pensaré —dijo ella devolviéndole la sonrisa.

VI

—¿CUÁNDO se decidirán a avanzar? —refunfuñó el general Bishop—. Nosotros estamos preparados. Los defoliantes seguramente han producido su efecto. ¿A qué esperan?

Hacia tres semanas que los sudvietnamitas habían atacado, y desde entonces el Servicio S. iba como loco. El general apenas salía de su despacho y vivía horas de intensa sobreexcitación, pues los oídos de jungla tampoco paraban. La emisión de irnos u otros era casi permanente, y permitía seguir el avance de las tropas enemigas en dirección a la cota 873 hora por hora, minuto por minuto, metro por metro, merced a comprobaciones y diestras interpolaciones.

Ya el primer día de ataque, una avanzadilla ligera, infantes y algunos vehículos de reconocimiento, franqueó el puerto de Mu-Mok y marchó rápidamente en dirección a los depósitos. Lo cual era muy útil, pues la vanguardia dibujaba sobre el terreno la ruta por la que seguiría el grueso de las tropas, permitiendo una labor preliminar en extremo importante. El general Bishop estuvo en condiciones de iniciar la operación «defoliación total», sobre la mayor parte del tramo, y ello desde hacía más de quince días. Una lluvia de productos químicos perniciosos, de una densidad enorme, cayó de noche sobre aquel

tramo, repetida y sigilosamente, con la precisión habitual que autorizaban los oídos de jungla.

La solapada acción de los productos químicos pros©, guía y las envolturas fibrosas de una medio muerta, estaban prontas a inflamarse y a consumir cualquier cosa al primer chorro de napalm. Pues tal era la etapa siguiente del plan americano: un bombardeo con productos incendiarios, tan pronto el grueso de las tropas enemigas se adentrase bastante profundamente en aquella vía, con su cortejo de carros, de material pesado y de artillería.

Ahora bien, este grueso de las tropas parecía marcar el paso más acá del puerto. En la región preparada para la destrucción total, los oídos de jungla no señalaban sino la presencia de fuerzas ligeras. Los sudvietnamitas, por su parte, progresaban sin encontrar mucha resistencia en dirección de la cota 873, frenados incluso por el mando; que esperaba el momento propicio para asestar su doble golpe mortal. El general Bishop se extrañaba de ello y tascaba el freno.

—¿Sospecharán algo? —murmuró con impaciencia—. No dejan ese paso de caracol.

La verdad era que múltiples razones les imponían aquella lentitud. Esta vez el guión era muy complejo, exigía variados y delicados matices en los diferentes registros y una excepcional destreza por parte de quienes conducían el juego para que éste pareciese natural. Se desarrollaba además en dos frentes, pues lo mejor de la tropa (la tropa verdadera, aquella que Giap se proponía oponer a los atacantes) tuvo que dar un rodeo bastante considerable en Laos para rehuir la localización enemiga. El doctor Wang hubo de desplegar tesoros de ingenio y de virtuosismo. Ya no se trataba tan sólo del vulgar ronquido de algunos motores. Era menester toda una gama de manifestaciones sonoras que diesen la ilusión, en algunos casos, de una vanguardia poco numerosa; en otros, de un ejército bien pertrechado, con material pesado y elementos motorizados. No se podía conseguir la perfección en este te-

rreno sino mediante un prolongado trabajo de imaginación creadora y, hasta en un ser excepcionalmente dotado desde este punto de vista, el trabajo de la imaginación requiere tiempo. La meta no podía conseguirse más que por medio de una sinfonía sutil en la que se fundían un conjunto de ruidos metálicos, de conversaciones sabiamente estudiadas entre soldados, suboficiales y oficiales, y de órdenes significativas, sin que resultasen sospechosas, lanzadas por los jefes. (Thu tampoco estaba ociosa durante aquel período. El general la mantenía a su lado todo el tiempo posible, pues temía que se le escapase algún retazo de frase que exigiera una maniobra urgente; pero este aumento de tarea y de larga permanencia nocturna no parecía fatigarla. Al contrario, era evidente que se tomaba un interés cada vez mayor por su trabajo.)

Después hubo que distribuir aquellas cintas magnetofónicas de una manera racional, aparentando una progresión normal a lo largo del recorrido jalonado por cientos de oídos de jungla y ajustar de antemano con el desfase conveniente los mandos de los magnetófonos para obtener de aquéllos un conjunto coherente. Previamente, por supuesto, hubo que localizar todos aquellos oídos; un trabajo considerable, pero ya había equipos de especialistas adiestrados en ello, ayudados por un material de detección puesto a punto por el doctor chino. Operaban con tanta eficacia y más rapidez que los montañeses.

Pero esto no era todo para aquella primera escena de operaciones. Pese a la longitud del tramo, la señora Ngha quiso además sembrarlo de vestigios que pudieran aparecer en fotos aéreas tras la incursión. Cierto que el plan de destrucción total, que ya conocía detalladamente, en primer lugar por haberlo sugerido y, además, por los informes de Thu, no dejaba a los americanos demasiadas esperanzas de localizar muchos restos, pero, de todos modos, hubieran podido extrañarse de no percibir orugas de carros, cañones de gran calibre o cuando menos algunos esqueletos de vehículos sobresaliendo de un lecho de cenizas, elementos que fueron transportados sigilosamente a los parajes. Como siempre, la señora Ngha miraba a lo lejos y pensaba en futuras operaciones. Algunos de

sus colaboradores se inclinaban a atribuir una ingenuidad bastante grande al enemigo al querer que éstos creyesen en la excelencia del proceso de aniquilamiento al no encontrar un solo resto. Pero se guardaba muy bien de caer en el defecto de subestimar al adversario y prefería tener todas las cartas en la mano, a costa de un esfuerzo suplementario.

—¡Otra vez esas malditas tormentas! —masculló el general.

Uno de los hombres a la escucha acababa de señalar un violento tomado, con una sucesión casi ininterrumpida de truenos que puntuaban el ruido continuo de un diluvio cayendo sobre el bosque. Ocurría en Laos, en una región bastante alejada del centro de operaciones, pero donde no obstante algunos oídos de jungla habían sido lanzados a bulto. Por curiosidad, el general se hizo transmitir el ruido y lo escuchó durante algunos instantes.

—Sin embargo, no es todavía la estación de las lluvias — observó—. Falta más de un mes.

Thu intervino con bastante vivacidad.

—Es un fenómeno bastante corriente en el alto Laos, Sir.

Le explicó que la estación lluviosa comenzaba por lo general en una fecha bastante precisa, pero que no era raro ver abatirse algunas tormentas aisladas en ciertos puntos de Indochina, en particular — insistió—, en esa región de Laos Tranquilizado y siempre encantado de instruirse, el general se limitó a observar:

—Van dos noches seguidas. Espero que el tiempo no empeorará en la región de la cota 873. La aviación no podría desempeñar su papel... Y hete aquí que el huracán se entremete.

—Una cosa acompaña siempre a la otra, Sir. Pero esto no puede durar.

El trueno, el diluvio, el huracán, todo aquel efecto sonoro había sido cuidadosamente registrado durante el anterior monzón por los especialistas del doctor Wang, y archivado para una ocasión importante como aquélla, es decir, para camuflar

la proximidad de un potente ejército, el verdadero ejército, que marchaba hacia la cota 873 por un itinerario indirecto. De aquel desencadenamiento de los elementos, los servicios del sabio chino poseían una gama bastante extensa para que los efectos pudieran narrarse hasta el infinito, sin arriesgarse a llamar la atención por una repetición sospechosa. Los ruidos de lluvia, por ejemplo, componían por sí solos una sinfonía de elementos siempre renovados, desde la sorda sonoridad de goterones cayendo sobre las hojas rígidas de los bananos silvestres, hasta el agudo crepitar de un chaparrón sobre la hierba fina de los calveros del bosque.

—No es muy probable en la región que nos interesa, Sir — insistió Thu—. Una, dos, tres tormentas, quizás ha ocurrido ya en esta estación. Pero más, sería un fenómeno verdaderamente excepcional.

Interpretaba así la prudencia de la señora Ngha, que había dado órdenes para suprimir las tormentas en las próximas noches. Para sustituirlas, el doctor Wang encerraba en sus cajones conciertos de ranas que croaban; el grito gutural de los zorros caminando en el crepúsculo cuando la penumbra ya permite desplazarse en la jungla sin gran peligro de ser localizado por la aviación, por supuesto una gran variedad de grillos y, asimismo, el ensordecedor griterío de una manada de gibones, que de ordinario sólo se oye al salir el sol, pero que a veces puede ser provocado de noche (como afirmaba Thu al general Bishop, ávido de estos detalles) por un cielo particularmente estrellado o simplemente por el despertar de uno de los animales durante la noche el cual despierta a su vez, a toda la tribu, y se organiza un desenfreno cacofónico que puede durar varias horas.

Apasionado por los comentarios de su secretaria, el general estaba aguardando sin impaciencia los acontecimientos de la noche, cuando el coronel Shaw penetró en su despacho con el semblante de los momentos triunfales.

—¡Sir! Ya está. El grueso de las fuerzas está en marcha. Pasan el puerto y avanzan muy aprisa. ¡Tropa, carros de asalto, artillería motorizada, todo!

—¡Por fin! —rugió el general—. Son nuestros. Páseme el sonido.

VII

LA SEÑORA NGHA, que estaba examinando una colección de fotos que acababa de serle entregada, pidió a Van que le leyese el último informe de Thu, y continuó con su ocupación sin perderse ninguna palabra de aquél.

«...El Estado Mayor nos ha enviado las fotos aéreas que muestran los resultados de los bombardeos. Han consolado un poco al general Bishop del fracaso de la operación principal, que le ha afectado profundamente. (Más adelante hablaré de ese fracaso.)

»Así, pues, los defoliantes, el napalm y el fósforo han desempeñado su papel en la zona que usted conoce. Las fotos son impresionantes...»

—Las mías tampoco son malas —murmuró la señora Ngha—. Pero, visto desde el cielo, eso debe resultar más claro aún.

«...Se ve un largo pasillo desnudo, de más de doscientos metros de anchura, casi continuo desde el puesto de Mu-Mok hasta los accesos a la cota 873. La precisión es tal, ha recalado el coronel Shaw, que el efecto devastador se aparta muy poco de ese pasillo. Y es verdad: casi no hay baches. Diríase una carretera trazada en la jungla...»

—Una vía — interrumpió la señora Ngha.

«...una carretera en la que no queda ningún árbol, ningún matorral; solamente un suelo calcinado, cubierto de cenizas, del que emergen aquí y allá algunos montones de chatarra. El general Bishop me ha anunciado que, según la cantidad de productos químicos arrojados y numerosos estudios hechos por científicos, es seguro que no volverá a crecer ninguna planta en esa brecha antes de varios años...»

—Eso es bueno. Kim estará satisfecho.

«...Es un éxito duradero, dijo. Ningún vehículo podrá recorrer ese camino sin ser localizado inmediatamente. De lo cual se alegra. Espero que la querida Tía Ngha también estará satisfecha. Pues si todo el mundo está contento, yo encuentro mi trabajo más fácil y alegre...»

—Querida Thu —comentó la señora Ngha, enternecida—. Siempre su necesidad de una cierta atmósfera... Pero los científicos americanos son modestos. Por lo que sé, el suelo permanecerá estéril y pelado durante varios lustros. Continúa.

«...Según los restos que aparecen en las fotos, los expertos han concluido que buen número de carros y un importante material automovilístico quedaron destruidos, así como bastantes cañones, pero no han podido dar precisiones. En cuanto a las pérdidas en vidas humanas, ya esperaban no hallar ningún indicio que permitiese evaluarlas. El general estima que debieron ser muy elevadas.

»Sin embargo, la operación ha resultado un fracaso en relación al objetivo perseguido y el general Bishop se lo reprocha enormemente. Pero no abriga ninguna duda sobre la eficacia de su servicio y no tiene la menor sospecha sobre la naturaleza de las conversaciones y de los ruidos captados. Para él, como para todo el personal, ese fracaso es debido a la mala suerte, y, sobre todo, a una mala interpretación de las informaciones por el Alto Mando. Insiste en ello, y debo señalar lo siguiente, quizá sea importante: he comprendido, por algunas observaciones tuyas, que cierto personaje del Gran Cuartel General había expresado sus dudas, y de una manera bastante sarcástica, sobre el buen funcionamiento de los oídos de jungla...»

—Eso es malo.

«...lo cual ha indignado al pobre general. Ha estado triste durante todo un día.

»En lo que concierne a los almacenes de la cota 873, creo que lo ocurrido lo sabe usted tan bien como yo.»

La señora Ngha no lo ignoraba, en efecto. Cuando los sudvietnamitas llegaron a su objetivo, con algunos observado-

res americanos, encontraron, como esperaban, subterráneos y grutas, e incluso las tres últimas acabadas de habilitar conforme a las órdenes de Giap, con hormigón fresco aún; pero tanto los subterráneos como las grutas estaban vacíos. Por lo demás, lo estaban hacía mucho tiempo, tras haber sido utilizados como almacenes, pero abandonadas desde hacía más de un año, por efectuarse el tráfico por un eje diferente.

«...El general Bishop sigue persuadido de que los stocks fueron trasladados la semana anterior al ataque sudvietnamita, a consecuencia de la lentitud de éstos al avanzar. Pero las altas esferas también encuentran raro, o al menos creo que así es, el que esos stocks hayan podido ser trasladados tan deprisa, si eran tan importantes como lo había anunciado nuestro servicio conforme a las conversaciones captadas.

»A propósito de la llegada inopinada de nuestras tropas procedentes de Laos, me parece que han vuelto a criticar al pobre general y hasta lo han tachado de negligente, lo cual encuentro profundamente injusto. Él acusa a la mala suerte y dista mucho de sospechar la verdad.

»"Thu — me ha dicho en tono quejoso—, son esas malditas tormentas las que nos han impedido descubrir su proximidad. Ha sido una insigne mala suerte, tras una serie de felices casualidades, lo reconozco..."»

Las tropas del Sur, en efecto, apenas llegadas a la cota 873 para comprobar que las grutas estaban vacías, habían sido atacadas por el ejército venido de Laos y obligadas a replegarse desordenadamente.

«...La importancia de ese ejército ha vuelto a sorprender al mando americano, que creía haber aniquilado el grueso de las tropas de la ruta. En cuanto al general Bishop, sostiene que poseemos bastantes reservas como para permitirnos enviar dos poderosos contingentes por dos ejes diferentes. Sospecha también que las altas autoridades tienen informaciones erróneas.

»Me resta mencionar una conversación entre el coronel Shaw y el general Bishop, que no le desagradará, espero, Tía Ngha.

Al tratar éste de consolarlo evocando lo que él llama el lado positivo de la operación, es decir la larga penetración en la montaña, el coronel ha observado:

»—Para estar tranquilos, necesitaríamos efectuar la misma operación en toda la jungla de la península indochina.

»—Desgraciadamente, es imposible, amigo mío —ha suspirado el general—. El presupuesto total de los Estados Unidos no bastaría para ello. No tiene usted idea de lo que puede costar una incursión como la que acabamos de hacer. He hablado recientemente de ello a un experto financiero. Si se añade a la operación en sí los trabajos de investigación, los laboratorios, las fábricas que se han creado para la producción industrial de materias verdaderamente eficaces, se llega a un total colosal, casi comparable al presupuesto de un alunizaje...»

—¿Quieres repetirme esa última frase, Van? —pidió la señora Ngha estirando sus miembros con gestos de gata. Van obedeció sonriente y luego prosiguió:

«...A lo sumo podríamos destruir la jungla sobre irnos ejes particularmente peligrosos. Hemos de resignarnos a ello.

»Es poco más o menos todo cuanto tengo que señalar boy, querida Tía Ngha... No, un detalle más. El general ha hecho colocar en su despacho un mapa a gran escala de Indochina y me ha encargado que marque en él con gruesos trazos rojos el tramo que acaba de ser assolado. Le gusta tener ante los ojos una representación gráfica de los resultados y me ha pedido tener ese diagrama al día cada vez que una operación del mismo género haya sido emprendida y lograda, pues no duda de que habrá otras. Es un trabajo fácil y en el que me intereso.»

Tras las pocas frases de cortesía tierna y respetuosa con las que Thu siempre finalizaba sus informes, añadía un post-scriptum:

«El jardinero sigue en su puesto y hace bien su trabajo. Nos entendemos muy bien. A menudo me trae flores encantadoras.»

La señora Ngha alzó la cabeza y su mirada se fijó en el mapa de la península indochina que había hecho colocar en su despacho algunos días antes y que casi cubría toda la pared del fondo. Conforme a sus instrucciones, Van había marcado con dos finos trazos paralelos de lápiz la gran vía Hó-Chi-Minh proyectada por el ministro Kim. Estas líneas no eran perceptibles de lejos; pero lo que era bien visible desde su sitio, con un relieve clarísimo, era la sección coloreada de rojo que la secretaria había trazado después de la primera operación de limpieza.

Se encontraba absorta aún, con una evidente satisfacción, en la contemplación del diagrama, cuando el ministro Kim acudió a visitarla. Examinó a su vez el mapa, primero de lejos para juzgar el conjunto, luego se acercó para ver los detalles y mostró su admiración.

—¡Una precisión extraordinaria! ¿Cómo lo ha podido usted conseguir?

El grueso trazo rojo, en efecto, se apartaba muy poco del esquema inicial en lápiz.

—He cuidado de ciertos detalles —dijo ella con modestia.

—¿Qué anchura?

—Doscientos cincuenta metros de promedio.

—Es aproximadamente lo que necesitaremos. Quizá nos veamos obligados a ensanchar un poco, en ciertos puntos solamente.

—No se les puede pedir todo —dijo la señora Ngha.

—No. Tanto más cuanto que la longitud es apreciable. Casi ciento cincuenta kilómetros. Todavía es poco, pero de todos modos una proporción nada desdeñable de nuestro proyecto.

—¿Cuya longitud se eleva a...?

—Más de dos mil kilómetros.

Ella suspiró.

—Esperemos que esto continúe. Pero temo que no podremos llegar a la totalidad... Eso debe representar ya cierta economía.

—Ya lo creo. Voy a rehacer el presupuesto a medida vaya avanzando el proyecto.

A simple vista, nada más que sobre aquel primer tramo, que era uno de los más difíciles, él evaluó dicha economía en una cifra muy importante, que la contentó.

—El general Bishop ha mencionado, en efecto, gastos considerables. ¿Cree usted que corresponden más o menos a su evaluación?

—¡Está usted de broma! —exclamó Kim—. Es seguramente mucho más. Mi cifra es un mínimo compatible con un resultado decoroso. Ellos no reparan en gastos. Los conozco bien; he trabajado en su país y con ellos. Como siempre, han forzado la dosis para la tranquilidad de su espíritu y ahorrarse largas especulaciones. He hecho sacar muestras del suelo y proceder a análisis por expertos químicos. ¿Quiere usted saber el resultado? Pues bien, han arrojado más de diez veces la cantidad de productos necesarios para obtener una limpieza completa. Para nosotros, no es malo; es más seguro.

Pero la señora Ngha no parecía ser de la misma opinión. Se puso ceñuda de pronto, arqueando malhumorada las cejas.

—¿Quiere usted decir —preguntó con voz impaciente — que con la misma cantidad habrían podido tratar una longitud diez veces mayor?

—Es exactamente lo que quiero decir.

—¡Despilfarradores...! —exclamó ella con una mueca rabiosa.

VIII

EL GENERAL BISHOP llegó aquella noche a su despacho más tarde que de ordinario y presa de una agitación desacomodada. La oscuridad era total; Thu, 3ra estaba en su sitio. El general cruzó la sala de escucha con paso precipitado, sin hacer su ronda habitual, sin preguntar nada y apenas respon-

dió al saludo de su secretaria cuando ésta se levantó al entrar él, que la trataba siempre con suma cortesía. Se sentó sin decir palabra, llamó al coronel Shaw y le ordenó en tono imperioso:

—Mándeme enseguida al oficial de servicio esta semana, Shaw, y puede usted decirle que no cuente con mis felicitaciones.

Ante este talante, Shaw no hizo ninguna pregunta y desapareció apresuradamente. El general dirigió entonces unas palabras de disculpa a Thu por su incorrección y sintió necesidad de explicarla.

—Me han hecho rabiar — dijo—. Tiene la culpa el jardinero; ese javanés. Lo siento, ahora, pero por poco le pego.

—¿Al jardinero? ¿Qué ha hecho, Sir?

Si hubiera estado en posesión de toda su sangre fría, quizás habría notado el estremecimiento de su secretaria, pero estaba demasiado fuera de sus casillas para hacer la menor observación.

—¿Que qué ha hecho? Escúcheme, Thu. Le he sorprendido...

Pero ella tuvo que aguardar algunos instantes antes de saber la causa de aquella emoción, pues se presentaba el oficial de servicio quien, puesto sobre aviso por Shaw, desplegaba las muestras de respeto debidas al superior con una corrección ejemplar. Era un teniente jovencísimo, responsable durante la semana, como los oficiales subalternos por turno, de la buena organización material del centro, servicio que incluía la vigilancia del comedor, de las cocinas y también la conservación de los bungalows.

El general recobró acto seguido su humor de perros.

—¿Sabe usted lo que he descubierto hoy, Hudson?

El teniente manifestó por señas que lo ignoraba.

—Voy a decírselo: he visto que nuestro jardinero, mi jardinero, estaba regando mi grava con un producto herbicida,

—Sir... —balbució el joven—, yo no sabía...

—Hubiera debido saberlo — replicó el general con tono glacial—. Eso forma parte de su servicio. Pero eso no es todo...

Era la época en que una poderosa corriente de fiebre, de angustia y de indignación conmovía al mundo civilizado y en particular a los Estados Unidos, ante la idea de que más o menos en todas partes, en su despreocupación por el medio ambiente, la Humanidad estaba en camino de cometer un crimen de lesa naturaleza, cuyas trágicas consecuencias amenazaban ya desembocar en la transformación de la biosfera en un lodo nauseabundo donde toda vida sería imposible, en plazos muy cortos según dijeron ciertos especialistas.

Aunque aislado, sumido en un universo que lo desconcertaba, el ejército americano de Extremo Oriente estaba unido a su país por una red de comunicaciones permanentes, en particular por toneladas de periódicos traídos cada día en avión, donde este sacrilegio era comentado en páginas y más páginas que propugnaban la urgencia de una cruzada implacable contra la contaminación. El ejército no podía por menos de estar aquejado por este acceso febril. Mientras las incursiones aéreas de destrucción total se sucedían sobre la ruta Hó-Chi-Minh, con menos amplitud, desde luego, que la primera operación, a una cadencia frenada por la lentitud de la producción industrial y de los ingredientes y las cargas que ésta imponía al presupuesto de la defensa nacional, el general Bishop, solidario desde el inicio a la causa de esta cruzada, tomaba conocimiento cada día de nuevos detalles sobre la calamidad que amenazaba al mundo, anotaba cuidadosamente las medidas recomendadas para eliminarla y se indignaba cuando percibía en tomo suyo negligencia al respecto.

Por lo que el descubrimiento que acababa de hacer le había quemado la sangre hasta el punto de que aún sentía escalofríos. Ello ocurrió en el jardín del bungalow que ocupaba, no lejos de la sala de escucha, un jardín de pequeñas dimensiones, pero esmeradamente cuidado como los otros por el javanés Sutan. Por la tarde, antes de ir a la oficina, el general solía relajarse allí bebiendo un whisky, en la calma que reinaba en

aquel rincón de Tailandia cuando los «B-52» cercanos no despegaban. Es lo que tuvo intención de hacer aquella tarde. Se dirigió hacia un bancal de gravilla junto al mirador, rodeado de césped, encontró su sillón fuera de sitio y al jardinero absorto en una ocupación que se le antojó singular. Agachado, armado de una diminuta regadera, de esas que usan los ciudadanos con alma bucólica para regar tres macetas de flores en su balcón, Sutan derramaba un poco de líquido sobre la grava, con parsimonia pero metódicamente; unas cuantas gotas sobre cada decímetro cuadrado.

La idea de valerse de un instrumento semejante para regar chocó al sentido taylorista del general, quien observó:

—¿No tienes una regadera mayor entre tus utensilios?

El javanés se rió de buena gana y se irguió. Era un auténtico jardinero, que conocía su oficio, al margen de sus funciones al servicio de la señora Ngha. Mostró al general el contenido de su recipiente. Era un líquido verdoso; con seguridad no agua pura. La frente del general se cubrió de nubes, porque empezaba a sospechar un perverso atentado contra la Naturaleza.

—¿Qué es eso?

Todavía temblaba de furor al contar la escena al oficial de semana.

—¿Sabe usted lo que el muy animal me mostró?

Lo que, sin dejar de reír, le había puesto ante las narices, era una bolsita con la marca de un herbicida de jardín corriente. Trató de explicarle en su mal inglés que un pequeño recipiente de aquel tipo bastaba para mantener limpia la grava durante varios meses. Pero el general ya estaba demasiado desquiciado para admitir la menor justificación.

—Entonces, de un salto he ido a la cabaña donde ese gracioso guarda sus herramientas, intuyendo que allí podía ocultar algún otro veneno. ¿Y sabe usted lo que he encontrado?

Pretendía relatar la escena en todos sus detalles, a la vez para justificar su indignación y por hacerla compartir al teniente. Thu volvió a sentirse preocupada. Sabía que Sutan a veces

guardaba un mensaje de la señora Ngha en aquella cabaña, hasta tener la posibilidad de entregárselo a ella.

Pero pronto fue evidente que la mente del general estaba a cien leguas del espionaje. De haber tenido ante sus ojos un mensaje sospechoso en la cabaña, no lo habría visto. Buscando los efectos como un buen comediante para impresionar mejor a su auditorio, el general observó un silencio, y luego, recalcando sus palabras con un puñetazo sobre la mesa exclamó:

—¡He encontrado allí un saco medio lleno de D.D.T.! He dicho ¡de D.D.T., Hudson!

Thu exhaló un suspiro de alivio, pero no el joven oficial, el cual se sonrojó, confuso.

—Sir... —balbuceó— yo...

Trató de explicar que era práctica corriente en todos los centros el verter un poco de D.D.T. cada tarde en tomo de las viviendas, lo cual disminuía mucho los riesgos de malaria.

Pero puesto que el general reprobaba esta práctica, iba a tomar medidas inmediatamente para prohibirla. Pasaría la consigna a su sucesor de semana y prometía que aquellos actos de vandalismo no se repetirían.

—Bien —aprobó el general, recobrando un poco la calma.

—Pero el problema de los mosquitos subsiste, Sir — añadió el joven, con valentía—. Pienso que entonces podría impedirse que proliferasen echando un poco de fuel— oil en las zanjas que nos rodean.

—¡Fuel-oil!

El general parecía a punto de ser fulminado por otro ataque de rabia. Se dominó, sin embargo, a costa de un violento esfuerzo, se calmó y se dirigió al teniente con tono de paternal autoridad.

—Oiga, Hudson. Veo que no me ha comprendido usted bien. Mire esto.

Tiró de un cajón, del que sacó un montón de recortes de periódico, una documentación sobre la contaminación de la naturaleza y sus consecuencias, unida pacientemente día tras día desde hacía semanas. Algunos pasajes estaban subrayados en rojo, a veces con tres o cuatro apasionados trazos de lápiz. El joven oficial tuvo que aguantar una larga conferencia ilustrada con ejemplos sobre los perjuicios de todos los productos químicos que no sólo desfloran a la Naturaleza, la roen como una lepra, sino que se acumulan también a través de los vegetales en el cuerpo de los animales y el del hombre. Se enteró de que el fuel-oil, si bien no es tan pernicioso como el D.D.T., debe ser proscrito con severidad; que la mayor parte de ríos están ya infectados de él; que arroyos y capas de agua subterránea acaban siempre por llegar al mar, donde todos estos agentes nocivos se acumulan, destruyendo poco a poco las algas, el plancton, los peces, y transforman nuestros océanos en cloacas.

Habló así largo rato ante la mirada enternecida de Thu, ya tranquila. Cuando hubo terminado, comprobó mediante algunas preguntas que el teniente había comprendido bien la lección y lo despidió con consignas precisas para el futuro, con miras a salvaguardar la integridad del medio ambiente, al menos en aquel servicio del cual él era responsable.

El general Bishop no era el único oficial en Tailandia o Vietnam que se preocupase de este medio ambiente. Con ayuda, sin duda, del sol de los trópicos, esta cuestión llegó a provocar en algunos un curioso desarreglo mental, que a veces alcanzaba el grado de sublime locura.

Hubo un ejemplo notable de ello en un coronel que estaba al mando de un regimiento blindado durante un ataque en Camboya. Cuando sus tropas hubieron cercado una región de caseríos donde se escondían guerrilleros, recibió orden de dar el asalto final mediante los carros erizados de cañones y cargados con obuses de napalm y fósforo; al ponerse en marcha sus vehículos con el fragor del trueno, el coronel tuvo de repente un comportamiento que sorprendió a todos.

Se precipitó sobre el campo de batalla, dando signos de la más viva agitación, dando imperiosas voces de mando. Cuando por fin le oyeron, se comprendió que ordenaba a todos parar inmediatamente el motor de los carros y no moverse, lo cual se hizo, pese a cierta extrañeza» Después, a pesar de las súplicas de un jefe de Estado Mayor, compadecido de él y que en vano trataba de disuadirle, expidió una sucesión de vehementes despachos al Gran Cuartel General, exigiendo que le mandasen sobre la marcha un equipo de mecánicos especializados, capaces (consideraba que los suyos no lo eran) de ajustar los carburadores de los carros blindados de una manera correcta. No era ningún novato y se acordaba de los cursos de mecánica seguidos en su juventud. Viendo el humo denso y negro que soltaban los tubos de escape, notando el olor que impregnaba la llanura donde había de desarrollarse el ataque, había comprendido perfectamente que aquellos carburadores estaban mal ajustados, como lo estaban los de los coches que circulan en Nueva York y Los Ángeles, que la combustión era defectuosa y que, por lo tanto, una gran cantidad de gases nocivos, que él enumeró a sus asombrados subalternos, era arrojada cada segundo a la atmósfera terrestre.

Una de las secuelas notables de aquel incidente fue que el Alto Mando no comprendió de momento la naturaleza del mal que aquejaba al coronel. Su anticipado paso a la reserva no llegó hasta algunas semanas más tarde, cuando hubo dado pruebas más claras aún de su desequilibrio mental. Creyendo que el envío de los especialistas era indispensable para proseguir las operaciones, el mando le envió el equipo de mecánicos solicitado.

Estos eran altamente cualificados. En menos de cuarenta y ocho horas, ajustaron los carburadores de manera que limitaron la contaminación de la naturaleza a un mínimo razonable. Tras algunas pruebas, el coronel se declaró satisfecho. Se decidió por fin a dar la orden de ataque. Los caseríos sospechosos fueron aniquilados a sangre y fuego con tan sólo dos días de retraso.

IX

MIENTRAS tanto, tras su nacimiento en el seso de algunos chalados, tras haber mariposeado entre las capas oscuras y calladas de la población, la idea de que la práctica del biological Warfare podía, al fin y al cabo, constituir un perfecto acto de contaminación de la naturaleza, acabó por ocurrírseles a algunas personalidades americanas. Hubo que esperar varios meses aún para que esta sospecha lograra traspasar los gruesos muros del Pentágono pero, cuando fue un hecho, prolifero, provocando reacciones furiosas, discusiones apasionadas y hasta algunos insomnios.

Siguiendo su camino por vía jerárquica, la idea acabó poniendo sitio a la Casa Blanca. Allí, a través de una nube de consejeros y de expertos de todas clases, la idea fue a parar al despacho del Presidente. Entonces se instaló en la plaza, sin que fuese posible desalojarla. El Presidente sólo tuvo un recurso para desembarazarse de ella: decretar el fin de la guerra biológica y volver a los antiguos machaqueos de antaño, con bombas explosivas, que tienen efecto menos perniciosos y, en cualquier caso, menos duraderos sobre el medio ambiente.

Una vez tomada esta decisión, el Presidente fijó un plazo de algunos meses, de forma que permitiera liquidar los stocks y amortizar así en cierta medida los gastos de una táctica que se revelaba de un rendimiento financiero deplorable, aunque los militares considerasen que tenía su compensación. Esta prórroga consoló un poco a la señora Ngha y al ministro de la Reconstrucción, bastante apesadumbrados por la intempestiva decisión, en el momento en que su plan estaba todavía en vías de ejecución.

Era el aniversario de la operación de la cota 873, primer golpe de pico simbólico sobre el gigantesco tajo de la vía triunfal. Kim y la señora Ngha hicieron una especie de balance de la marcha de las obras.

Éstas se habían sucedido con diversa fortuna, permitiendo añadir de vez en cuando, semana tras semana, algunos elementos en línea roja en el diagrama. La manipulación de los oídos de jungla se había vuelto una rutina familiar, como también lo era, tras un bombardeo y las fotos tomadas por los observadores enemigos, el transporte de los restos destinados a probar la eficacia de la incursión en otro tramo.

Ambos contemplaban el gran mapa, siguiendo con interés la labor de Van, ocupada en ponerlo al día conforme llegaban los resultados de la última operación.

Subida en un escabel, Van había delimitado primero con lápiz la sección arrancada al dominio de la jungla algunos días antes. Bajó, se armó de un fino pincel y un botecito de pintura roja y subió de nuevo para terminar su tarea, con meticuloso esmero, acercando sus gafas junto al esquema, para no hacer ningún borrón. Cuando hubo terminado, retrocedió unas pasos juzgando el efecto producido. La señora Ngha cruzó una mirada con Kim y suspiró. Lo que habían añadido aquella mañana era tan sólo una manchita, que sólo se podía distinguir porque la pintura no se había secado y en comparación con el trazo anterior era brillante. Un milímetro escaso. Algunas decenas de metros de longitud real, todo lo más.

—De todos modos —observó Kim con tono alentador—, unos cuantos centímetros de aquí, unos cuantos milímetros de allí, arroja un decoroso resultado de conjunto al cabo de un año.

—Sin duda. Pero al ritmo actual (ellos frenan más su esfuerzo desde hace algunas semanas) necesitaremos como mínimo dos o tres años para terminar. Y no tendremos ni uno. Lo sé.

—No sólo existe la vía. Nuestros principales centros están muy avanzados.

Como siempre, costaba mucho dejarla satisfecha. Pero, tras otro vistazo al mapa, y mientras Van guardaba el escabel y el material, reconoció que el resultado podía haber sido peor.

En primer lugar, había bastantes trazos rojos continuos de apreciable longitud. El primero era el que unía el puerto de Mu-Mok a la cota 873, obra maestra cuya magnitud y perfec-

ción jamás fueron igualadas. No obstante, otro tramo, casi continuo, bordeaba en el Sur la frontera de Camboya; otro más al Norte, en la región de las tres fronteras; otros dos, más pequeños, salían, uno hacia Laos, otro hacia Camboya, perpendicularmente al gran eje norte— sur, materializando el bosquejo de las futuras comunicaciones con los países vecinos del Vietnam unificado.

El trazo rojo, sin embargo, no era continuo, ni mucho menos, en los demás sectores. Buena parte del diagrama estaba constituido de manchas desiguales, a veces puntos esporádicos, a veces modestos guiones de algunos milímetros. Algunos de estos puntos incluso estaban separados acá y allá por abismos de espacio vacío, que permitían difícilmente a la vista seguir la línea que hubiera debido juntarlos. La mirada de la señora Ngha se quedó fija en estos abismos y volvió a suspirar, murmurando algunas palabras de excusa, como si tuviera que presentar una justificación.

—No siempre es posible llevarlos al lugar deseado.

—Mire ahí —interrumpió Kim, encogiéndose de hombros.

Cogió un puntero de bambú para señalar una mancha circular, que semejava una ancha lentejuela que sobresalía en el cruce de dos trazos.

—Ése es el emplazamiento de nuestra estación de altitud modelo, la estación Ho-Chi-Minh. Ahí necesitábamos, no una brecha longitudinal, sino una superficie bastante extensa. Exactamente ahí estaba el pimiento previsto. Pues bien, se hizo.

—Es verdad —reconoció ella—. Hace menos de dos meses. Creo que eso puede ser considerado como un logro bastante bueno.

—Una hazaña que poner en el activo del servicio de usted.

La señora Ngha se dignó sonreír y su cara asumió una expresión de modestia.

—La suerte nos ha favorecido. El enemigo había previsto un nuevo ataque terrestre contra nuestra pista, con gran número de helicópteros y utilizando paracaidistas. En esto no tuve

nada que ver..., o casi nada. Ahora bien, una concentración semejante requiere un área de aterrizaje importante, y Thu me previno con tiempo. En lo que sí ayudamos como supimos fue en orientarlos hacia ese punto preciso. Así fue, y no estoy descontenta del resultado: creo que el área que está limpia será suficiente para la estación modelo cuyos planos me ha mostrado usted, ya que es lo bastante extensa, y se podrá edificar en ella los bungalows y hoteles previstos, y recibir periódicamente un contingente decoroso de turistas y veraneantes. Conozco ese rincón. El aire es en él deliciosamente puro. Su plan me sedujo. Por ello he empleado todos mis recursos para realizarlo.

—Y aquí —continuó el ministro, deliberadamente optimista aquella mañana, mostrando un rectángulo rojo aislado—, la futura central atómica, que liemos decidido construir cerca de las tres fronteras y que nos permitirá, distribuir energía, no solamente a nuestra región, sino también a Camboya y Laos, incluso a Tailandia si nos lo solicita. Eso también está, terminado.

—Por lo menos, el terreno está preparado. De tres a cuatro hectáreas. Tiene usted razón, Kim, no es desdeñable.

Siguieron haciendo objetivamente su composición de lugar, estableciendo un orden de urgencia para las operaciones futuras. Para ella era lo esencial.

—Pues, según las últimas declaraciones del Presidente americano —dijo— sólo nos quedan algunos meses para contar con su colaboración. Es cuestión de forzar la marcha.

EL RAMO DE ORQUÍDEAS

I

LA señora Ngha rogó a Kim que le hiciera el favor de pasar a su despacho, para comunicarle datos que podían interesarle. Figuraban en el último informe de Thu. Le leyó el siguiente pasaje:

«...Como ya debe de saber, han prohibido el uso de defoliantes. La fabricación industrial está parada y los stocks que restaban fueron arrojados hace algunos días durante una importante incursión aérea. Por lo menos creo que esto es exacto, pues me lo ha confiado el general Bishop, que casi no tiene secretos para mí. He podido, por tanto, añadir otra vez un trazo importante al mapa, pero es el último...»

—Ya está, Kim —dijo la señora Ngha con un deje nostálgico en su voz—; se acabó. Van, también usted es la última vez que ejecuta ese trabajito.

Encaramada en su escabel, la secretaria estaba trazando un tramo rojo bastante importante, que suprimía una discontinuidad molesta a la mirada. El diagrama inicial a lápiz estaba ahora, si no completamente cubierto de rojo, al menos jalonado por bastantes trazos y puntos para que un observador bastante alejado viese el esqueleto de la ruta Hó-Chi-Minh. Todos sentían la melancolía que ensombrece el fin de una época gloriosa.

—Al fin y al cabo, eso no podía durar eternamente — dijo Kim—. ¿Y no han barruntado nunca la superchería?

—No, por lo menos en el Servicio Secreto. Escuche también esto:

«...Aquí nadie ha sospechado vuestro plan. El general Bishop sólo ha hecho algunas observaciones sarcásticas sobre nuestra obstinación en hacer desfilar los convoyes casi siempre

siguiendo el mismo eje, pese a la frecuencia y violencia de los ataques. Ha deducido de ello que era un reto lanzado por el enemigo y que acabaría perdiéndose por ese ciego orgullo...»

—El orgullo — comentó pensativamente la señora Ngha—. Pero, en el Gran Cuartel General, Kim, sé que tienen actualmente serias dudas sobre la eficacia de los oídos de jungla. Ciertos pasajes del informe me lo confirman. Pero no le interesará a usted.

—Por lo demás, poca importancia tiene ahora, puesto que las principales operaciones han terminado.

La señora Ngha dudó un poco, como si no estuviera completamente de acuerdo con esta observación, luego asintió con un gesto y leyó otra frase:

«...Por lo tanto, van a reanudarse los bombardeos a base de explosivos clásicos.»

—Pero eso es sumamente enojoso —interrumpió el ministro—. Como dice su agente, las bombas clásicas hacen hoyos, cráteres a veces muy profundos. Van a sabotear nuestra vía.

—Ningún ruido de motor volverá a ser oído a lo largo de ese eje. He dado órdenes en ese sentido. Debe ser abandonado por los convoyes. De esta forma ellos creerán que por fin hemos comprendido que era demasiado peligroso y que la prudencia ha vencido por fin a nuestro orgullo.

Comunicó también a Kim algunas frases que podían interesarle, y luego guardó el informe. El resto del documento no le atraía. Contenía, sin embargo, datos que ella juzgaba importantes. Pero sólo después de haberse ido el ministro y a solas con Van, que conocía casi todos sus secretos, releyó algunos pasajes.

«...Conforme a sus últimas instrucciones, el jardinero lleva cada semana un gran ramo de flores al general, al que le gustan mucho y se muestra complacido. Sutan ha vuelto así a gozar de su favor, y el asunto del herbicida está olvidado. Yo me encargo de disponer las flores en la sala de estar del ge-

neral. Dice él que soy la única que sabe hacerlo decentemente y me siento halagada...»

La señora Ngha leía en voz baja, tanto para sí misma como para Van. Se interrumpió un instante con expresión meditabunda. Su secretaria aprovechó aquel momento para hacer una observación.

—He notado que ha recalcado usted ese párrafo.

—¿Que yo he recalcado...? Es verdad.

—Thu parece muy orgullosa de los cumplidos del general. Pero no veo bien el interés que eso puede representar para nosotros.

—Tampoco lo veo yo — dijo la señora Ngha, volviendo en sí—. Con seguridad se me fue el santo al cielo.

Van la miró con recelo; pero ella prosiguió su lectura.

«...He de referir ahora una noticia que sin duda la contrariará. Me parece que los días de nuestro servicio están contados y quizá también el tiempo de actividad del general Bishop. Es en todo caso un rumor que circula entre el personal. Él no me ha hecho ninguna confidencia precisa al respecto, pero desde hace algunos días tiene una expresión de tristeza muy notoria. De todos modos, como me ha dado a entender que dentro de poco pensaba poder dedicar más tiempo a la redacción de su libro, creo que este dato es valioso.

»En cualquier caso sé por fuentes fidedignas (una nota confidencial que he podido leer) que el Estado Mayor empieza a desconfiar de las informaciones facilitadas por los oídos de jungla y, sobre todo, de la forma en que son interpretadas por el general. Si se marcha, creo que lo sentiré; en primer lugar, por supuesto, a causa de los inmensos servicios que ha prestado a nuestra causa, pero también porque estoy segura de que no es malo conmigo; siempre ha sido correcto, incluso paternal. Intervino una vez para pararle los pies a un joven oficial que me importunaba, de suerte que ahora todo el personal es a la vez respetuoso y amable conmigo. ¿Tal vez no debía referir todo esto...?»

—Qué buena chica es Thu —comentó la señora Ngha.

—¿No cree usted que, también para ella, sería hora de que el servicio cesase? Comienza a encontrarse demasiado cómoda en él.

—Hablamos de eso hace tiempo, Van —dijo gravemente la señora Ngha—, y no hay nada que añadir a lo que yo te dije. No veo ningún mal en que Thu se sienta a sus anchas en Tailandia y hasta en que sea sensible a ciertas atenciones... Tranquilízate —añadió bastante secamente—, sé escoger mis agentes en función de la misión que quiero hacerles ejecutar. Thu está perfectamente en su sitio y cumplirá con su deber hasta el fin.

«...Por el momento, el servicio funciona más o menos correctamente, pero conforme a una especie de rutina. Hay una atmósfera de tedio. La fe y el entusiasmo han desaparecido. Diríase que los recelos y el descontento del Estado Mayor han hecho mella en la moral. Apenas si queda el coronel Shaw para manifestar a veces un poco de excitación, pero es cuando ha logrado captar el chirrido de un insecto raro.

»El mismo general se deja vencer por ese entumecimiento. Cuando le transmiten ruidos de camiones, tan sólo echa un vistazo a la pantalla luminosa. Pulsa los botones y se desinteresa de la acción que es llevada a cabo por los ordenadores...»

Volvió a interrumpirse, pareciendo absorta de nuevo en un ensueño, que Van esta vez no se atrevió a interrumpir. Fue ella quien preguntó de pronto:

—¿No te ha llamado la atención nada en ese párrafo?

—He notado que ha recalcado usted otra vez la última frase.

—¿Comprendes por qué?

Tras haber reflexionado. Van tuvo que confesar su ignorancia.

—Tampoco lo veo yo. Decididamente debí estar muy distraída cuando leí este informe. Sin embargo, una razón tiene que haber.

«...sólo echa un vistazo a la pantalla luminosa. Pulsa los botones y se desinteresa de la acción, que es llevada a cabo por los ordenadores...»

Reflexionó un momento, frunció el ceño, y luego prosiguió con tono más firme:

—Ha escrito: los ordenadores, Van. Eso significa en primer lugar el gran I.B.M. de Tailandia, que registra las señales, calcula las coordenadas de los oídos emisores y transmite esos informes a los «F-4», y además a los ordenadores de los aviones que reciben estos datos.

—Sin duda alguna.

—Escucha esto ahora.

Su actitud se había modificado; su mirada también. Parecía como si la tuviese en un punto preciso, que sólo percibiera ella, pero cuyo resplandor hacía brillar sus ojos con la fuerza que a veces le valía el sobrenombre de «luz ardiente». Cogió un papel de encima de la mesa y leyó.

—Escucha bien: «...The "F-4" pilots then feed this information into their own aircraft computers and fly direct to the target with no need for further navigation.

»In the event the weather is bad, the computers will make an automatic release of weapons at the proper point...

The onli drawback airmen say, is that they must wait for reconnaissance in better weather to determine how successful the attack was»¹⁴

¹⁴ «...Entonces los pilotos de los "F-4" ponen esta información en sus ordenadores y vuelan directamente hacia el objetivo, sin tener necesidad de nuevos cálculos de navegación. En caso de mal tiempo, los ordenadores de a bordo disparan automáticamente, arrojando las bombas en el punto deseado... El único inconveniente, dicen los aviadores, es que ellos deben aguardar a una observación con buen tiempo para determinar el grado de éxito del ataque.» (Armed Forcé Journal. 15-11-71.)

—¿Sabes dónde lo he obtenido?

—Sin duda el informe de otro agente, que guarda usted en secreto hasta para mí — dijo Van con leve desprecio.

—En absoluto. Está escrito en el periódico de las fuerzas armadas americanas, que todo el mundo puede procurarse y que leo regularmente... Así es que, fíjate bien: a menudo, y en todo caso siempre que el tiempo es malo, los pilotos no intervienen. Son los ordenadores los que dirigen a los aviones y sueltan las bombas en el momento deseado.

Otro silencio. Pero ya no soñaba. Reflexionaba.

—El tiempo suele ser malo en esta estación — prosiguió con voz queda—, brumoso en Vietnam, brumoso en Tailandia... Y además: según los precisos informes facilitados por Thu, el entusiasmo no reina entre el personal de escucha. Ella habla de desencanto y de rutina. Es posible que ese estado de ánimo abrume a todos cuantos participan en esas operaciones, sin exceptuar los pilotos de los «F-4». ¿Qué piensas de esta suposición, Van?

—Pienso que es muy razonable. Todos los informes que poseemos tienden a demostrar que la moral de nuestro enemigo es baja, tanto entre las tropas de tierra como en los aviadores.

—¿Crees que es posible hacer una síntesis de todo lo que acabamos de decir?

Hablaba ahora con una extraña animación. Van notó, por ciertos síntomas, que una brillante combinación se estaba estructurando en la mente de su jefe. Reflexionó y dijo modestamente:

—No veo nada nuevo, pero pienso que cabe resumir la situación así: el ruido registrado por el oído de jungla actúa a la manera de único botón, iniciando el bombardeo y atrayendo fatalmente los ingenios sobre el propio oído.

La señora Ngha contempló a su secretaria con admiración.

—Eso es exactamente — asintió—. Has pronunciado las palabras exactas. «Fatalmente», es la que yo buscaba.

Van se sonrojó de satisfacción, sin dejar de observar a la señora Ngha, que se expresaba con lentitud mirándola a los ojos.

—El general Bishop y su personal nos han prestado apreciables servicios, ¿no es así?

—Ciertamente.

—Pero, según ese último informe de Thu, resulta que ya no pueden sernos de ninguna utilidad, ¿no lo crees así?

Van asintió otra vez. Notaba que estas observaciones tendían hacia una síntesis de una lógica irrefutable que ella creía empezar a distinguir. Pero por el momento la señora Ngha pareció no tener nada que añadir al respecto. No le iba el enunciar brutalmente la conclusión de un análisis cuando algunas alusiones bastaban para hacerla evidente para una mente sutil. Éste era el caso. Cualquiera otro comentario se le hubiera antojado como desflorar la belleza de la maniobra que acababa de vislumbrar. Al quedarse callada, a punto de recaer en su ensueño, la despierta curiosidad de Van impelió a ésta a atreverse a reanimar la conversación.

—¿Ha descubierto usted en ese informe algún otro punto importante que se me haya podido escapar, señora?

—¿Cómo? No; nada muy importante, si no es que Thu pide instrucciones para el caso probable de que el Servicio S. fuese suprimido. A ella seguramente la trasladarían. A Saigón u otra parte... También parece quedar desamparada. Creo que no tiene demasiadas ganas de desempeñar el papel que tan bien ha representado al lado del general Bishop en otra oficina. Sin duda sería mejor que volviese con nosotros. Voy a pensarlo de nuevo.

—¿Cree usted entonces que su papel ha terminado allí?

—preguntó Van con un asomo de extrañeza.

—No es exactamente mi idea —dijo la señora Ngha con una sonrisa—. Creo, por el contrario, que puede prestarnos un último servicio, e importantísimo. Después organizaré su huida y su retomo.

Juzgando acabada la conversación, se levantó, descolgó su gorra del perchero de bambú, se cubrió y se dispuso a salir del despacho. En el umbral hizo, no obstante, una postrer observación.

—El servicio de escucha de Tailandia consta de un personal considerable, sobre todo por su calidad: físicos, ingenieros, hombres de una valía inestimable para nuestro enemigo. Si los resultados no han sido los que pretendían, la culpa no es suya, sino de los militares, que los han utilizado mal.

—Y también un poco nuestra —observó Van.

—De acuerdo. Pero en otra ocasión pueden muy bien poner a punto un invento tan ingenioso como los oídos de jungla y que, esa vez, podría causarnos un daño considerable. ¿No te parece así, Van?

—Es evidente — respondió la secretaria.

Luego, tras algunos segundos de reflexión, añadió, bajando con aire modesto la vista, tras sus gruesas gafas, que le daban el aspecto de una maestra provinciana.

—Tampoco debe olvidar que el Servicio S. está situado muy cerca de la madriguera de los «B-52».

—Cada vez estoy más satisfecha de tu colaboración, Van— exclamó la señora Ngha—. Da gusto conversar contigo. Me agrada ser comprendida con medias palabras. ¿Sabes?, me pregunto si los genios de la vieja Ami no nos habrán inspirado a las dos, hoy.

Van alzó las gafas y miró de hito en hito a su jefe, a la que una prolongada sonrisa deformaba en aquél instante sus regulares facciones. No añadió nada y salió del despacho con un gesto amistoso, tras haber empujado con el dedo un mechón que sobresalía de su gorra. No oyó la respuesta que dio en voz baja su secretaria, inclinándose sobre la mesa atestada de papeles.

—A menos que sea el Satán de los occidentales.

II

THU NO había mentido al calificar de paternal la actitud del general Bishop para con ella. Desde su primera entrevista, aquél se había enternecido por su silueta, su cara de niña buena, de ojos a menudo velados por una bruma melancólica, que se presentaba con un uniforme poco apropiado, con el único adorno de la cinta de seda blanca, signo de su luto, figura conmovedora y discordante en aquel servicio de técnicos. Divorciado hacía tiempo, no veía a su propia hija sino en muy raras ocasiones y se sentía como un extraño ante irnos modales descarados que le desconcertaban. Guardaba un penoso recuerdo de su última entrevista. Por el contrario, con Thu se sentía a sus anchas. Le gustaba su reserva y su discreción, cualidades que apreciaba en la juventud.

Se interesaba por ella, le prestaba libros, la invitaba con frecuencia a tomar el té en su bungalow, sin que esta familiaridad provocase comidillas, ya que sus subordinados veían claramente que el general Bishop no podía abrigar malos propósitos. Entonces se complacía oyéndola contar en su perfecto inglés, con el deje cantarín inimitable de la lengua vietnamita, historias de su país y recuerdos de su infancia. Se emocionó hasta llorar por el relato que ella le hizo de la tragedia que la había dejado sola en el mundo.

Decía haber perdido a sus padres y dos hermanos cuando una salvaje agresión del Vietcong. La matanza de su familia motivó más tarde su alistamiento en el Ejército americano. Esta historia, atestiguada tiempo atrás por declaraciones de un importante personaje, no se apartaba de la verdad sino en detalles: su familia, cierto que había perecido enteramente, pero fue en el curso de un bombardeo de los «B-52» americanos. Sin embargo, como su versión la repitió numerosas veces a las autoridades que indagaron acerca de ella, la detallaba al general sin reparo alguno y experimentaba una sensación de consuelo ante la compasión que éste le testimoniaba.

Le agradecía, como refiriera fielmente a la señora Ngha, el haber procurado volver más fácil su difícil situación de muchacha vietnamita, única de su clase en aquella base de Tailandia, entre soldados y oficiales americanos que, si bien, no se comportaban como en un país conquistado, tenían de todos modos el sentimiento profundo e ingenuo de su superioridad sobre los asiáticos a cualquier nivel. La delicadeza de Thu apreciaba la buena educación y el tacto del general Bishop, en particular el hecho de que siempre la considerara como una niña y la tratara como a tal, sin buscar nunca la aventura galante, como había sido el caso en otros servicios del Ejército donde anteriormente trabajó, lo cual le dejaba recuerdos tan tristes como su experiencia en los comandos del Vietcong. Por el contarlo, en este terreno, como ya había explicado a la señora Ngha, creyéndose obligada a hacerlo, en funciones de agente diligente de todas las informaciones de orden psicológico tenidas por útiles, el general había dado consignas severas para que su juventud fuese respetada. Intervino, con autoridad que a veces sabía manifestar, para protegerla contra la solicitud de un joven oficial. Primero reprendió secamente a éste, luego le sermoneó con tanta gravedad, recordándole los deberes inherentes al honor militar, que el desdichado se sintió culpable de un crimen contra natura, presentó sus más humildes excusas a la chica y ya nadie en el servicio S. se atrevió después a tener para con ella un gesto o una palabra equívocos.

A cambio, ella le hacía favores que simplificaban su solitaria existencia. Ejercía un poco la labor de ama de llaves en el bungalow que él ocupaba y acudía regularmente un par de horas al día para verificar la ropa, cuidar de que el criado hiciera correctamente su trabajo y de que siempre hubiera jarrones bien dispuesto con las flores preferidas del general.

Todo ello había creado lazos entre ambos, lazos casi familiares, una amistad con ciertos matices de ternura por parte de él, para el cual ella se había convertido un poco en su rayo de sol, por su aislamiento en aquel país de Tailandia donde se sentía frecuentemente intruso, rodeado por un personal cuyas

preocupaciones científicas le eran ajenas. Le estaba agradecido por introducir en su existencia una indispensable nota humana, a veces poética, que le permitía resistir el clima que disminuía su vigor y la melancolía del destierro sin recurrir a los excesos de alcohol o a otras drogas que algunos usaban.

En cuanto a ella, sus sentimientos para con el general Bishop estaban impregnados de una especie de perplejidad, que solía expresar con un ambiguo fruncimiento de su delicada nariz, y podía denotar tanto su desprecio por las atenciones de que era objeto por parte de un perro extranjero como su gratitud asombrada al verse tratar con una benevolencia tal.

Thu había realizado aquella tarde sus funciones de ama de llaves y finalizado su labor de ordenar el bungalow. El general la invitó a tomar una taza de té en el mirador, mientras él apuraba su whisky antes de irse a la oficina, como venía haciendo desde hacía ya varios años a la misma hora. A pesar de su desencanto actual, cumplía puntualmente su cometido y se quedaba trabajando casi siempre hasta las dos de la madrugada. Thu se reunía con él después de cenar.

Estaba particularmente melancólico. Tenía para ello unas razones que no eran precisamente el tiempo desapacible que aquella tarde ensombrecía Tailandia. Una nota oficial llegada por la mañana señalaba la liquidación del Servicio S. El ejército de técnicos debía trasladarse a Saigón la semana siguiente para ser reorganizado sobre nuevas bases y bajo nuevo mando. La nota mencionaba que el general Bishop debía disponerse a ocupar otro destino. Otra nota, confidencial, precisaba que este destino era el retiro. El general no había comunicado este punto a nadie, salvo a Thu, quien acababa de confiar su despecho y humillación.

Contempló un instante el cielo de Tailandia, en el que se acumulaban densos nubarrones, y luego fijó su mirada en la muchacha.

—Ésa será nuestra última noche a la escucha de la jungla — dijo con amargura—. Mañana cesará toda actividad del servicio.

—¡La última noche!

Thu se estremeció y movió con nerviosismo la cucharilla en su taza, mirando con expresión inquieta en tomo suyo, como si esperase y temiese a la vez una manifestación del exterior. El general lo notó y atribuyó esta actitud al mismo sentimiento melancólico que él mismo experimentaba. Intentó consolarla.

—No tema nada, Thu. Encontrará usted otro puesto en un servicio agradable.

Luego, tras un silencio, dejó traslucir su rencor.

—Inconcebible —dijo—. Nuestro servicio debería ser considerado como uno de los más valiosos órganos de información. Hemos tenido brillantes éxitos. ¡Cuántos camiones destruidos gracias a nosotros! ¡Cuántas toneladas de municiones aniquiladas!

—No se pueden contar, Sir, pero seguramente una cantidad considerable.

—Pues bien, no están satisfechos. Pretenden que nunca pasaron tantos convoyes por la pista Hó-Chi-Minh. En términos clarísimos, me tratan de incompetente y me acusan hasta de negligencia.

—Es una ignominia —exclamó Thu con un acento de sinceridad que le llegó al corazón.

—Tendremos que abandonar este rincón de Tailandia, al que empezaba a acostumbrarme. Se respira paz, aquí.

—Sí — asintió Thu.

Luego añadió, pensativa, con un asomo de tristeza:

—Se respira paz cuando los «B-52» no despegan.

—Yo podré dedicarme a mi libro. En cuanto a usted, Thu, la mandarán a otra parte. ¿Tiene alguna preferencia? ¿Desea quedarse en Tailandia, donde sin dificultad le encontrarán otro puesto? ¿O prefiere volver a su país, donde actualmente ha

mejorado la situación? Si me queda un poco de influencia, la emplearé en conseguirle el destino que usted desee.

Harto paradójicamente, Thu sintió también encogerse el corazón al pensar en que había de abandonar el bungalow, donde sombras familiares respondían cada noche a su primera llamada.

—No quiero volver a Vietnam.

—Pobre niña — murmuró el general, poniéndole paternalmente la mano en el hombro—. Lo comprendo. Demasiados recuerdos amargos. Piénselo de nuevo. Mañana me dirá lo que haya decidido.

Pero se dio cuenta de que ya no le escuchaba. La mirada de Thu estaba fija en un punto detrás de una valla que cercaba el jardín. En el crepúsculo precoz que la bruma imponía aquella tarde a Tailandia, el general percibió una sombra que cruzaba la barrera y pronto reconoció al jardinero javanés.

—Pero si es el bueno de Sutan... —dijo, sonriendo, para tranquilizar a Thu, en cuya mirada había percibido un resplandor de turbación.

El jardinero se acercaba con paso tímido. Se paró frente al mirador y se inclinó.

—¿Qué hay, Sutan?

—He querido traerle estas flores, Sir. Son raras. Mi hermano las ha encontrado en el bosque.

Tendió ambos brazos hacia delante y presentó un ramo de orquídeas de delicados colores, flores magníficas y raras, en efecto, pero que a veces se descubren en lo más profundo de la jungla tropical.

III

—¡BUENA persona! —dijo el general Bishop—. ¡Y pensar que un día por poco le pego!

Le dio las gracias con una sincera emoción. La más pequeña atención le conmovía en aquel período crítico de su carrera.

Thu se había quedado inmóvil y callada, con su taza de té en la mano, los ojos muy abiertos fijos en las orquídeas que tenía el hombre, como presa de una especie de hipnosis. Sorprendido por su actitud, pues ocuparse de las flores formaba parte de sus funciones, el general se acercaba para recibir personalmente el regalo, cuando por fin despertó de su adormecimiento. Se adelantó vivamente y tomó en sus brazos el ramo, cuyos tallos estaban envueltos en matas de musgo que olían a jungla enmohecida.

—Me encargaré de ellas, Sir... Son espléndidas.

—Espléndidas —aprobó el general—. No las hay más hermosas en nuestro país. Sólo la jungla de Extremo Oriente puede destilar perlas semejantes.

Mientras Thu y Sutan cruzaban una ojeada furtiva, se inclinó sobre las flores y las olió con deleite, reanimado a la vez por la belleza del regado y por el gesto conmovedor del humilde jardinero. Volvió a darle las gracias e insistió en ofrecerle una regia propina, que el otro acabó aceptando después de mil protestas. Luego, tras haber saludado de nuevo, muy quedo, el javanés dio media vuelta y se alejó en la oscuridad.

El general y Thu entraron en la sala de estar. Aquél cerró cuidadosamente la puerta de vidrio antes de encender la luz, a causa de los mosquitos que comenzaban a invadir el centro desde que no se los combatía. Un haz blanco se extendió sobre el jardín, iluminando el gorro del jardinero, que desaparecía detrás de la valla.

—Buena gente —murmuró otra vez el general, pensativo—. Basta con tratarlos bien para que se encariñen con uno.

Meneó la cabeza, ensombreciéndose su rostro al pensar que debía irse a su oficina, lo cual se había vuelto insoportable en las actuales circunstancias.

—Tengo que irme, Thu —dijo levantándose pesadamente—. No me perdonaría faltar a mi puesto la última, noche. Cierre usted el bungalow y tráigame las llaves.

El servidor tailandés que hacía la limpieza se había marchado ya. Dormía en una de las barracas, bastante alejadas, reservadas a los domésticos, y no volvía hasta la hora de preparar el té matinal.

—Conforme, Sir. Quitaré esas tazas y cuidaré de las flores.

—Gracias, Thu. Me pregunto cómo voy a poder prescindir de usted. A propósito de esas flores, hay muchas para mí solo. Deseo que se lleve la mitad a su casa.

—Muchas gracias, Sir — dijo ella, visiblemente conmovida por la atención—. Le complaceré con gusto.

—Hasta luego, entonces. Pero no se dé prisa por venir al despacho. Cene tranquilamente. No merece la pena que se mate trabajando, puesto que al parecer lo que hacemos aquí no sirve de nada.

Iba a dejarla con estas palabras amargas, que resumían su cansancio y su humillación, cuando, con un brusco arranque de energía, irguió la cabeza.

—¿Y quién sabe, después de todo, si esta última noche no nos aportará una ocasión de distinguimos?

—Claro que sí, Sir — exclamó la chica, con ingenua espontaneidad, tanto la desagradaba verlo abatido—. No hay que desesperar nunca.

—Una ocasión de asestar un golpe terrible al enemigo, cuyos resultados se comprobarían mañana, y que confundirían a todos nuestros detractores —continuó el general, apretando los puños.

—Rogaré al cielo para que así sea, Sir; se lo prometo.

Así fue como el general Bishop, un poco más sosegado, salió de su bungalow y se dirigió con paso ligero hacia la sala de escucha. Siempre iba a pie. Sólo distaba unos cientos de metros.

Instantes después de que se marchara, Thu entreabrió la puerta sigilosamente, sin preocuparse de los mosquitos, y escuchó. Cuando se apagó el ruido de pasos, volvió a cerrarla con precaución y, en el bungalow, que de pronto resultaba extrañamente silencioso, estuvo largo rato inmóvil y pensativa, el semblante tenso, la mirada lejana. Luego despertó y pareció alejar un sueño. Se acercó al ramo de orquídeas que había dejado encima de una mesa y empezó lentamente a desplegar el periódico que envolvía los tallos. Sus largos y afilados dedos palparon el musgo y se detuvieron al descubrir un objeto duro. Su boca dibujó una mueca. Durante un segundo, sus rasgos expresaron el mismo horror que cuando los «B-52» emprendían el vuelo. Dejó las orquídeas sobre la mesa y se alejó de ellas con visible repugnancia.

Entonces puso orden en el bungalow, como lo prometiera al general, guardó la botella de whisky en el bar, puso el vaso y el servicio de té en una bandeja y lo llevó todo a la cocina, donde lo lavó. Efectuaba estos ritos domésticos con gestos precisos, pero cuyo automatismo delataba una profunda preocupación interior. Con un movimiento maquinal, guardó la vajilla, apagó la luz, volvió a la sala de estar y se paró ante la mesa. Allí, con expresión algo extraviada, se concedió otro momento de contemplación, perpleja, como si no pudiera decidirse a tocar las orquídeas. Sin embargo, su mirada se iluminó un poco pensando que aquellas flores eran las más hermosas del mundo.

El general llegó a la sala de escucha y se esforzó en aparentar despreocupación ante el personal. Hizo su inspección habitual, dirigiendo algunas palabras a cada uno de los técnicos, preguntando si había novedad. Todas las respuestas fueron semejantes. Esta noche sólo se oía el eterno pájaro nocturno,

el murmullo de un curso de agua y el chirrido de algunos grillos, sin ningún síntoma de actividad humana sospechosa.

Terminó la ronda y entró en su despacho, tras haber encarecido a todos que redoblasen la vigilancia. Tan sólo una vez volvió a tener un arrebató de rabia pensando en la incomprensión y el engreimiento de aquellos oficiales de Estado Mayor. La leve esperanza de momentos antes lo invadió de nuevo. ¡Si al menos pudiera bajarles los humos...! ¡Ser destituido de sus funciones, conforme, pero después de un golpe magistral! Una acción brillante, de resultados incontestables, ante la cual los burócratas se verían obligados a inclinarse y a enmendarse. Esta viril idea le hizo apretar de nuevo los puños y le ayudó a superar la tristeza de su soledad.

IV

LAS ORQUÍDEAS merecían la ferviente apreciación de Thu; verdaderamente eran las más bellas flores del mundo. La señora Ngha así lo quiso, sea porque su despierta mente, atenta a los matices más imperceptibles del comportamiento humano, preveía que la labor de Thu resultaría más fácil por ello, sea porque una intuición artística la impulsara a inscribir el bello edificio concebido por su cerebro en un marco digno de él.

Cuando hubo dejado a Van, tras una conversación que consideraba fructífera, fue a ver inmediatamente al doctor Wang, y sólo necesitó apuntarle dos frases de su idea para hacerle abandonar, sin pesar, una experiencia delicada que efectuaba en su laboratorio, y tomar casi corriendo el camino de su despacho, donde se encerró con ella, estaba entusiasmado.

Los dos compañeros discutieron durante más de una hora; el chino, examinando el lado técnico del problema, ella, dándole todos los detalles que poseía sobre las características del objetivo y la disposición de los lugares. El primer resultado de

este cambio de impresiones fue la elección definitiva de un ramo de flores como agente del Destino más favorable al logro de sus propósitos. Era lo que ella había presentado desde las ya antiguas primicias de su maquinación, pero la satisfizo ver que la conclusión de un análisis científico hecho por el sabio coincidía con su intuición inicial. No sólo ninguna contingencia técnica prohibía el empleo de flores, sino que por el contrario éstas se prestaban admirablemente al proyecto.

Quedaba por escoger la clase de flores. Esto el doctor Wang lo encomendó a un colaborador suyo especializado en estética industrial, joven en el que fundaba grandes esperanzas y que no sólo poseía una buena cultura electrónica, sino que al mismo tiempo era un artista. Puesto al corriente del proyecto y de lo que se esperaba de él, el experto dudó muy poco tiempo antes de dar su parecer. Afirmó sin más que las orquídeas le parecían haber sido creadas desde siempre para desempeñar el papel asignado a aquellas flores. Ante esta declaración, la señora Ngha tuvo una reacción sorprendente en un jefe de los servicios secretos. Botó de su asiento como empujada por un resorte y, en uno de aquellos arrebatos que tanto contrastaban con su habitual comedimiento y sus altas funciones pero que eran uno de los atractivos excitantes de su carácter, se abalanzó sobre el joven, le besó en ambas mejillas y lo estrechó contra su corazón: también en esto su intuición se había fijado en la orquídea y en ninguna otra flor. Este comportamiento singular se explicaba por su exaltación al constatar la clarividencia de su instinto y la embriaguez en la que vivía desde hacía algunas horas, ante la visión resplandeciente, mágica, materializada ya en su mente, del punto final de su maquinación. Determinada ya la forma definitiva de ésta, el trío se separó. Artistas y científicos se pusieron al trabajo.

La señora Ngha se encargó de hacer que cogieran las orquídeas y, al haber decidido que debían ser las más bellas flores del mundo, aportó todos sus cuidados y gastó sumas ingentes para conseguirlas. Fueron escogidas en la jungla laosiana por expertos aficionados cuyo gusto conocía, seleccionadas entre cientos de ellas por el esplendor inigualable de su carnación,

la elegancia de sus tallos y la armonía de las ondulaciones de sus corolas. Cuando hubo verificado personalmente su perfección, las hizo mandar al jardinero javanés con mil precauciones para que no perdiesen nada de su frescor.

Al mismo tiempo que aquellas reinas de la jungla, un paquete que contenía otras cuatro orquídeas había sido remitido a Sutan, con recomendaciones igualmente precisas, pero diferentes. Estas no corrían el riesgo de marchitarse, pero había que manipularlas con más delicadeza aún que las otras. Estas, aparentemente flores naturales, eran fruto de una paciente colaboración entre el genio electrónico del doctor Wang y el del artista especializado en estética industrial, siendo los esfuerzos de ambos coordinados además a cada instante por la señora Ngha quien, entregada en cuerpo y alma a la obra maestra de su carrera secreta, se hubiera guardado muy bien de dejar que subsistiese el menor defecto en su ejecución. Por lo que el resultado era perfecto: las cuatro flores artificiales no podían ser distinguidas de las otras más que por un observador puesto previamente sobre aviso por dos señales imperceptibles.

Sola en la silenciosa sala de estar, Thu parecía haber logrado desprenderse de un enjambre de pensamientos inoportunos y no pensar más que en el cumplimiento de una tarea impuesta en rigurosos términos. En primer lugar cerró los postigos, luego desenvolvió el ramo y sacó de la ganga de musgo una caja de pequeño tamaño. Abierta ésta, extrajo dos objetos metálicos y un sobre. Aquéllos eran magnetófonos perfeccionados. El sobre contenía indicaciones técnicas redactadas por el doctor Wang y además las instrucciones de la señora Ngha.

Thu se sentó y leyó con atención la primera parte, la más larga. Cuando estuvo segura de haberla comprendido bien y de haber asimilado su más pequeño detalle, se levantó y se dispuso a ejecutar las órdenes.

Empezó por buscar las cuatro singulares orquídeas, gracias a las marcas indicadas por el doctor Wang y las desprendió,

luego hizo dos partes del ramo y dejó una de ellas a un lado, para llevársela luego a su casa. Al hacerlo, no pudo reprimir una sonrisa maliciosa, pensando que las instrucciones del sabio concordaban de maravilla con las del general, de suerte que iba a matar dos pájaros de un tiro, ejecutando los mandatos de ambos. No le gustaba desobedecer. Hizo dos ramilletes con la parte destinada a quedarse allí y puso cada uno de ellos en un jarrón, en dos ángulos de la estancia, más o menos a igual distancia de un mueble donde el general guardaba sus pipas. Y no sonreía, pero aparte de una crispación muy leve en sus labios, parecía seguir cumpliendo sus deberes de hacendosa ama de casa como lo hacía casi todos los días. Tenía su habitual gracia en los gestos, manipulando las flores con delicadeza, procurando dar a su disposición cierto matiz expresivo, lo cual conseguía instintivamente tras algunos tanteos. Hasta puso más cuidado que de costumbre en efectuar este trabajo, parándose a veces para respirar el aroma, retrocediendo para juzgar el efecto producido a distancia, rectificando luego un detalle que le parecía desentonar con la armonía del conjunto.

Mientras tanto, al mismo tiempo que cuidaba de la nota artística, se obligaba a seguir punto por punto las indicaciones del doctor Wang. En cada jarrón, puso una de las orquídeas preparadas en medio del ramillete y lo hizo con igual amor.

Después cogió uno de los minimagnetófonos, releyó otra vez las instrucciones técnicas, comparó el esquema que llevaba consigo con una de las caras del aparato, miró el reloj, giró una palanca de un teclado y apretó sucesivamente dos botones como estaba prescrito. Después metió el aparato en el cajón del mueble, dejándolo entreabierto.

Le restaba una última acción que cumplir en aquel bungalow; pero, antes, se quitó los zapatos y fue a dejarlos fuera. Luego, volvió junto a uno de los jarrones y, con destreza, cuidando de no variar la ordenación del ramillete, empujó un pequeño saliente que surgía como una espina en la base de la corola. El saliente se desplazó ligeramente por la presión.

A partir de este instante, Thu contuvo la respiración, reprimió los latidos de su corazón, anduvo sin hacer más ruido que una mosca hacia el otro ramillete y repitió la maniobra.

Su tarea ya había acabado. Tras un último vistazo al decorado, apagó la luz, empujó discretamente la puerta, dio una vuelta a la llave y se alejó, llevándose el resto de las flores y del material.

Su bungalow estaba situado más allá de la sala de escucha, a unos doscientos metros de ésta, simétricamente en relación a la vivienda del general. Esta disposición hacía tiempo que había impresionado a la señora Ngha, y el doctor Wang la explotó científicamente. Si alguien la veía pasar, con los brazos cargados de flores, no hacía sino cumplir las órdenes del general. Este pensamiento hizo que se sonriera de nuevo. Así fue como, con la cara iluminada aún por una idea maliciosa, llegó a su casa y entró en la sala de estar, sigilosa y apresuradamente.

—¡Thi Hai!

—¿Señora?

—Fíjate qué regalo me han hecho esta tarde.

—¡Oh, señora, orquídeas! Es muy raro hoy en día.

—Orquídeas bellísimas, Thi Hai. Nunca las vi tan hermosas.

—Démelas, señora. Las voy a poner en agua.

—No, Thi Hai. Es un regalo personal. He de cuidar de ellas yo misma, si no, me traería mala suerte. Y esta tarde quedas libre. No volveré a salir. Me encargaré de John y de la pequeña Thu. ¿Han sido buenos?

—¡Muy buenos, señora!

—Voy a dejar las orquídeas en su habitación para premiarlos. Puedes marcharte. Ya no te necesito.

—¿La señora no quiere que le sirva la cena? El boy se ha ido ya.

—No. No necesito nada y prefiero estar sola. Buenas noches, Thi Hai.

—Buenas noches, señora.

Thu entreabrió un instante el portal para dejar que el fantasma saliera y, andando de puntillas, entró en el dormitorio. Se acercó a la cama, apartó el mosquitero y se quedó contemplando el vacío por unos instantes.

—Ya duermen —murmuró en voz baja—. Me alegro, mañana por la mañana se llevarán una sorpresa.

Corrió despacio el mosquitero y efectuó en su propia alcoba la segunda parte de su misión, que consistía en disponer allí las flores separadas en dos ramilletes, como en casa del general. Lo hizo con igual gusto e iguales precauciones, quedándose quieta a veces para echar una inquieta ojeada hacia la cama, llevándose un dedo a sus sonrientes labios cuando «oía» un suspiro.

Una vez colocados los ramilletes a uno y otro lado de la cama, retrocedió, como lo hiciera antes para juzgar el efecto de conjunto. Entonces, presa de un súbito pensamiento, reflexionó un instante y fue hacia un mueble situado en un rincón bastante oscuro de la estancia. Sobre aquel mueble había algunas fotografías amarillentas por el tiempo y por una larga permanencia en la jungla durante la época en que Thu formó parte de los comandos, pues siempre las había guardado consigo. Había allí fotos de sus padres y hermanos. Otra la representaba a ella, la pequeña Thu, con John y el matrimonio de inglesas, en el bosque de la región alta. Las había puesto en su habitación nada más llegar a Tailandia, pero rara vez se paraba a contemplarlas. Todo lo más, un rápido vistazo cuando entraba, una furtiva mirada de soslayo acompañada siempre de un rictus de los labios, y que interrumpía para hablar con sus fantasmas vivos.

Aquella noche, tras un momento de vacilación, cogió aquellas reliquias con manos temblorosas y las dejó piadosamente sobre su mesita de noche, entre los dos ramilletes de flores. Volvió a retroceder, y de nuevo se aproximó para rectificar algunos detalles. Cuando estuvo hecho, las orquídeas artificiales tendían su corola nacarada hacia la cabecera de la cama,

como si dos oídos se hubieran inclinado para escuchar un murmullo de tiernas confidencias.

Consideró que nada podía añadir ya al decorado. Sólo le restaba colocar el magnetofón al pie de la mesita de noche, ajustarlo y apretar los salientes que disparaban la actividad de los oídos de jungla. Antes de hacer este último gesto, le pareció oír un suspiro más profundo bajo el mosquitero. Lo entreabrió delicadamente. No se había engañado. La pequeña Thu tenía los ojos muy abiertos y la miraba. Thu sonrió y puso un dedo sobre sus labios.

—Tienes que dormir, cariño —le dijo en voz baja—. No despertemos a John. Y, sobre todo, no hagamos ningún ruido. No hablemos... Puedes contemplar las flores que os he traído. John tendrá la sorpresa mañana por la mañana.

Y, al notar como una interrogación muda en la mirada de la chiquilla, que se había vuelto hacia el magnetofón, añadió:

—Sí, cariño mío; lo has adivinado. Es un juego nuevo, un juego tanto para los niños como para las personas mayores. Juguemos juntos a partir de mañana mismo.

Luego, tras haber rozado con sus labios la frente de la niña, le musitó también al oído:

—Las flores son un regalo de nuestra querida tía Ngha y de vuestro tío el general. Habrá que darles las gracias.

Salió de puntillas. Cerrada la puerta, dormidos los niños, despedida la Thi Hai, volvió a encontrarse horriblemente sola en la silenciosa sala de estar, y una mueca le contrajo ocasionalmente el semblante. Pero pronto se rehízo y, cogiendo de nuevo las instrucciones del mensaje, releyó la segunda parte. Ésta, redactada por la señora Ngha, se refería a su seguridad personal y a su huida. El jardinero javanés la esperaba a cierta distancia del centro, con un coche y un chófer seguro que les conduciría hasta el Mekong. Cruzarían el río en sampán y desembarcarían en Laos, donde unos agentes se encargarían de llevarlos a Vietnam. La señora Ngha terminaba deseándole

buena suerte y expresando la alegría que sentía por ver de nuevo y pronto a su querida hermana.

Thu dejó el papel y volvió a quedarse pensativa, sobrecogida de improviso por el horror de su soledad. Mañana estaría separada de sus fantasmas, y sabía que no volvería a encontrarlos. Bajó la cabeza. Su mueca apareció de nuevo, y un grueso lagrimón de niña abrumada por el destino le resbaló por la mejilla. Estuvo así largo rato, postrada, arrastrada por un torbellino de sentimientos contradictorios. Cuando, por fin, se irguió, su semblante parecía resuelto. Se secó los ojos, que brillaban con extraño resplandor, y se dispuso a salir.

Se concedió un último favor antes de abandonar el bungalow. Entreabrió de nuevo la puerta de la habitación y, sin acercarse, envió con la punta de los dedos un postrer beso hacia la cama, que le pareció bañada por una luz sobrenatural, proyectada por las flores mágicas, visión que se llevó consigo en la noche.

V

EL GENERAL BISHOP llamó a su ayudante para puntualizar con él diferentes cuestiones relativas a su marcha y a la interrupción del servicio. Lo hizo con tono sosegado y frío, sin dejar nunca sospechar que la decisión tomada por las altas esferas era para él una terrible humillación. Redactó algunas notas destinadas al personal, sopesando las directrices marcadas por el Alto Mando: determinados técnicos debían quedarse algún tiempo más, para proceder, bajo las órdenes de Shaw, a desmontar el material y enviarlo a Vietnam del Sur, donde un servicio análogo sería reconstituido sobre nuevas bases y con otro jefe. El general debía dejar el centro dos días después.

—Creo que todo está en orden. Shaw, ¿tiene usted algo que añadir?

—Sólo que... —balbució el coronel—. Añoraremos este centro de Tailandia.

—Yo también.

—Y le añoraremos a usted, Sir. Todos.

—Se lo agradezco —dijo gravemente el general—. Ahora, déjeme. Me resta poner mis papeles en orden. La noche se anuncia clara. Voy a aprovecharlo... Pero no se fíe usted demasiado. Para esta última noche, Shaw, quiero que cada cual esté en su puesto con tanto ardor y fe como si tuviéramos que pasamos aquí cien años.

—Se lo prometo, Sir.

—Bien. ¿No ha llegado Thu?

—No la he visto.

—La necesitaría para mecanografiar todo eso. Pero ya tendrá tiempo. Yo fui quien le dije que no se diese prisa, puesto que...

No había terminado su frase cuando llamaron discretamente a la puerta y la delgada silueta de Thu apareció en el umbral, con su uniforme, en el cual la cinta blanca ponía la única nota clara, provocando siempre la misma emoción enternecida en el viejo general.

—¿Qué es lo que no anda bien, Thu? Está usted cansada, se nota. Ha velado demasiado estos últimos tiempos. Quiero encontrarle ahora un puesto donde no haya servicio de noche.

Thu se había sentado frente a su mesa nada más llegar y estaba pasando a máquina una nota. A pesar de que su trabajo era de natural ordenado y expeditivo, parecía no poder concentrarse en aquella fácil tarea. Dudaba a menudo sobre las teclas, cometía faltas, volvía atrás, arrancaba a veces la hoja con gesto nervioso, para colocar otra en la máquina y empezar de nuevo la página. Sobre todo, lo cual motivaba la observación del general, se paraba a cada instante para consultar su reloj, como si el tiempo tuviera aquella noche una importancia considerable para ella.

—No me pasa nada, Sir, se lo aseguro.

—Termine esa nota. Es la más urgente. Luego, váyase a dormir. Copiará el resto mañana. Es tarde. Las once menos cinco.

—¡Las once menos cinco!

Lo dijo con tono afligido. Antes nunca había hecho caso de la hora. Realmente inquieto por ella, el general abrió la boca para hacer una observación, luego se encogió de hombros y se volvió para abrir un cajón. Al cabo de un rato, Thu dejó de teclear y se quedó inmóvil, los dedos sobre el teclado, la mirada fija en una visión de pesadilla, que hacía revivir los recuerdos insoportables de su infancia. Extrañado por el silencio, el general se volvió y la sorprendió así, con los ojos dilatados como por efecto de una droga.

—Decididamente, Thu, esto no marcha. Debería usted...

Maquinalmente, los dedos de Thu se pusieron a teclear de nuevo. El general calló, dudó otra vez y luego se decidió a reanudar su ocupación. No tuvo la curiosidad de acercarse para ver en qué punto estaba la dichosa nota. De haberlo hecho, se habría dado cuenta de que las teclas no marcaban ninguna palabra del texto, no inscribían siquiera la mayor parte del tiempo ninguna palabra, trazaban solamente una sucesión de letras carentes de sentido. Con algunas excepciones, no obstante: cuando la crispación de sus rasgos se acentuaba y que sus labios se agitaban en un murmullo imperceptible sus dedos irreflexivos componían y repetían la palabra «matanza», «matanza», único estribillo significativo de una letanía extravagante.

Las once. El general comenzaba a romper sus papeles y a tirarlos al cesto, cuando el coronel Shaw hizo irrupción en el despacho. La mirada de Thu se clavó en él, mientras sus dedos volvían a inmovilizarse sobre el teclado.

—Ruidos de motor, Sir, que se suceden a una cadencia rápida. Camiones y vehículos con orugas. Sin duda un convoy importante. Cuatro oídos los señalan.

—Conecta el sonido.

La voz le había temblado pese a sus esfuerzos por aparentar calma. No se atrevía aún a dar gracias al cielo de haber satisfecho milagrosamente su ruego, pero lo hizo estremeciéndose de esperanza cuando escuchó los ronquidos del motor que ahora resonaban en el despacho.

Apretó el primer botón. La región afectada apareció en la pantalla luminosa. Dos puntos rojos palpitaban, casi confundidos.

Sobre el terreno, los oídos de jungla debían de estar a algunos metros de distancia.

Era suficiente para permitir a I.B.M. 360.65.S hacer que apareciera el bosquejo de un convoy en forma de línea azul punteada

—Un trayecto nuevo — observó el general—. No conozco esa región. Es la primera vez que nos llaman por allí.

En cuanto al coronel Shaw, el lugar le era indiferente por completo, pero tenía una expresión preocupada: el punteado significaba que el ordenador no tenía suficientes elementos para localizar con exactitud el convoy. Thu se había puesto en pie y acercado a la pantalla, pareciendo, a su vez, esperar con inquietud otra manifestación. Esta no tardó en producirse.

—Mire, Sir, otro oído.

—Dos más —rectificó Shaw—. Ésos también están muy cercanos.

Dos luces rojas acababan de encenderse, casi confundidas aún, y situadas a unos cientos de metros de las precedentes. Shaw lanzó un hurra. I.B.M. 360.65.S había recibido otros datos y la serpiente azul del convoy se precisó acto seguido en un rasgo continuo, de una longitud bastante grande, dirigiéndose por el eje trazado por los oídos y cuya cabeza llegaba casi al nivel de la primera parte.

—Un convoy de una importancia excepcional —rugió el general—. Disparo la alerta cero, la que moviliza a todos los «F 4» disponibles.

Apretó el botón previsto para una operación de este género y luego el último, que ponía a I. B. M. 360.65.S. en contacto con los ordenadores de a "bordo.

—Sólo nos resta esperar —murmuró, logrando recobrar una apariencia de sangre fría a costa de un esfuerzo que hinchaba las venas de su frente.

VI

EL TENIENTE de aviación Jim Douglas sobrevolaba Vietnam El espacio donde se movía era claro y no le costaba nada percibir a los otros aparatos. Pero la visibilidad hacia el suelo era nula. Una espesa capa de nubes cubría la jungla a baja altura. Como de costumbre en estos casos, la navegación y el inicio del bombardeo estaba enteramente en manos de los ordenadores. Los pilotos se desinteresa han de la operación.

En la oscuridad, a falta de un objeto que pudiera fijar su atención, el teniente Douglas se sintió melancólico. Experimentó una zozobra tal que incluso acercó la boca a un micro y llamó a su jefe de escuadrilla sin ningún motivo válido.

—¿Sabe usted adónde vamos. Sir?

—Ni idea. Jim. Hacia un punto que pronto recibirá nuestras boñigas, es todo lo que puedo decirle. Noroeste, por el momento. Laos, sin duda. Hace mucho tiempo que ya no me preocupo por eso. ¿Qué le ha dado para hacerme preguntas tan estrafalarias?

—Me aburro, Sir — gimió Douglas con voz plañidera.

—¿Se aburre usted? Bueno, pues Haga lo que yo»

—¿Qué, Sir?

—Leo una novela policíaca. Espero haber terminado mi capítulo en el momento del bombardeo. Entonces señalaré a la base que hemos cumplido la misión y ya se ocuparán de no-

sotros para el regreso. Espero tener tiempo de leer otro capítulo antes del aterrizaje.

—No tengo ninguna novela policíaca, Sir.

—Acuérdese la próxima vez.

—El punto negro, Sir, el punto negro...

—¿Qué le pasa ahora, Jim?

—El punto negro es no haber visto nunca un avión frente a nosotros. Es una idea que se me ha ocurrido...

—Me voy a enfadar, Jim. No es el momento de divagar así. ¡Estamos en misión!

—¿Está usted seguro de que no hay ninguna posibilidad de que alguna noche encontremos un adversario?

—Tan seguro como de que está usted chocheando... ¿Acaso lo lamenta mucho? Los cohetes tierra-aire y la D. C.A. no le bastan?

—Ni siquiera los hay esta noche — volvió a gimotear Douglas—. Sir...

—Diga, Jim. Le aconsejo que piense en cosas alegres. En el fin de esta guerra, por ejemplo, el regreso a la patria. Si ello no le basta, cuente hasta cien. Si lo hace bastante lentamente, le conducirá sin duda al objetivo. Mientras tanto, déjeme en paz. Tengo que leer dos páginas todavía. Buenas noches, Jim.

Jim Douglas suspiró y trató de seguir los consejos de su jefe.

—Es curioso —observó el general Bishop, mirando pensativamente la pantalla luminosa, donde palpitaban los oídos de jungla —> es curioso, esa región evoca en mí recuerdos pero no consigo precisarlos.

Thu intervino con precipitación.

—Creo que la reconozco, Sir... Un valle cerca de la frontera laosiana, pero he olvidado el nombre. Creo que el mapa es muy imperfecto... Nuestros mapas suelen ser imprecisos, lo hemos comprobado ya, Sir... Así, ese río...

Se había levantado y hablaba con volubilidad, diciendo cualquier cosa por desviarle la atención. Cogió una regla y señaló a bulto un punto junto a Laos en el gran mapa de Indochina que, colgado en la pared de enfrente de la pantalla, indicaba en rojo las penetraciones hechas por los defoliantes.

—Es ahí, estoy segura. Pero el río no corta la pista como lo indica el mapa de la pantalla. Fíjese, Sir. La bordea, por el contrario, en una gran longitud.

—Es insensato — dijo el general, furioso—. Protestaré en el Estado Mayor a propósito de estos mapas... De todas formas, los «F 4» no deben de hallarse lejos del objetivo.

El coronel Shaw, que había consultado su reloj, frunció las cejas.

—Sir, si en efecto es el punto que indica Thu, deberían haber bombardeado hace ya dos minutos.

En un instante había calculado la distancia desde la base de los «F 4» hasta aquel punto, y conociendo todos los datos: demoras de transmisión, tiempo de despegue, velocidad de los aviones, conocía al segundo la hora del bombardeo.

—Jamás ha habido un desfase tan importante —insistió—. Se engaña usted, Thu. No es ahí; es bastante más lejos de la base.

Tras haber hablado así, tuvo la reacción que hubiera experimentado un individuo normal y se dirigió hacia la pantalla para localizar la posición del punto, a la vez que el general Bishop, el cual había tenido el mismo impulso, aunque un poco después.

—Es muy sencillo, Shaw. Mire las coordenadas en la pantalla. Voy a comprobar en el mapa.

Thu hubiera querido intervenir de nuevo, pero le faltaron palabras. No pudo imaginar una diversión. Shaw se acercó a la pantalla y leyó.

—Longitud: 104° 17'. Latitud: 16° 33', Sir.

—104° 17', 16° 33' —repitió el general—. Vamos a ver... Déjelo, Thu. Me sienta bien hacer un poco de ejercicio.

Se subió al escabel que servía a Thu para llevar al día el inmenso mapa, rechazando el ofrecimiento de la chica que se había precipitado para hacerlo en lugar de él, y siguió laboriosamente con el dedo paralelos y meridianos.

—104° 17', 16° 33' volvió a repetir—. Thu, se ha equivocado usted. Shaw tiene razón. Es mucho más al oeste. —¡Ya decía yo! —exclamó el coronel con satisfacción, —Más al oeste y un poco más al norte.

Su dedo no dejaba de seguir trabajosamente las líneas. Ahora estaba inclinado a la izquierda, de puntillas, en un equilibrio inestable.

—Es... ¡oh!

Lanzó una exclamación, se quedó un momento callado, y luego soltó una carcajada enorme, que le sacudió enteramente, hasta el pimiento de que Thu y Shaw tuvieron que ayudarlo a bajar del banquillo.

—¿Qué pasa, Sir? —preguntó el coronel, inquieto. —¡Esa sí que es buena! —farfulló el general Bishop. El nerviosismo de los días pasados, la comprobación burlesca que acababa de hacer, culminaban en una risa histérica que no le permitía expresarse. Tardó más de un minuto en recuperar un poco su sangre fría.

—No lo adivinaría usted nunca, Shaw: 104° 17', 16° 33', no está en Vietnam, tampoco está en Laos; está en Tailandia,

—¡En Tailandia!

—Mejor que eso, Shaw, mucho mejor todavía. Son... Agárrese, son muy precisamente las coordenadas de nuestra base. Con lo despistado que soy, se me habían olvidado. ¿Verdad, Thu?

Thu hizo eco a la risa del general, lo más ruidosamente posible. Pero Shaw, por su parte, no compartía en absoluto aquella euforia.

—¡Dios mío! —exclamó, de nuevo inclinado sobre la pantalla luminosa, donde la larga serpiente azul que representaba el convoy seguía desfilando, muy lentamente, de suerte que

ahora estaba situado casi por entero entre las parejas de puntos centelleantes—. ¡Dios mío, pero si es verdad! ¡Ese río es el nuestro!

—Y ese gran rectángulo es la pista de aterrizaje de los «B 52». Amigo mío, no cabe duda, su ordenador habrá confundido los mapas. No pretenderá usted, después de eso, que es impecable.

—¡Pero no comprende usted la situación! —chilló el coronel, desconcertado—. Sir, I. B. M. 360.65.S. no se equivoca nunca.

El general Bishop dejó de reírse súbitamente.

—¿Nunca, Shaw, nunca, está usted seguro de ello?

—Seguro, Sir. Nunca.

—¿Pues entonces...?

Su cerebro efectuó el mismo trabajo que el de su ayudante, pero con un desfase en el tiempo.

—Pues entonces, los «F 4» obedecen; y en este mismo momento atacan...

—Sin duda alguna, Sir.

El general se precipitó a su escritorio, donde un teléfono especial le comunicaba con el Gran Cuartel general. El aparato estaba inservible. Aprovechando su zozobra, Thu había arrancado los hilos algunos instantes antes.

—Shaw, vaya a llamar...

En el mismo momento en que el coronel corría fuera del despacho, las bombas se abatían sobre el centro. La insonorización del servicio de escucha había ahogado hasta el último momento el ruido de los motores de aviación. Las primeras explosiones fueron a la vez percibidas directamente y transmitidas al altavoz por el canal de las orquídeas de jungla.

Después, todo se apagó: la serpiente azul, los puntos rojos en la pantalla y la pantalla misma. Los aparatos cesaron de emitir, en tanto que el infierno se desencadenaba sobre el centro, pulverizando los bungalows, el servicio de escucha y macha-

cando la base de los «B 52». La totalidad del precioso material fue aniquilada; IJ3JVI. 360.65.S., transformado en restos informes y en finas cenizas. Todos los miembros del personal perecieron en su puesto. El general Bishop y Thu fueron las primeras víctimas de un certero disparo. Ella se había refugiado instintivamente a su lado, como buscando protección.

VII

—SUTAN acaba de llegar —dijo Van—. Todo ha ido conforme a lo previsto. Pero viene solo.

—¿Thu no está con él?

—No — repitió Van meneando tristemente la cabeza.

—Hágale pasar.

El jardinero javanés entró en el despacho, se quitó el gorro y saludó con respeto, pero con una soltura que denotaba su veteranía en el servicio. Estaba demacrado y parecía cansado, pues casi no había dormido desde su salida de Tailandia y la travesía de Laos. La señora Ngha, que hablaba todas las lenguas del Sudeste asiático, le interrogó en la suya, en malayo.

—Un éxito, Mem — respondió él a la primera pregunta, dándole instintivamente el título que los malayos daban en tiempos a las mujeres europeas—. Los aviones llegaron a la hora prevista. Por el ruido, había un número considerable de ellos. El bombardeo fue terrible.

—Lo sé. Ni nuestros enemigos han podido ocultar sus pérdidas. El mundo entero ha sido informado de ello. Además, para nosotros es una gran victoria psicológica.

—Me encontraba a algunos kilómetros de la base, en el punto donde estaba convenido que aguardaría a Thu.

—¿Thu? Háblame de Thu.

—Thu no acudió. Hubiera debido estar allí bastante antes del bombardeo, que era la señal prevista de nuestra huida. Tenía tiempo de sobra y es imposible que hubiera confundido el lugar de la cita. Conocía perfectamente aquella encrucijada. Thu no acudió. No lo comprendo.

Una sombra pasó por la frente de la señora Ngha. Pero hizo un signo al javanés para que continuara su relato.

—¿Esperaste?

—Mucho tiempo. Me quedé durante toda la incursión. Incluso una bomba aislada cayó muy cerca de nuestro coche. Oí los aviones. De repente vi incendiarse el cielo del lado de la base. Los depósitos de carburante de los «B-52» estaban en llamas. Me encaramé a un árbol. Los cobertizos, los aviones, los centros de escucha, los bungalows, todo ardía. Habían apuntado bien.

—Nuestros enemigos siempre apuntan bien —dijo la señora Ngha.

—Y Thu sin venir. Seguí esperando, mucho tiempo, mucho tiempo después del bombardeo, en contra de las instrucciones. El chófer quería marcharse. Tuve que pelearme con él y amenazarle con mi puñal. Pasé horas muy penosas, Mem. Me preguntaba si no habría sido sorprendida al preparar la trampa.

—Seguramente no fue eso, porque la trampa no habría funcionado.

—Era estúpido de mi parte, y es lo que acabé por decirme, pero no sabía qué pensar.

—Entonces ella obró de una manera perfecta, como siempre, y le debemos una gran gratitud... Como a ti, por lo demás. Es la más hermosa hazaña de nuestra guerra. Sé que un gran número de «B-52» quedaron destruidos, además del centro de escucha. Cuidaré de que seas felicitado y recompensado.

—Si es una de las más famosas hazañas de esta guerra, como dice la Mem, es el cerebro el que debe ser felicitado.

Toda la escala jerárquica que había participado en la operación y la conocía por tanto, si no detalladamente, al menos a grandes rasgos, estaban locos de admiración por el genio capaz de concebir una idea tan buena. Poco les faltaba para considerar a la señora Ngha como a una bruja. Ésta sonrió levemente e inclinó imperceptiblemente la cabeza. A veces podía ser sensible al halago, cuando éste tenía gracia y sobre todo cuando tenía por objeto la potencia y la sutileza de su espíritu. Luego, otra nube le oscureció la frente.

—Entonces, Thu no acudió.

—Thu no acudió —repitió el javanés con una especie de abatimiento—. Esperé buena parte de la noche. Sólo hasta que estuve seguro de que ya no quedaban esperanzas no me decidí a huir. El chófer me llevó hasta el Mekong. El resto ha sido fácil. Pero sigo sin saber qué pensar a propósito de ella. Quería mucho a Thu, Mem.

—Pues bien, no pienses más en ello. Es lo que trataré de hacer yo también. Te tomarás quince días de permiso. Después te veré de nuevo.

El jardinero saludó y dio media vuelta. Junto a la puerta, se atrevió a hacer una pregunta.

—Quería mucho a Thu — repitió humildemente—, como todos los que la conocían. Mem, que tiene ojos y oídos en todas partes, hasta entre nuestros enemigos, ¿cree que pudo escaparse por otro camino y que algún día volveremos a verla?

—No lo creo — dijo la señora Ngha.

Estuvo largo rato silenciosa y sombrío el semblante, tras la salida del jardinero. Luego hizo un gesto brusco, como para apartar un pensamiento inoportuno y cambió repentinamente de tema. Van supo que daba vueltas a un problema inquietante.

—Habrà que mandar el mapa de la ruta Hó-Chi-Minh al ministro Kim —dijo—. Ya no nos servirá. No podemos añadirle nada y él lo necesitará para sus proyectos.

Van le aseguró que iba a cuidar de ello, pero no pudo menos por volver al tema que presentía atormentaba a ambas.

—Yo también quería mucho a Thu.

—No la conocías — dijo la señora Ngha con tono agresivo.

—Nunca la vi, pero he leído sus informes.

—¿Y qué? Y yo —dijo con violencia—, ¿crees que no la quería?

—¿Qué piensa usted que le pasó? —insistió Van, con una audacia insólita en ella.

—Creo que ningún servicio secreto lo sabrá nunca respondió la señora Ngha con el mismo tono—. Ni siquiera el mejor de todos; ni siquiera el mío.

Van bajó la cabeza. Al cabo de unos instantes, pese al talante de su jefe, se atrevió a hacer otra observación:

—Sus últimos informes insistían sobre la manera correcta, benévola, paternal, con que ese general la trataba. Podía adivinarse gratitud en ellos, quizás una cierta piedad.

—Quizá —repitió la voz lejana de la señora Ngha.

—Había llegado a considerarlo, al parecer, como un adversario cortés. Acaso sea posible que en el último momento pudiera haber sentido una especie... como un remordimiento, de ver la manera cruel con que le tratábamos, llevándole a su perdición, y también al deshonor, pues él será seguramente considerado como el gran responsable del desastre.

—Ese adversario cortés, como dices tú, era hermano de armas de aquellos que exterminaron a toda su familia. ¿Podía olvidarlo Thu, aunque tú puedas perder de vista ese aspecto de la cuestión?

—Es verdad.

—Y el mismo que ha causado la muerte de cientos de los nuestros, antes de que volviésemos sus propias armas contra él.

—También es verdad... Si vuelvo a insistir, es porque he soñado a menudo leyendo los informes de Thu.

—¿Has soñado. Van? —preguntó la señora Ngha con singular tono.

—Se me ha ocurrido tratar de imaginar lo que podía ser su vida allá.

—Siempre se puede imaginar. Lo esencial es no dejarse aprisionar por lo que imaginas... ¿Qué imaginaste?

—Que, tal vez, en esa base de Tailandia, un país que ella describía como apacible, bastante lejos de la guerra y de sus horrores, en una atmósfera que el general intentaba convertir en amistosa, logró recuperar un poco de la serenidad que jamás conociera desde su infancia. Entonces la idea de perder esa paz relativa pudo antojársele insoportable y...

No terminó su frase, intimidada por la mirada de la señora Ngha. Pero ésta no parecía ni sorprendida ni molesta.

—Te he dicho que ningún servicio secreto sabrá jamás la verdad. A lo sumo cabe soñar, como tú dices, y tus sueños tienen tanto valor como los míos. Pero es una hipótesis que igualmente he tomado en consideración.

—¿Usted cree...?

—No creo... Sueño. Thu era una muchacha de Hué, Van. Las muchachas de Hué son diferentes de las del Norte y de las del Sur. Creí conocerla bien, pero nunca se sabe lo que pasa por su mente.

Su voz tenía ahora un acento enternecedor, en el cual Van pudo captar una profunda emoción. Pero la señora Ngha se prohibía estos aparentes desequilibrios, salvo durante breves momentos. Prosiguió con tono frío:

—Pero es una hipótesis que he rechazado.

—¿Entonces?

—Prefiero creer que se vio incitada a quedarse, impulsada por un agudo sentido del deber.

—¿Del deber?

—Prueba a reflexionar como yo, en lugar de soñar. Casi siempre es preferible. Pese a nuestras precauciones, había

bastantes posibilidades de que el engaño fuese descubierto, incluso en la fase final. Alguien pudo oír el registro. El general o uno de sus ayudantes podía percatarse a tiempo de que el blanco buscado era el centro de escucha..., y además, Van, incluso la ausencia de Thu podía despertar sospechas. ¿Acaso no era natural enviar a alguien a su bungalow muy cercano para ver qué hacía ella...? Alguien que hubiese descubierto la trampa. Debió de agitar todo eso en su mente, pesar el pro y el contra... Un agente de primerísimo orden, dispuesto a todos los sacrificios para asegurar el logro de su misión, como todos los que elijo. ¿No eres de mi parecer?

Van no respondió. La señora Ngha continuó con un tono cada vez más vehemente, como si tratara de convencerse a sí misma.

—Juzgo con razón que su papel, tal como yo lo había trazado, no era completo. Le dije, durante su adiestramiento, que un buen agente debe dar siempre pruebas de iniciativa y a veces desobedecer las órdenes. Estimó que podía completar ese papel quedándose allí y, tal vez, ganar unos minutos piadosos desviando la atención de las autoridades. No es la primera vez que algunos de los nuestros llevan el sentido del deber hasta el sacrificio, cuando el objetivo merece la pena. Y aquél valía la pena.

—Un rasgo de heroísmo raro. Thu era capaz de ello. Pero tal vez...

—Me irritas con tus tal vez — interrumpió súbitamente la señora Ngha, con una impaciencia brutal—. Sé lo que vas a decirme. ¿Tal vez hubo varios motivos en su extraña conducta? ¿Tal vez una providencia caritativa estableció una correspondencia milagrosa entre su deber y su desesperada nostalgia? ¿Tal vez nosotras dos somos unas locas por buscar razones? ¿Tal vez ella no reflexionó en absoluto? ¿Tal vez su cuerpo cansado y lleno de asco, desprendido de su espíritu, obedeció a un impulso irresistible? Tal vez, tal vez, hay que ver en su comportamiento insensato la culminación de una de esas situaciones singulares que nacen a veces entre las interferencias de dos mundos, el nuestro y el de Occidente, en las que

la guerra actuaría como catalizador o más bien como un estiércol fertilizante para hacer que crezcan y se desarrollen hasta el gigantismo las monstruosas flores de la extravagancia. En cualquier caso...

Se fue animando más y más hasta llegar a una exaltación que su secretaria jamás había observado en ella. Hizo una pausa, se obligó a respirar hondo dos o tres veces como para desembarazarse de una opresión insoportable y recobró el tono comedido que convenía a sus funciones.

—En cualquier caso, Van, es la tesis del sacrificio la que debemos adoptar. Es la que me encargo de hacer prevalecer a los ojos de nuestro pueblo, y es su heroísmo el que será exaltado en la citación que voy a pedir para ella. Me importa recalcarlo para que no te dejes llevar a chis— morreos desconsiderados, sugiriendo alguna locura.

—Entendido, señora —dijo la secretaria inclinándose.

—Bien... Y no te olvides de hacer que manden ese mapa al ministro Kim.

Van se dirigió hacia la pared, subió al escabel, descolgó el mapa de su clavo y, al volverse, de cara a su jefe, empezó a enrollarlo lentamente, parándose a cada giro, tomando infinitas precauciones para no arrugarlo. La señora Ngha contempló la operación hasta el fin, silenciosa, el semblante algo crispado aún, pero con las pupilas orgullosas que brillaban con la luz ardiente que le había valido un apodo lisonjero, sin poder apartar su mirada del largo surco escarlata que cruzaba el mapa de Norte a Sur: la sangrienta brecha de la ruta Hó-Chi-Minh.

Notas a pie de página

1 En jaral, la madre.

2 Los días impares suelen ser venturosos para los jarai.

3 Los sensores están ampliamente descritos en el Armed Forces Journal, publicación de la Armada americana del 15 de febrero de 1971. La significación es: órganos de los sentidos sensoriales.

4 Giap: Guerra del pueblo, ejército del pueblo.

5 ¡Aviones!

6 Oh, abuelo... (apelativo muy respetuoso).

7 Genios.

8 Oraciones jarai.

9 Oraciones jarai.

10 Aya vietnamita.

11 Oración jarai.

12 Arrozales de montaña, establecidos por los jarai tras quemar algunas parcelas de la jungla.

13 Oración jarai.

14 «...Entonces los pilotos de los "F-4" ponen esta información en sus ordenadores y vuelan directamente hacia el objetivo, sin tener necesidad de nuevos cálculos de navegación. En caso de mal tiempo, los ordenadores de a bordo disparan automáticamente, arrojando las bombas en el punto deseado... El único inconveniente, dicen los aviadores, es que ellos deben aguardar a una observación con buen tiempo para determinar el grado de éxito del ataque.» (Armed Forcé Journal. 15-11-71.)